

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

PIEDE OBSES RIO PRO CEN Y CONFI URACIÓN URBANA

Reflexiones y manifestaciones

Edwin Aguirre Ramírez
Camilo Lozano Rivera
Valentina Mejía Amézquita
Compiladores

Deterioro, obsolescencia y configuración urbana

Reflexiones y manifestaciones

Edwin Aguirre Ramírez · Camilo Lozano Rivera

· Valentina Mejía Amézquita

Compiladores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Juan Ignacio Camargo Nassar
Rector

Daniel Constandse Cortez
Secretario General

Guadalupe Gaytán Aguirre
Directora del Instituto de Arquitectura, Diseño y Arte

Jesús Meza Vega
Director General de Comunicación Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Daniel Octavio Valdez Delgadillo
Rector

Édgar Ismael Alarcón Meza
Secretario General

Mónica Lacavex Berumen
Vicerrectora Campus Ensenada

Gisela Montero Alpírez
Vicerrectora Campus Mexicali

Edith Montiel Ayala
Vicerrectora Campus Tijuana

Jorge Magdaleno Arenas
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional

Deterioro, obsolescencia y configuración urbana

Reflexiones y manifestaciones

Edwin Aguirre Ramírez · Camilo Lozano Rivera

· Valentina Mejía Amézquita

Compiladores



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
CIUDAD JUÁREZ



*DR © Edwin Aguirre Ramírez, Camilo Lozano Rivera
y Valentina Mejía Amézquita, compiladores
© Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
Avenida Plutarco Elías Calles 1210
Foviste Chamizal, CP 32310
Ciudad Juárez, Chihuahua, México
Tels. +52 (656) 688 2100 al 09*

*© Universidad Autónoma de Baja California
Departamento de Editorial. Av. Reforma 1375.
Col. Nueva. C. P. 21100. Mexicali, Baja California, México.
Teléfono: (686) 552-1056*

*ISBN UACJ: 978-607-520-335-5
ISBN UABC: 978-607-607-549-4*

La edición, diseño y producción editorial de este documento estuvo a cargo de la Dirección General de Comunicación Universitaria, a través de la Subdirección de Editorial y Publicaciones

Coordinación editorial:

Mayola Renova González

Cuidado editorial:

Subdirección de Editorial y Publicaciones

Diseño de portada y diagramación:

Karla María Rascón

Primera edición, 2019

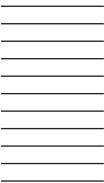
elibros.uacj.mx



Índice

Prólogo	9	Capítulo 2. Palimpsestos y obsolescencias en la ciudad contemporánea	47
Exordio	17	Introducción	
		La ciudad incompleta	
		La crisis del espacio y el lugar en la ciudad	
		Conclusiones	
		Referencias	
		PARTE II MANIFESTACIONES DEL DETERIORO Y LA OBSOLESCENCIA EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO	
Capítulo 1. El derecho a la heterotopía. La vida desconectada de la ciudad contemporánea	23	Capítulo 3. El deterioro como concepto y criterio de renovación urbana	67
Introducción		Introducción	
La utopía		El deterioro como concepto	
Se puede entender el mundo como proyecto		El deterioro como criterio	
La heterotopía		Conclusiones	
Conclusiones		Referencias	
Referencias			

Capítulo 4. Tiempo, espacio y acción pública urbana. La crisis como coartada en una operación de urbanismo en Colombia	85	Los estudios de comportamiento antisocial desde el punto de vista de la sintaxis espacial Conclusiones Referencias
Introducción		
Algunos elementos para la discusión		
Crisis y refundación como principios de legitimación de una operación de urbanismo		
La crisis como un medio de valoración del espacio urbano.		
Apuntes desde el caso de Ciudad Victoria, en Pereira, Colombia		
Conclusiones		
Referencias		
Capítulo 5. Sintaxis espacial y percepción de seguridad. Revisitando viejos problemas con nuevos enfoques	105	
Introducción. Seguridad urbana y manejo del espacio: Los términos del debate		
Pertinencia de la sintaxis espacial para el análisis y percepción de la seguridad urbana		
El aporte de la casuística a la discusión		
Percepción de inseguridad e inteligibilidad		
Capítulo 6. Los condominios Monte Albán. Estigma y obsolescencia en la vivienda colectiva	129	
Introducción		
Antecedentes de la vivienda colectiva en Mexicali		
¿Habitar la obsolescencia? Algunas notas sobre los imaginarios de la vivienda colectiva		
Etnografía urbana: Una posibilidad de acercamiento a lo colectivo en la vivienda		
Espacios de uso común en la vivienda. ¿Espacio público?		
Los Condominios Monte Albán: Hito y estigma del Río Nuevo		
Un oasis en el corazón de Mexicali		
Chinos y <i>mexiquillos</i>		
Del decaimiento a las ruinas, y de las ruinas al vacío		
Conclusiones		
Referencias		
Sobre los autores	157	



Prólogo

CUANDO ME COMENTARON LA POSIBILIDAD de escribir este prólogo, recordé una frase que durante años influyó mis trabajos de investigación académica: "Debe existir una coincidencia entre identidad cultural e identidad espacial que el habitante integra en la imagen de la ciudad". Conforme avanzaba en la lectura de los diferentes capítulos la frase adquiría más fuerza en mi mente, y recordé también que si no existiera una coincidencia entre ambas identidades, estaríamos en presencia de una patología urbana.

Todo texto genera preguntas e inquietudes; este libro no es la excepción, y me sugirió una primera pregunta: ¿la obsolescencia y el deterioro urbano son signos de una escisión entre las identidades cultural y espacial? Cada

capítulo respondía a mi pregunta desde una perspectiva propia, diferente, y abría un sinfín de nuevas inquietudes; sin duda los textos del presente libro generarán nuevas investigaciones derivadas, encuentros, coincidencias y ejemplos puntuales en diferentes ciudades.

En el capítulo 1, "El derecho a la heterotopía. La vida desconectada de la ciudad contemporánea", de Valentina Mejía Amézquita, la modernidad tiene un gran protagonismo ante el deterioro y la obsolescencia. Allí encuentro una respuesta: la arquitectura moderna fue más allá del arte y desarrolló un nuevo orden social basado en grandes relatos y metarrelatos (Lyotard, 1989), creó un universo artificial no porque hubiera propuesto un mundo maquinólatra de formas que no se encuentran en la naturaleza, sino porque modificó las relaciones de significado entre la obra y quienes la habitaban, tomó distancia con el pasado y creó una nueva experiencia ajena a la historia basada en el viejo arte de construir. La autora concluye su señalamiento a la arquitectura y al urbanismo moderno con una frase de Lefebvre (1978) que adquiere una particularidad inusitada dentro de la temática de este libro: "Es más fácil construir ciudades que vida urbana".

En el capítulo 2, "Palimpsestos y obsolescencias en la ciudad contemporánea", Edwin Aguirre Ramírez señala que la ciudad es una construcción del hombre, pero simultáneamente es constructora de hombres, de ciudadanos. Esta afirmación da a entender que la ciudad es resultado del deseo de los hombres que la construyen y la habitan, pero una vez construida y habitada genera nuevos deseos.

¿Cómo, cuándo y por qué comienza el deterioro urbano? ¿Cuál es el proceso que vuelve obsoletas las formas y los espacios de la ciudad, que en un momento pudieron satisfacer los deseos de sus constructores? Estas preguntas se encuentran implícitas en la presente obra. A la luz de este capítulo me atrevería a decir que cuando la ciudad no satisface los deseos de sus ciudadanos, cuando deja de ser deseada comienza la obsolescencia, el camino del deterioro, pero no el de la ciudad, sino el de la relación entre ésta y el ciudadano, que se nutre del mutuo deseo. No hay que engañarse: como en toda relación que se deteriora, la responsabilidad es compartida. Tendríamos que preguntarnos también por qué la ciudad dejó de desear a sus ciudadanos, que en otros momentos satisfacían sus deseos con obras, con infraestructura, con el cariño que produce el esfuerzo por llevar a cabo anhelos.

La ciudad es incompleta, posee tantas necesidades y deseos como habitantes tiene. Quisiera decir que afortunadamente es incompleta, porque el día en que la ciudad se complete morirán los anhelos, se llenará el vacío del deseo que impulsa a satisfacerlo más allá de la propia identidad, a buscar y encontrar en la ciudad un objeto deseado; "ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones" (Berman, 1998), lo que permite entender que las palabras *modernidad* y *urbanización* se funden en una sola idea, y hacen de la relación entre la ciudad y el ciudadano un contexto en constante cambio, el vértigo de la modernidad (Berman, 1998).

En el capítulo 3, "El deterioro como concepto y criterio de renovación urbana", de Camilo Lozano Rivera, encontramos otra importante referencia al deseo en la ciudad. El autor identifica las palabras *deterioro*, *declive* y *obsolescencia*, y en una interesante reflexión semántica llega a otra palabra: *imposibilidad*. Allí aparece la categoría del deseo (Elster, 2005), que mediante la fábula de la zorra y las uvas —"decidió que las uvas que deseaba estaban verdes, aunque las sabía maduras y apetitosas"— evidencia que es más fácil cambiar los deseos que las creencias, aunque muchas veces las opciones ocasionen deterioro. Por medio de la palabra imposibilidad el autor lleva el análisis a la libertad de desear, a la vigilancia y al control de los espacios en relación con el deterioro.

Me atrevería agregar que al igual que en la vida, al querer justificar racionalmente la represión de un deseo en los espacios de la ciudad se abre un camino directo al deterioro, ya que se impide la práctica con el significante *ciudad*, y es dicha práctica la que permite ir más allá de un significado y acceder al sentido (Kristeva, 1985, pág. 13). Lozano Rivera identifica esta situación desde la percepción del espacio, cuando la visibilidad de lo continuo —una práctica de la visión — se interrumpe y aparece la incertidumbre.

En el capítulo 4, "Tiempo, espacio y acción pública urbana. La crisis como coartada en una operación de urbanismo en Colombia", Gregorio Hernández Pulgarín enfatiza el aspecto temporal por medio de un ejercicio de semantización del espacio urbano para observar los momentos de crisis como coartadas para la acción pública en la ciudad. Intencionalmente introduce la palabra *momentos* para evidenciar la temporalidad en los procesos urbanos y la relación entre el tiempo y el desarrollo de las prácticas de los ciudadanos.

El autor señala también el aspecto cultural de las intervenciones urbanas, y observa que los planificadores se expresan por medio de discursos simbólicos que

construyen una realidad, la ciudad a intervenir o ya intervenida, y relaciona estos discursos con la temporalidad que justifica y explica dichas intervenciones, ya que este juego con el aspecto temporal permite al ciudadano receptor del discurso del planificador desarrollar una práctica con los significantes *proyecto*, *intervención* y *obra*, a los que refiere en un horizonte de sentido; de esta manera la obra puede ser aceptada o rechazada por la comunidad.

Con relación a la aceptación o rechazo en la comunicación —práctica significante— entre los planificadores —institución— y los ciudadanos, quisiera referir una experiencia vivida en la ciudad de Bogotá, Colombia, en la década de 1990. Los enunciados durante la alcaldía de Antanas Mockus fueron fácilmente aceptados por la comunidad por su carácter *performativo* (1989, pág. 26), ya que al no generar discusión ni requerir verificación por parte de la comunidad fueron recibidos como información. En el gobierno del siguiente alcalde la comunicación se realizó mediante enunciados denotativos, que ponen a quien los emite en una posición de obvia superioridad respecto de quien los recibe, que puede o no aceptarlos, pero sin admitir discusión. Este tipo de enunciados impiden la práctica que conduce al sentido del mensaje, y la no aceptación por parte de la comunidad constituye una transgresión. Es interesante observar que 20 años después, la comunidad recuerda los mensajes de tipo performativo con los que interactuó mediante prácticas significantes durante el gobierno de Mockus, y olvidó —y aún hoy rechaza— los mensajes denotativos de la siguiente alcaldía, los empleados para proponer importantes intervenciones físicas que beneficiaron la vida urbana, algunas de las cuales evidenciaron procesos de obsolescencia y deterioro, donde el olvido y el rechazo ante los enunciados denotativos fue un factor determinante.

Las noticias sobre la ciudad —presentadas por los medios gráficos, la radio, la televisión y la información difundida en Internet y redes sociales— muestran una imagen negativa de la seguridad urbana, casi apocalíptica, según Jorge Eduardo Miceli, autor del capítulo 5, "Sintaxis espacial y percepción de seguridad. Revisitando viejos problemas con nuevos enfoques". En este contexto es fácil ceder —y se ha visto en repetidas ocasiones en varias ciudades latinoamericanas— ante peticiones de uso de la fuerza policial para reprimir la inseguridad.

Ante esta situación se enfrenta nuevamente el juego entre la realidad y la representación que conduce a un imaginario urbano, no por ello menos real en la percepción de los ciudadanos. La sensación de inseguridad es el tema principal de

este capítulo. En esta alusión al espacio urbano es obvio que una de las primeras referencias sean los textos de Lynch (1990) sobre la legibilidad de la ciudad, que propone la validez de puntos singulares en la ciudad —sendas, bordes, nodos, etcétera— capaces de generar por su fácil reconocimiento una imagen citadina. La claridad en el diseño de la ciudad es consecuente con el aspecto formal y vital para su comprensión, y hay situaciones urbanas convertidas en referencias clave para la lectura del espacio urbano: encuentros del cielo y del suelo, concavidades, convexidades, etcétera (Bacon, 1982). Miceli observa en este capítulo que la baja legibilidad —la dificultad en el reconocimiento de las partes de la ciudad— aumenta la sensación de inseguridad. Más adelante lleva la perspectiva a las conductas antisociales en relación con la calidad y uso de los espacios urbanos, aspecto de muy difícil definición, debido a la subjetividad con que se analiza el comportamiento en diferentes contextos y escenarios.

Ante las evidencias planteadas por el autor de este capítulo, vale la pena recordar la secuencia semiótica formas-usos-significaciones donde *usos* se vuelve generadora y a la vez consecuencia de las formas de los espacios de la ciudad y sus significaciones. Por medio de esta secuencia se han trabajado imaginarios y representaciones en ciudades colombianas sobre la doble sensación que producen los muros, porterías y custodias en barrios y conjuntos cerrados de vivienda; por una parte, seguridad en el interior y por otra inseguridad y desamparo apenas traspasadas el portal de salida. La misma secuencia permitió definir límites en las intensidades de uso y ocupación de los espacios peatonales, y entender aspectos de segregación e inequidad en sectores de la ciudad y grupos urbanos.

En el capítulo 6, "Los Condominios Monte Albán. Estigma y obsolescencia en la vivienda colectiva", Alejandro José Peimbert describe la obsolescencia de cierto tipo de vivienda colectiva: la trayectoria de los Condominios Monte Albán, inaugurados en 1957 en Mexicali. El autor señala que el problema de la vivienda no puede resolverse sin considerar las implicaciones de su localización geográfica, concepto que permite analizar los desarrollos actuales en muchas ciudades latinoamericanas, conformadas en parte por barrios cerrados; asombra la similitud de soluciones en contextos geográficos y culturales diferentes.

Si detallamos la fecha de construcción de los Condominios Monte Albán, veremos su cercanía temporal con otras urbanizaciones en América Latina; en todas ellas subyace un interés teórico, una presunción de sociedad del futuro

presente en obras referenciales: desde la Unité d'Habitation de Le Corbusier, en Marsella, en 1952, hasta el conjunto Park Hill, en Sheffield, Inglaterra, en 1961, en el marco del nuevo brutalismo. Sin embargo, es evidente que lo sociocultural está estrechamente conectado con las representaciones e imaginarios que la comunidad tiene de su ciudad (Castoriadis, 1997). Me atrevería a preguntar si el desconocimiento del contexto geográfico y cultural en los condominios cerrados hoy construidos tiene que ver con algún interés teórico, o simplemente es una cuestión de mercado apoyada por la publicidad.

Antes de concluir es preciso citar el concepto de *representación* tomado del psicoanálisis, que permite entender el acto por el cual se refiere o se relata algo presentado ante la propia experiencia: es lo expresado verbalmente, mediante alguna gráfica u otra acción que permite la comunicación, por eso se dice que es una segunda presentación. El conjunto de representaciones que comparte una comunidad constituye el imaginario, en este caso ante la manera en que los habitantes imaginan y narran sus espacios urbanos; dicha ciudad representada, imaginada y cargada por el inconsciente de la comunidad es la que ven y viven sus habitantes, no por ello es menos real que la que consideramos real, como lo comenté con anterioridad. Peimbert cita a Castoriadis (1997): "Las significaciones imaginarias sociales crean un mundo propio para la sociedad considerada y son en realidad ese mundo: conforman la psique de los individuos. Crean así una representación del mundo, incluida en la sociedad misma y su lugar en ese mundo".

Quiero terminar estos comentarios con una de las frases con que el autor concluye su capítulo, y quizá sea la última sugerencia que me inspiró este libro: "En cualquier proyecto de vivienda colectiva se deberán estudiar las condiciones culturales que implica el uso colectivo del espacio". Agregaría que en cualquier proyecto arquitectónico —no solamente en los de vivienda colectiva, aunque en ellos se evidencian con más claridad las particularidades de uso— son significativas las crisis de las formas y las particularidades.

La cultura conforma los acontecimientos y se expresa por medio de ellos, su primera manifestación es la transformación del espacio en lugar. La imagen de la ciudad y de la arquitectura es una expresión de dichos acontecimientos, que se trata de un acontecimiento por sí mismo, ya que en el imaginario colectivo el paisaje permite reconocer la identidad del lugar. Cada cultura define sus propios paisajes e imágenes, a la vez que el paisaje construye la cultura.

Una ruptura, un desencuentro o un desfase entre los términos del binomio paisaje y cultura conducirá a una patología, y una de sus expresiones en la ciudad es la obsolescencia, el deterioro.

Juan Carlos Pérgolis, Universidad Piloto de Colombia, 2018.

Referencias

- BERMAN, M. (1998). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- CASTORIADIS, C. (1997). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena*, 35(9).
- ELSTER, J. (2005). En favor de los mecanismos. *Sociológica*, 20(57), 239-273.
- KRISTEVA, J. (1985). Práctica significante y modo de producción. En *Travesía de los signos*. Buenos Aires: La Aurora.
- LEFEBVRE, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LYNCH, K. (1990). *The image of the city*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- LYOTARD, J. F. (2006). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.



Exordio

Este libro expone una serie de análisis, reflexiones y casos referentes a los procesos de obsolescencia y deterioro cuando ocurren en territorios definidos, predominantemente urbanos. El panorama de los contenidos que el lector encontrará en las páginas que siguen permite indicar caminos de investigación futuros y sugerentes, apoyados en las conclusiones con que cierran los estudios específicos de cada caso.

El volumen se divide en dos tipos de escritos: unos ponen a disposición de los lectores información de tipo empírico, y otros presentan enunciados problemáticos y assertivos fundados sobre una base imaginativa y reflexiva. A propósito de los conceptos de *obsolescencia* y *deterioro*, así como de las implicaciones que tiene aprehenderlos y

abordar sus implicaciones, cada análisis presentado en esta obra gravita siempre en torno a un compromiso con la exploración de caminos alternativos de indagación sobre los modos de vida urbanos, y desde puntos de vista multidisciplinares.

La motivación que inició el proceso de componer cada apartado de este libro fue la formulación y desarrollo del proyecto de investigación "Deterioro, obsolescencia y configuración urbana", financiado por la Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados de la Universidad de Caldas —Manizales, Colombia, entre 2015 y 2016—, cuyo título se asemeja al del presente libro. En este proyecto se entabló un diálogo entre intereses académicos diversos bien representados por los autores, no obstante las diferencias y distancias con respecto a sus respectivas procedencias disciplinares y territoriales.

El proyecto mencionado se consumó gracias al inevitable interés de una construcción académica que trasciende los límites geopolíticos y culturales característicos de la región latinoamericana. Trascendió entonces la necesidad de ampliar la reflexión a distintas latitudes, y por consecuencia, surgió un diálogo interdisciplinario e intergeográfico. De esta manera el presente libro pretende occasionar estupefacción, porque se propone como un nicho de investigación mucho más amplio que espera ver resultados en un futuro no muy distante.

La presente obra se divide en dos partes fundamentales. La primera hace énfasis específico en la conceptualización y teorización del deterioro y la obsolescencia. La segunda es una visión de las manifestaciones que dichos conceptos presentan en diversos contextos latinoamericanos.

A manera de síntesis, se puede decir que uno de los postulados nodales de esta obra sugiere que la distribución objetiva de los espacios degradados en el área general de las ciudades representa un fenómeno interesante para examinar procesos de transformación del valor del suelo urbanizado, traducible a los términos de las ubicaciones o relaciones de vecindad. Esta distribución plantea delimitaciones y pautas alternativas que constituyen puntos novedosos de referencia y retorno, de donde emergen otras modalidades de mapeo sobre la ciudad y lo urbano.

Contemplar estas formas de distribución alternativas para elaborar un marco de referencia y mapeo sobre ciudades particulares trae consigo consecuencias que es necesario tratar con tino teórico. Como una respuesta parcial a estas consecuencias, aparece el énfasis analítico en el potencial de adición que los espacios urbanizados ostentan y dirigen hacia las prácticas urbanas específicas. Es decir, si

se enfocan los procesos de transformación de los espacios singulares, la relación aditiva entre los espacios y lo realizado mediante ellos toma matices inusitados y múltiples.

A pesar de que la idea inicial de distribución de espacios degradados u obsoletos —así como las ideas que los proyectan— alude a una especie de fragmentación interna de la ciudad, a lo largo de los capítulos de esta obra se han realizado aportes para dar cuenta que la posible concordancia entre los procesos localizados de cambio y las directrices globales de la administración urbana —una visión de conjunto— no solo son posibles, sino también deseables y urgentes. En este sentido, la interacción entre escalas diferenciadas —las informaciones completas de orden local y las informaciones parciales de orden global— supone un reto metodológico de alto nivel para los análisis urbano-territoriales.

Es común pensar en el deterioro en términos estrictamente negativos. El declive y el desgaste son símiles casi obligatorios para referir las cualidades y dinámicas espaciales y temporales de los espacios abandonados, destruidos, o que padecen alguna clase de negligencia administrativa, así como los alojamientos para personas que de algún modo no se encuentran dentro de los límites aceptables del grupo social, y los espacios donde se efectúan las prácticas de eliminación, como desagües, vertederos de desechos, plantas de tratamiento de residuos, industria pesada y cementerios. A pesar de esto, en los capítulos sucesivos se expone con detalle un interés harto diferente: los espacios caracterizados por su manifiesto deterioro tienen una considerable capacidad de connotar sentidos de lugar, personas y prácticas —no necesariamente marginales— con respecto a la ciudad, lo que afecta la materialidad del espacio, las percepciones colectivas y la organización de la vida urbana en un plano no solamente físico, sino también simbólico.

P A R T E I

**Sobre el deterioro y la obsolescencia.
Reflexiones teóricas y conceptuales**



CAPÍTULO I



El derecho a la heterotopía. La vida desconectada de la ciudad contemporánea

Valentina Mejía Amézquita

Introducción

EN LA ÉPOCA EN QUE JACOBS ESCRIBIÓ *THE life and death of great american cities* (1961), el mundo se hallaba en medio de una encrucijada que apenas sí lograba dilucidar. América del Norte se había convertido en el nuevo paradigma del desarrollo y la civilidad, tras la debacle europea resultante de la modernización y sus apuestas lapidarias a la tradición que antaño había dominado Occidente, además de las dos funestas guerras mundiales que en menos de dos décadas aún no le habían permitido reponer su abrumada colectividad; además, los países terciermundistas de

América Latina iniciaban una carrera donde "las tradiciones aún no se han ido y la modernidad no acaba de llegar" (García Canclini, 2001, pág. 13).

El libro de Jacobs no fue un texto cualquiera sobre arquitectura o urbanismo, ya que presentó una clara afrenta a la manera como se encaraban la arquitectura y los desarrollos urbanos en Estados Unidos, y sus tesis causaron gran commoción en los círculos académicos, en los ámbitos públicos y en los populares, donde la inconformidad manifiesta frente a los esquemas de planificación y organización de la ciudad parecían no recoger los aspectos más relevantes y significativos del aparentemente superado movimiento moderno de la arquitectura, ni mucho menos las condiciones socioespaciales de las urbes americanas; Jacobs exigió a las autoridades el reconocimiento de la complejidad organizada que asumía responsabilidad sobre el funcionamiento de las ciudades en la vida real, porque ésta era la única manera de aprender que los principios de planeación y las prácticas de renovación pueden promover la vitalidad económica y social en las ciudades, y pueden también amortiguar estos atributos (Jacobs, 1961, pág. 4).

Jacobs desapareció, y su texto aún hoy día se considera uno de los estudios más provocativos y reveladores sobre la disciplina, escrito tras los manifiestos apodícticos con que iniciaron los movimientos vanguardistas en el naciente siglo XX, donde a diferencia de sus antecesores se hablaba del mundo existente, en el que se palpaba la gran obra de la genialidad humana presentada ante propios y extraños. El libro no es un texto apocalíptico o profético que trata sobre la ciudad a planificar o la urbe soñada, es una reflexión aguda sobre la vida cotidiana en la realidad urbana inserta en el convulso siglo XX, que ha dejado a la siguiente centuria un mundo de tal heterogeneidad, que se encuentra en un punto de desorden, o dicho de manera políticamente incorrecta, próximo al caos.

La referencia al texto de Jacobs es intencional, pues la reflexión que se pretende acometer en la presente investigación está ligada a lo que podría considerarse la supervivencia de la noción antropológica de la arquitectura en el contexto convulso de la ciudad bajo la condición actual del espacio mundo-local, ya que se cree que el asunto demanda especial atención. A continuación se referirán dos aspectos esenciales para enfrentar la condición presente del proyecto del mundo visto desde perspectiva de la arquitectura en un contexto de la cultura urbana latinoamericana que adquiere otro sentido (Mignolo, 2007), o al menos una visión

diferente de las perspectivas colonialistas convencionales, según el punto de vista latinoamericano.

El primer aspecto a referir pretende esbozar de manera genérica el punto de inflexión de la historia reciente que implicó el cambio de paradigma que sucedió con el advenimiento de la modernidad, dentro de la cual nació el diseño como disciplina y su ruptura con los demás saberes, entre los cuales ha logrado una consideración especial la arquitectura y su renovada visión del habitar, que permite reinterpretar dicha modernidad antropológizada a partir de la noción de proyecto de mundo (Aicher, 2001).

El segundo aspecto que es necesario considerar son las fugas arquitectónicas modernas o el continuo de la utopía modernizadora en búsqueda del advenimiento del espíritu, que no logró contenerse en la llamada posmodernidad:

En el caso de que haya muerto la arquitectura moderna, comparada con los grandes estilos del pasado ha tenido realmente una vida muy corta [...]. Y todo esto en la suposición de que haya muerto. Es cierto que sus grandes maestros ya han desaparecido, su personal estilo está sometido a un examen crítico corrosivo y sus radicales sucesores han aniquilado la filosofía que servía de base. Pero el hecho es que cuenta con sucesores radicales [...], y ahí radica precisamente la prueba de que el movimiento no ha muerto. El estilo sí, ha desaparecido el uniforme adolescente de las paredes blancas y de las techumbres lisas, y las ventanas de grandes dimensiones, y en nuestros días se ha reconocido que muchos de los dogmas que les acompañaban no eran más que puras ilusiones. Pero el proceso que produjo lo uno y lo otro se ha demostrado como algo irreversible y sigue adelante la sucesión radical (Banham, 1985, pág. 14).

La modernidad ha sobrevivido en su avance vertiginoso hasta el día de hoy (Banham, 1985), sin embargo, en el convulso escenario actual también podría decirse que dicho movimiento acelerado sigue su marcha hacia una meta que parece anunciar el poco esperanzador colapso de la urbe, pues los efectos de la explosión urbana han devenido en una crisis de orden social, político y cultural de gran envergadura, lo que ha convertido a la modernidad utópica en un mundo artificializado sin aparente lugar ni tiempo.

Adherirse a la postura de herederos fundamentalistas o a detractores extremistas no es el interés del presente estudio; el asunto a tratar aquí debe considerarse hasta el punto de comprender que la ilusión de la utopía constituye más un proceso que un producto, y lo que parecía un orden racional absoluto permitió nuevos espacios de ordenamiento social alternativo que en otro tiempo no existían (Hetherington, 1997). Sin duda esta cuestión abre, en medio de tal torbellino, la pregunta de si esta anarquía ha sido realmente y en su integridad yerro suyo como asunto terminado, o simplemente es parte de su vital desarrollo y constituye un acontecer y no un fin, como sugerían Hetherington (1997) o Subirats (1989, pág. 113) al afirmar que:

La crisis de la modernidad no debe ocultar la circunstancia de que la conciencia de esta crisis constituye un impulso fundamental de la cultura moderna. Así, la pregunta por el presente crítico de la civilización y sus manifestaciones nos lleva a un contexto más dilatado: a la pregunta por la cultura de la crisis. Esta cuestión elemental abre ante nosotros dos amplias perspectivas igualmente significativas. Una de ellas contempla aquellas condiciones determinantes de la cultura moderna que la conducen a situaciones históricas límite en las que sus valores y objetos últimos y en definitiva, el proyecto global de la empresa civilizatoria, se revelan como un sinsentido. El segundo punto de vista no mira tanto al pasado como al porvenir, afecta, en última instancia, a los impulsos sociales capaces de superar los términos de esta crisis.

Ha sido en el punto de tal dualidad donde se puede sugerir que tras el caos subyace una posibilidad de articulación arquitectónica emergente, que para el momento histórico actual en lugar de entrar en tensión con la modernidad pasada, constituye una alternativa a la malograda contemporaneidad, lo que permite apostar por un mejor mundo humano de manera clara y tangible, ya sea porque la humanidad tiene derecho a la ciudad (Lefebvre, 1978), o por lo que Foucault (2010) denominó hace casi medio siglo como las *heterotopías*, y unas cuantas décadas después García Canclini (2001) llamó "hibridación", mientras que Johnson (2002) prefirió nombrar "emergencia en los estertores del siglo XX"; es posible abrir la discusión hacia las múltiples historias, a la alteridad, a la otredad, a la

discontinuidad, a la no utopía, al no tiempo y al *no lugar* en razón de una realidad encarada desde la periferia decolonial. Con ello no se espera resolver el conflicto sobre una modernidad mal apropiada, ni mucho menos sugerir la apropiación de la posmodernidad, no tendría sentido, tan solo se pretende esbozar la preocupación de proyectar un mundo con un tanto más de dignidad, lo que significa simplemente obrar por conseguir un mundo más humano.

La utopía

Al recordar que el movimiento moderno de la arquitectura respondió a un modo de hacer posible una realidad europea en un momento histórico particular, dicho movimiento estuvo determinado también por los afanes de ruptura con la tradición y con la historia instrumental, de la mano del desarrollo técnico-científico de un mundo maquínico y seriamente comprometido con las intenciones sociopolíticas de un colectivo transnacional que derivarían en un nuevo orden cultural (Collins, 1998).

En sus inicios, la renovación arquitectónica y cultural halló en los avances de la tecnología —producto de la Revolución Industrial— el medio para abalanzarse, casi sin mediar efectos, a cortar los lazos que parecían mantener la urdimbre de una tradición que había impulsado el desarrollo en casi todo el mundo conocido. Occidente era el gran referente en todos los aspectos significativos de la vida social, política, económica y mercantil del mundo, así que ahora su nueva empresa no podía ser menos. El alentador llamado con que las nuevas generaciones se empoderaron en la lucha libertaria restauró la vitalidad desarrollista en un progreso que debía rescatar a la arquitectura de la esterilidad estética en que se hallaba durante casi dos siglos de ecletticismos historicistas de toda clase.

La situación no podía menos que exigir una postura sociocultural, que impulsada por el capitalismo paradójicamente gritara “¡revolución!”, pues la sonada insurrección donde la sociedad se alzó contra la aristocracia —y contra el mecenazgo que había secundado al artista como director de la vida cotidiana— ahora se valía de las burguesías venidas a más, así como del mercado del arte pictórico por donde entró en escena buen número de quienes posteriormente sustentaron a la modernidad arquitectónica europea. En teoría, la modernidad encarnada en

las corrientes artísticas nacidas en aquel entonces estaba llamada a refundar, en principio y como fenómeno cultural, la noción de un mundo que en condiciones mínimas de inclusión social apelara por la libertad y el orden, ayudado por los avances de la ciencia.

Esta dimensión espiritual —refiriéndose a la tendencia platonizante que elevó el arte moderno a una dimensión espiritual, casi al borde de un nuevo misticismo— y a la vez político-social no tiene otro sentido que reivindicar una nueva trascendencia objetiva del joven arte, concretamente la de una fuerza capaz de impulsar hacia adelante el conjunto de la civilización industrial y como un factor ordenador de la cultura científico-técnica (Subirats, 1986, pág. 131).

Liberadas y con la misma fuerza con que se levantaría las armas para enfrentar la Primera Guerra Mundial, las vanguardias del momento en manos de nuevos artistas, diseñadores y arquitectos iniciaron el abandono del arte figurativo que había entregado la mayor responsabilidad comunicativa a la narrativa literal visible en el objeto, para adentrarse en una práctica que prescinde de las evidencias perceptibles por los sentidos y termina en la disolución casi material del objeto, lo que asignó la responsabilidad retórica a la capacidad intelectiva del sujeto afectado por el objeto mismo. Fue ahí cuando realmente se renunció a la anquilosada tradición vinculada a los eclecticismos historicistas para que los pioneros (Pevsner, 2003) hicieran su apuesta libertaria con sentido estilo mesiánico, y que habrían de cargar las nuevas arquitecturas de una espiritualidad casi mística (Subirats, 1986).

El reconocimiento de la condición moderna en términos de la arquitectura europea se edificó sobre tres escenarios posibles. El primero llegó a comienzos del siglo XX en Alemania, encabezado por Gropius (1965) y la primera escuela de la Bauhaus, para quienes el impacto de las artes —y entre ellas la arquitectura— fue un reflejo totalizador de la nueva conceptualización de mundo, y un nuevo estado de cosas que obtuvo su integridad en el edificio total. De dicha modernidad surgió el proyecto universalizador por excelencia, es decir, la intención espiritualizada de trascendencia como pocas veces se había visto, y a la cual solo se podría equiparar la extática búsqueda medieval.

Al segundo escenario pertenece una visión más práctica o funcionalista, donde se asumieron los avances industriales al servicio de una sociedad tecnocrática cuyo designio último era proporcionar al hombre un mejor mundo humano, como lo sugirieron Mies van der Rohe (2003) y la segunda escuela alemana de la Bauhaus, ya entrada la tercera década del siglo XX.

Finalmente se encuentra la revolución social gestada en la Europa occidental y en la oriental —lo que daba esperanza y confianza a una sociedad otrora oprimida por las viejas estructuras de poder—, que ofrecía un panorama igualitario que parecía estar al servicio del hombre al proporcionar respuestas que consideraron legítimas y válidas frente a las necesidades elementales del habitar, tal y como propuso Le Corbusier (1978) desde finales de la década de 1930.

En estas tres visiones, la incorporación de la arquitectura moderna a la vida cotidiana hizo que se convirtiera en algo más que una expresión artística para elevarse al nivel de nuevo orden social, o para decirlo de una manera mejor, la vuelta al poder político de la arquitectura en el sentido amplio de la palabra, y casi entendida como lo habrían hecho los griegos 2 400 años atrás, cuando los fenómenos culturales y sociales lograron su mayor expresión material en la polis. El siglo XX fue el de la creciente urbanización con supuesto beneficio para la gente común, que de manera despectiva terminó por llamársele *la masa o el pueblo*, que en realidad es la colectividad que de manera significativamente abrumadora ha soportado las vicisitudes de la creciente modernización, para terminar bajo el yugo de lo que a diferencia de lo que se había soñado y se proclamaba a todo el mundo, terminó en gran medida tiranizado bajo el dominio político y cultural de una minoría con capacidad maquínica de estandarizar y estereotipar a la mayoría.

Hoy se puede reconocer que la utopía modernizadora falló éticamente al pretender convertirse en sueño de muchos y realidad de pocos; sin embargo, no se puede negar el beneficio que como proyecto colectivo desde su génesis planteó como apuesta por realizar, como un mundo por hacer, claro está, en medio de un escenario convulso y de una búsqueda casi épica por alcanzar algo así como el nirvana civilizador. Lo interesante es que en esta búsqueda subyacía el anhelo por la emancipación social de una colectividad alienada y desgastada en sus estructuras, casi al punto de la desolación. Sin duda, del desconsuelo solo podía surgir la esperanza, del desamparo la inclusión, de la miseria la abundancia, de la unicidad la universalidad, y paradójicamente de la realidad la utopía, hasta convertir esta

quimera en el sujeto mismo de la revolución vanguardista, y posteriormente de la modernidad arquitectónica (Zevi, 1980).

Una apuesta de tal envergadura tendría que soportar la acción de los proyectistas de la época en construcciones teóricas para algunos manifiestos, incluso debería soportar discursos panfletarios y peroratas retóricas de sus detractores, o en el caso más opuesto, grandes y aparatosos relatos (Lyotard, 2006) que ampararan un proyecto de mundo que contuviera el *Zeitgeist* o espíritu del tiempo mismo de la modernidad encarada en términos estéticos, sumado a los imaginarios, símbolos y signos de una época que refirieran formulaciones discursivas que dieran al plan cuerpo estructural. La labor redencionista del genio creador arquitectónico debía dar cuenta, de manera clara y específica, sobre la voluntad humana que lo inclinaba a construir un mundo artificial mejor, la misma que esperaba encontrar fórmulas que respondieran a los impulsos causales y que provocaran ciertos efectos previsibles de orden global en el universo creado (Oyarzun, 1983).

Sin duda, el vuelco humanista y la apropiación del libre albedrío que experimentó el sujeto perteneciente a la modernidad tuvo consecuencias que apenas se estimaron en la mal llamada *posmodernidad*. La autoproclamación racionalista que tanto le ha valido a la modernidad fue consecuencia lógica del propósito de entregar a los hombres el destino de su existencia, las decisiones conscientes sobre la construcción de su mundo y la voluntad de elegir una nueva forma de habitarlo, de existir, el *Dasein* heideggeriano o ser en el mundo (Heidegger, 2007) en relación con la vivencia exclusivamente humana; por sobre todas las críticas que se le han proferido, se debe reconocer que aquel momento significó una genuina revolución cultural, una renovación humana frente a un amplio espectro de posibilidades de actuar y proceder, de ser y hacer metódico y sistemático que trascendería los límites de su temporalidad histórica y de su lugar geográfico, como apuntaría Curtis (1987), uno de los más asiduos y criticados defensores de dicha modernidad, casi hasta el punto de considerar que tal vez en ella subyacía un proyecto moderno aún por realizar (García Canclini, 2001).

Si bien es cierto que el halo mágico que acompañó al desarrollo de las artes —particularmente el del diseño y la arquitectura en el siglo XX— es incuestionable, pues la mayor evidencia de su brillo se debe a la transgresión de esquemas anquilosados y a la revolución del pensamiento, y podría cuestionarse: ¿de qué manera todo este discurso, todo este sustrato intelectivo logró finalmente su mate-

rialidad?, es decir, ¿cómo se logró establecer una relación discursiva racionalmente consecuente con la praxis *diseñística* que diera cuerpo real al plan presupuestado? Todo esto sirvió para finalmente poner o no en cuestión no solamente la retórica, sino su corporeidad, ya sea para pensarlas como un proyecto inconcluso o como una modernidad superada (Tafuri, 1997).

Es fundamental señalar que las primeras manifestaciones narrativas de quienes dirigieron el quehacer de la arquitectura occidental comenzaron a hacerse sentir por medio de las revistas especializadas en arte, arquitectura y diseño, que usualmente tenían como editores a los artistas mismos. *L'Esprit Nouveau* fue una de ellas, la primera en publicar —por Amédée Ozanfant— el manifiesto “Después del cubismo”, con el que Le Corbusier y posteriormente Marcel y Gaston Duchamp militaron en el purismo pictórico, apoyados intelectualmente por la disidencia de la Académie Royale d'Architecture, por la Ecole de Beux-Arts y por movimientos transnacionales, como el futurismo de Antonio Sant'Elia, lo que daría rigor científico a la producción estética basada en la instrumentalización metódica del quehacer artístico para convertirse en arte verdadero y absoluto (Conrads, 1973). Si bien estas consideraciones parecían suficientes —al menos temporalmente para la pintura, arquitectura y demás oficios proyectuales, como el diseño—, fueron seriamente exigüas.

La década de 1920 fue prolífica en la presentación de manifiestos que apoyaban una producción diseñística que apenas daba cuenta de la revolución social ocasionada por el surgimiento de las clases obreras y populares, que guiadas por los movimientos rebeldes —de Europa Oriental y de la febril economía industrial— se convirtieron en el objeto de fondo que tardíamente tendrían que abordar, y que se puede calificar como uno de los mayores descuidos de las apuestas libertarias de quienes soñaron con un mejor mundo humano, pues sus palabras parecían alentar más un mundo maquinizado para beneficio de los procesos y la automatización de la producción, que el mundo del usuario final de los objetos derivados de dicha maquinización (Giedion, 1978). No fue en vano que el llamado *espíritu nuevo de la arquitectura* fuera calificado con cierto recelo de racionalista, pues aunque primó la visión autoconsciente de la proyección, ésta dejó de lado que el ser humano es quien proyecta y para quien se proyecta, razón de más para considerar hoy día que cualquier proceso particular que vincule un problema proyectual tendrá al hombre como objeto mismo de su quehacer.

Fue evidente que el siglo XX tuvo que enfrentarse al problema humano del habitar —como solo se le podía comparar con lo sucedido 1 000 años atrás— en razón de la explosión urbana medieval ocasionada por procesos migratorios resultantes del cambio económico a manos de los señores feudales y de la Iglesia católica, en una época donde la fundación de nuevas ciudades y el pasar de la vida rural a la urbana dominó el panorama (Kruft, 1994). Sin duda, 1 000 años después la manera de habitar cambió, pues la secularización de la vida urbana ha sido definitiva en la modernidad emancipada del peso eclesiástico que 2 000 años de tradición cristiana le habían dejado; lo anterior se suma a la situación en que se sumergió Europa durante el caos de la guerra, razones de más para detenerse y reconsiderar el hábitat primario donde el hombre se hace, donde por naturaleza se refleja y construye su ser. La casa se convirtió en recreación del universo y centro para el desarrollo del ser (Bollnow, 1969), hasta extrapolarse a la ciudad como escenario de la vida colectiva, que a su vez se vuelve un cosmos donde el sujeto se compromete políticamente y lucha en comunidad (Park, 1925); este escenario fue la gran utopía de una modernidad urgida de igualdad y libertad.

El movimiento moderno de la arquitectura reorientó en cierta medida los anhelos libertarios e igualitarios, y los empleó para resolver el problema mismo del habitar, bajo el supuesto de que este renovado mundo cultural requería ser bello, ordenado, funcional, práctico, tecnológicamente maquinizado y simplemente indecible en el espacio (Le Corbusier, 1998); con ello el gran problema a enfrentar fue el de la relación del hombre con el universo artificializado, bajo el supuesto de que este mismo hombre, mediante la praxis proyectual, crearía voluntariamente y para su satisfacción un cosmos antropocéntrico, matematizado, geométrico y digital (Aicher, 2001) desligado de la connotación empírica fundada en el sentido común, hasta tener un mundo a su antojo que elevaría su racionalidad a un nivel casi divino.

Gracias a la capacidad exclusiva del entendimiento humano, el orden universal referido a la validación de las posibilidades creativas del diseñador (Oyarzun, 1983) mantuvo vigente el requerimiento universal de las necesidades mínimas del habitar, que con el tiempo darían vida al *Existenzminimum* o casa del hombre, y a la *ville radieuse* o ciudad del futuro (Le Corbusier, 1979), lo que daba rienda suelta a su libre albedrío y a la idea maquinica de abandonar el universo místico cerrado bajo el amparo de la descripción aristotélica y del manto de la

Iglesia por un mundo infinito (Koyré, 2000). Ambas creaciones del espíritu de la época fueron consustanciales a la naturaleza racional de la arquitectura moderna, pues las expresiones materiales eran las extensiones artificiales de la existencia humana, es decir, la autoproyección de la civilización para un mundo humano mejor (Aicher, 2001, pág. 136), a pesar de que Aicher jamás creyó que la modernidad de los modernos en cuestión tuviese dicho objetivo.

Proyectar es un proceso creativo [...]. Proyectar es un ordenamiento intelectual, una clarificación de conexiones, una definición de dependencias, una ordenación de pesos, y presupone una especial capacidad en la cabeza del proyectista para ver y fijar analogías, conexiones y campos relacionales.

El arquitecto no es un científico. No piensa en categorías de la lógica, no saca conclusiones, ni siquiera cuando juzga. Enjuicia condiciones, clasificaciones, campos relacionales. No practica el álgebra, sino la geometría. No piensa linealmente de conclusión en conclusión, sino en redes, estructuras y sistemas encadenados. Valora en el sentido de la optimización de la forma de vida, de la forma de organización que un edificio libera (Aicher, 2001, págs. 180-181).

Aunque se pueden considerar varios aspectos del argumento de Aicher (2001) como ligeros e innecesarios al señalar que el arquitecto no piensa en categorías de la lógica, que no termina en conclusiones o que su pensamiento no es algebraico, etcétera, pues adolecen en buena medida de hondura y de explicaciones de peso; no se discutirá esto, sin embargo, se reconocerá su alegato sobre las formas de dar cuenta del pensamiento relacional del proyectista y de su papel de urdidor de posibilidades conceptuales y materiales.

Al elaborar un plan, el diseñador propone un mundo al responder racionalmente a las demandas y a los anhelos colectivos; ésa es su finalidad, su propósito último, su razón de ser en el mundo. Es justo aquí donde podría hacerse el señalamiento más agudo a la modernidad en lo concerniente a las disciplinas diseñísticas, crítica que no debería dirigirse a los productos humanos, sino al obrar del proyectista, pues los productos son simplemente consecuencias o derivados de su proceder, no son independientes, al menos no en su genealogía, ni siquiera incluso al abrir la discusión sobre los productos del tercer mundo (Popper, 1992) que ganan autonomía absoluta frente a su creador, pues el punto más importante del

asunto es que la limitación reside no en el proceder racional del proyectista, sino en la vinculación de su quehacer al entrar en escena el paradigma maquínico en vista que el proyecto terminó, lo que vuelve análoga la racionalidad humana con la racionalización maquínica hasta considerarla una expresión suprema del poder del hombre sobre la naturaleza como jamás había existido antes. El asunto es que maquinizar el mundo es no solamente una forma de dominio, sino el arma de sublevación e independencia del hombre frente a sus congéneres.

La línea de progreso que terminó por vincular esta modernidad a una única historia universal —donde el esfuerzo mancomunado se dirigía a la tan anhelada odisea del espíritu donde se encumbraría a sus sitiiales más elevados el gran proyecto humano— deja fuera todo lo que no estuviera dentro de dicha vía desarrollista y que no emulara los arquetipos, que casi como figuras deílicas eran modelo perenne y perfecto de lo que el universo creado habría de ser materialmente, como lo describió Hegel (1989) un siglo atrás, que ignoró las expresiones de las minorías de legos, y aunque minorías ideológicas, eran mayoría numérica: la masa usada y olvidada. La verdad es que la gran colectividad revolucionada terminó por dividirse en dos extremos diametralmente opuestos. Simplemente la suma de las partes ya no era el todo, sino que el todo era más que la suma de las partes (Mill, 1996).

Se puede concluir sobre esta cuestión que si proyectar implica ordenamiento intelectual (Aicher, 1994), puede señalarse esto como un acto voluntariamente racional que involucra reconocimiento, análisis e interpretación de los sistemas complejos de una urdimbre no uniforme, donde los vínculos se develan para que la labor diseñística finalmente sea la de tejer las relaciones o "la vida conectada" (Johnson, 2002); el señalamiento resultante para la modernidad utópica es justamente el no haber reconocido que era imposible convertir la utopía de una trama uniforme y universal en vía única, pues más que una quimera, se trataba de un acto casi tiránico que dejaría de lado la alteridad de las múltiples historias, dentro de las cuales estaría la historia de la periferia contada por ella misma, o la actitud decolonial frente a la historia, la diversidad de tiempos en la vida humana y los no lugares o heterotopías, solo por señalar algunos aspectos que se deberán vincular a la reflexión civilizadora actual, pero que sin duda y con total certeza serían de los aspectos más relevantes, y lamentablemente más malogrados durante décadas hasta el día de hoy.

Se puede entender el mundo como proyecto

Entender el mundo como proyecto quiere decir conceptualizarlo como producto de una civilización, como un mundo hecho y organizado por seres humanos. El mundo visto así es —incluso con una naturaleza preestablecida— un mundo de proyectos, sin exclusión de proyectos fallidos, y la naturaleza entra a formar parte de tal mundo sin otra elección que la de someterse a él.

El mundo en que vivimos es el mundo que nosotros hemos hecho [...]. Vamos haciéndonos conscientes de que el hombre, para bien o para mal, se ha salido de la naturaleza, se halla ciertamente enraizado en ella, pero es capaz de crearse un segundo mundo, el de sus propias construcciones. Nuestro mundo ya no es la naturaleza encerrada en el cosmos. En un arrebato pueril hemos resuelto romper nuestro ligamen con las determinaciones universales para perseguir objetivos propios (Aicher, 1994, pág. 171).

La exposición anterior interesa porque permite considerar varios aspectos de singular interés. El primero es que descarta los enfoques pasados donde el mundo era un cosmos inalterable o resultado de un proceso evolutivo, lo que deslegitima visiones religiosas, moralizadoras, divinizadas y mesiánicas para proyectar el mundo, lo que permite reflexiones de tipo racional y ético.

No se negará la razón a quienes señalan que la modernidad fracasó en su apuesta utópica de corte evolutivo, que concebía un mundo perfectamente planificable como un todo absoluto, realizado a plenitud como una gran unidad, con el ser libre, activo y verdadero conceptualizado por Hegel (1989) en sus reflexiones fenomenológicas y estéticas 100 años antes, y al que simplemente era imposible llegar no solo porque su búsqueda mística era en aquel entonces infructuosa —y aún lo es ahora—, sino porque llegar no basta; ¿qué sucede con el fin si no se comprende lo que ha resultado en el proceso? ¿Qué se hace tras llegar al pletórico final?

El segundo aspecto tiene que ver con la idea misma de proyecto y con la intención de valernos de él, al menos en su connotación más amplia como escenario de posibilidades, ya que se trata del medio por el cual se objetiva toda búsqueda intelectual y creativa del diseñador. El proyecto es la forma flexible de

la estructura gnoseológica que el proyectista posee para articular la complejidad humana con la dependencia ontológica del mundo que habita. Con ello es evidente que se trata de un escenario de contingencias donde el hombre es libre, voluntario y consciente, y que ha hecho el mundo tal cual es: ha obrado, y en el mejor de los casos tal vez tenga la capacidad de reconocerlo autoproyectado, y en virtud de dicha actuación podría volver sobre su autoconstrucción y pensar.

Si bien es cierto que la modernidad arquitectónica tratada aquí se concibió por medio de un plan, las interpretaciones y lecturas tardías permiten verla ampliamente bajo una noción de proyecto que subsumiría dicho plan, y éste sería uno de los proyectos exitosos o fallidos de dicha modernidad (Aicher, 1994), ya sea porque estaba vinculado con el hombre biológico universal y no con el hombre social antropológicamente entendido, o porque se ocupó de las condiciones mínimas genéricas de habitabilidad, descritas como el panegírico de la casa del hombre, que tardíamente se apropió de la experiencia del habitar, tal vez en virtud de que su mayor exemplificación reguladora y ordenadora del territorio consumada en la ciudad del futuro pronto migró a una metrópolis sitiada por una marginalidad exorbitante (Nightingale, 2012).

Esta modernidad tan dilapidada logró fugarse y trascender en múltiples y diversos aspectos de su misma crisis, lo que afectó su estructura ontológica en la medida en que se ha reconocido el contexto cultural donde quedó sumido el mundo, particularmente Occidente, tras la devastación ocasionada por casi medio siglo de conflictos; con ello la modernidad como proyecto estaría en un no lugar sin tiempo, donde coexistirá o se mezclará con otras expresiones culturales, como la bien o mal denominada *posmodernidad lyotardiana* (Lyotard, 2006) —que no se tratará aquí como proyecto civilizador o arquitectónico—, con la arquitectura del llamado *regionalismo crítico*, o con la “postilustración moderna” (Fernández Cox, 1990), solo por citar algunos escenarios más interesantes y certeros que otros, hasta llegar al momento actual, que se pretende considerar desde la *latinoamericanidad* por dos razones: la primera por la propia condición americana del sur, con lo cual se espera dar cuenta de la perspectiva frente al actuar diseñístico en el propio territorio, y la segunda por la dependencia de las revoluciones universales de las colonias (Mignolo, 2007), con lo cual si la contemporaneidad amerita una nueva revolución, ésta podría surgir gracias a la perspectiva heterogénea acorde con los territorios denominados *poscoloniales*.

Cuando la historia se analiza como la simultaneidad de acontecimientos en metrópolis y colonias, y no como el relato nacional de la metrópoli o la historia colonial —tal como la cuentan los historiadores de las metrópolis— por separado, se ven los vínculos histórico-estructurales heterogéneos espacialmente temporales y no temporalmente espaciales entre las dos caras de cada acontecimiento, y por consiguiente, entre las dos caras de la modernidad/colonialidad (Mignolo, 2007, pág. 78).

Lo anterior se refiere al hecho certero del fenómeno de las revoluciones occidentales, gracias a que fueron financiadas con los recursos y el trabajo de las colonias y de la periferia marginada que ha vivido un sinnúmero de procesos de ocupación, como la conquista y como la latinoamericanidad, denominación que parece imposible desarraigar hoy día. Sin menoscabo de la disyuntiva sugerida por Mignolo (2007), se puede considerar que la adopción extraterritorial de los estertores del movimiento moderno de la arquitectura hasta los confines de América del Sur fue un proceso realmente confuso, pues aunque muchas de sus apuestas arquitectónicas y urbanizadoras tuvieron grandes efectos en diversos momentos en América Latina, incluso como proyectos emprendidos por los mismos arquitectos que abanderaron el movimiento en Europa no se concretaron en todos los casos porque muy pocos cristalizaron como proyectos civilizadores, por fortuna o por desdicha, lo que deja claro que este territorio, en su ánimo libertario, también buscó emanciparse y reinventarse en pleno siglo XX (Romero, 2001).

La heterotopía

Si al comienzo de la presente investigación se refirió el escrito de Jacobs (1961) con el fin de tratar la condición moderna de la arquitectura y sus continuidades o discontinuidades en relación con la situación actual, ahora es un buen momento para referir el afamado libro *El derecho a la ciudad*, de Lefebvre (1978), publicado en la década de 1960 con el propósito de convertirse en una severa crítica a la Carta de Atenas, debido a sus posturas modernizadoras frente a la ciudad y al territorio que la rodea, lo que deja entrever un asunto germinal en cualquier reflexión sobre la condición arquitectónica de la urbe durante todos los tiempos, y

frente a preocupaciones sobre la ciudad contemporánea señala una reducción de la vida, del habitar y estar en el mundo, y la resolución operativa y práctica de las necesidades biológicas del ser humano en una construcción arquitectónica.

El libro referido fue sin duda alguna un brillante análisis de sociología urbana frente a lo que sucedía en lo más hondo de la praxis, no en sus manifestaciones formales, funcionales o físicas exclusivamente, sino en la ontología misma de la disciplina diseñística de la arquitectura, tras el nacimiento y arrasadora presencia del movimiento moderno arquitectónico que proliferó ahistórico y aterritorialmente hasta dar vida a su némesis, el *estilo internacional*. La postura de Lefebvre (1978) abre el horizonte a lo que denominó "posibilidades", pues la crisis demostró que es más fácil construir ciudades que vida urbana (Lefebvre, 1978, pág. 10). En la existencia humana de la urbe está el punto más importante del asunto.

Lo que Lefebvre (1978) consideró posibilidades o contingencias se podría equiparar al significado de proyecto descrito y reiterado a lo largo de la presente investigación como escenario de posibilidad, ocasionado por las problemáticas urbanas y sus crecientes procesos de industrialización que no ocurrieron en Europa de igual manera que en América, ni en América del Norte como en América del Sur, pues cada territorio tuvo su propia prosperidad, afortunada o ficticia, de acuerdo con la creación e inversión de capitales que erigen diversos tipos de arquitectura, y a su vez un esquema de urbanización más o menos conglomerada, más o menos especulativa, más o menos digna.

Para el caso de América del Sur, a finales de la década de 1960 se veía que el vínculo entre industrialización y urbanización era poco próspero, y la supremacía de la urbe supuso un detrimento de la vida rural, al menos en lo que a relación equilibrada o recíproca se refiere, donde las ciudades terminaron confinadas por los suburbios marginales y campesinos que migraron en busca de trabajo en factorías, debido a que su condición de agricultores desapareció debido a la automatización de la labor manual y la absorción de sus tierras por la urbe, y así sucesivamente (Romero, 2001).

Lo que en su momento fue anunciado como un proceso de implosión y explosión de la ciudad dejó entrever dos aproximaciones a la crisis de la arquitectura y de la ciudad, que se pueden asociar ahora con el final de la abundancia financiera que culminó en la década de 1970, y que a su vez ocasionó el poco esperanzador desenlace del siglo XX (Hobsbawm, 1998). Considerar la implosión de la metrópoli

implica una analogía con el suceso físico donde una masa crítica detona hacia el interior, y la compresión de su onda expansiva hace estallar el núcleo y lo divide en polinúcleos, lo que a su vez aumenta considerablemente la densidad del conjunto hasta alcanzar un estado crítico que deriva en la inefable fragmentación de las partes y el todo, en este caso de la arquitectura de la ciudad como conjunto relacional y coherente (Pérgolis, 2005) que ocasiona la interrupción de las dinámicas de lo privado y lo público (Delgado, 1999).

El proceso de explosión urbana se refiere a la incapacidad del contenedor de mantener la corporeidad de lo contenido bajo cierto control hasta desbordarse sobre la *periferia*, en esta ocasión sobre la denominada *ruralidad*, lo que genera un fraccionamiento humano de las estructuras sociales y la división del trabajo, para concluir que el sacrificio de la periferia será la victoria de la ruralidad. El panorama poco alentador de hoy no dista mucho del de mediados del siglo pasado:

En la actualidad, pues, se agudiza un proceso inducido que cabe denominar "implosión-explosión" de la ciudad. El fenómeno urbano cubre una gran parte del territorio en los grandes países industriales. [...] Este tejido urbano es cada vez más tupido, aunque no faltan diferenciaciones locales ni un considerable grado de división —técnica y social— del trabajo en las regiones, conglomeraciones y ciudades. Al mismo tiempo, dentro de esta malla e incluso fuera, las concentraciones urbanas se hacen gigantescas; la población se abarrotá alcanzando densidades inquietantes. [...] Al mismo tiempo, también, muchos núcleos urbanos antiguos se deterioran o estallan. Los habitantes se desplazan hacia lejanas periferias, residenciales o productivas. En los centros urbanos las oficinas reemplazan a las viviendas. A veces estos centros son abandonados a los pobres y pasan a convertirse en *ghettos* para los desafortunados (Lefebvre, 1978, pág. 25).

El asunto más interesante que Lefebvre (1978) abordó tiene que ver con la noción de tejido urbano vinculada con la de ecosistema, entendida como una unidad relacionada equilibradamente alrededor de un centro específico, y aunque no es un tema para detenerse, amerita una revisión de la ciudad, su arquitectura y lo apuntado: examinar de nuevo la forma relacional de vida de las culturas híbridas (García Canclini, 2001), una recomprensión de la trama que urde la vida conectada

de la colectividad urbana (Johnson, 2002), y que muestra la filigrana de la condición humana frente al habitar el mundo (Heidegger, 1994).

Lefebvre (1978) no hizo referencia explícita a muchos autores aquí mencionados que durante su época escribieron sobre la urbe, particularmente a Jacobs, a pesar de que en América fueron en gran medida una fuerza que se sumó a los conflictos que afrontó; en la obra de Lefebvre (1978) hay una referencia a lo que se convirtió en punto de avanzada para la reflexión articuladora que se pretende esbozar sobre la urbe, y que Foucault (2010) definió en relación con la dicotomía entre las utopías modernas del plan de la ciudad y las heterotopías del proyecto de vida urbana tras la modernización del siglo XX.

Es importante considerar que la reflexión de Lefebvre (1978) sobre la arquitectura y la urbe es fundamental, más aún cuando reclamó a éstas como un derecho, como un acto de justicia humana sin caer en los arrebatos febriles de la emancipación, sino más bien mantuvo una tenaz actitud frente a los llamamientos a la equidad social, lo que logró disolver el círculo alrededor del cual giraba la crítica a la modernidad arquitectónica semejante a la figura del *uráboros* —la cabeza que engulle su propia cola en un acto cíclico— para mostrar que lo subsumido en el caos de la posmodernidad y verdadera razón de la reflexión saliera a la luz para permitir impugnaciones magistrales, como las de Foucault (2010) en su intento por develar la ilusión de la modernidad.

Hacia 1967, cuando Lefebvre publicó *El derecho a la ciudad*, Foucault (2010) había pronunciado su afamada charla sobre las heterotopías en el Cercle d'Etudes Architecturales tan solo un año atrás, y aunque su reflexión tuvo un sentido un tanto diferente o pormenorizado en el aspecto espacial de las mismas, les eran comunes las preocupaciones sobre la alteridad y la otredad. Para Lefebvre (1978) las heterotopías determinan las trayectorias revolucionarias en el seno de los espacios sociales de posibilidad, y se suceden en tensión con las utopías como deseo último de la mesiánica sublevación colectiva y con las *isotopías*, entendidas como la consumación del orden espacial del estado capitalista. Para el caso de Foucault (2010), la controversión se agudizó en la desviación de la espacialización utópica o la heterogeneidad de la vida urbana, en un escenario social tardocapitalista en medio de la llamada posmodernidad (Foucault, 2010).

Las posturas lefebvriana y foucaultiana fueron el reclamo por el derecho humano a la ciudad, que sin duda ha agudizado la cultura social actual frente a

la urbe contemporánea, asunto espléndidamente retomado por Harvey (2012), que explica que los fenómenos urbanos más recientes son impulsados por poderosas fuerzas sociales, como los *ocupas* en Europa o los *indignados* de Nueva York, solo por citar un par de ejemplos recientes, que sin aplazar o desconocer la responsabilidad que convoca amerita reconsiderar la aproximación a la realidad cotidiana hecha desde el oficio diseñístico, tarea que parecen realizar con mucha sensatez quienes no han sido formados para tal fin, y que los filósofos, antropólogos o sociólogos han afrontado como ciudadanos comunes, y que han seleccionado seriamente a los hacedores de mundo como nunca antes se había visto.

Antes de concluir esta reflexión se debe hacer un señalamiento perentorio: si en algún momento los problemas del movimiento moderno parecían discernir los asuntos de la arquitectura y los de la ciudad, como si se tratase de compartimentos estancos con una vida independiente e inconexa, la situación contemporánea tratada aquí no permite hacer tales separaciones, y no porque ésta no sea justamente una época donde la sociedad del espectáculo (Debord, 2010) no haya reclaudido sus prácticas alienantes —que particularmente para el caso de la disciplina del diseño parece sublimar las actuaciones nominales de los proyectistas por sobre los intereses de los afectados por su obrar—, sino porque la arquitectura y la ciudad como máxima expresión de la voluntad individual y colectiva (Park, 1925) se cruzan en los no lugares del aparente desencuentro, donde se espera mostrar otra alternativa desde la alteridad no descendente, sino emergente, lo que permite conectar la urbe hasta proyectar los nuevos escenarios de posibilidad realizados por eruditos y legos, y entretejer las dinámicas urbanas que demuestren sentido humano por ser éste la finalidad última de la arquitectura (Hernández, Kellett y Allen, 2012), es decir, ocuparse del hombre, de la relación con sus congéneres y articularlo de una manera distributiva no uniforme que permita habitar mejor un mundo artificializado.

Conclusiones

Con el propósito de cerrar la presente reflexión e incentivar la investigación futura en la multiplicidad de historias —incluida la de la modernidad inconclusa o la desencantada posmodernidad, vistas desde la alteridad de la periferia decolonial

—, se espera al menos haber instigado al lector, puntualmente al diseñador arquitecto, a que considere viable asumir el mundo artificializado desde otra postura por medio de un obrar distinto, mediado por un proyectar otro, lo que posibilita una perspectiva objetivada que revele sin temor las desigualdades territoriales, las diferencias políticas culturales e ideológicas fuera de las restricciones que el sistema ha establecido, y que la tradición ha determinado hasta dar cabida al no tiempo y al no lugar, o a las heterotopías propias de la diversidad de los grupos humanos o de la vida vivida de manera desigual (Foucault, 2010).

Foucault (2010) consideró que la vida debía estudiarse desde la realidad antes que presumirla anticipadamente por medio de un plan, e incluso sugirió la *heterotopología*, dedicada a estudiar la aparente contrariedad espacio-temporal de la vida urbana, pues no hay sociedad ni cultura que se libere de ellas, lo cual es una circunstancia inexpugnable de la actual condición humana.

Visto en su amplitud, lo anterior invita a pensar la ciudad desde la diversidad del habitar como lo ha descrito Heidegger (2007), es decir, vista desde abajo hacia arriba, desde donde emerge, lo que finalmente la concreta desde las bases cívicas de la sociedad hasta la perspectiva de arriba hacia abajo donde obra el proyectista, lo que hace repensar el desarrollo equilibrado del territorio sin impedir las expresiones espontáneas entrelazadas con las derivadas de los procesos de ordenamiento planificado, y que producto de estas dinámicas relaciones yacen en una escala superior de la vida colectiva.

Es evidente que el asunto que se ha querido dejar abierto aquí funda su reflexión en la connotación antropológica del quehacer diseñístico cuando el mundo humano se percibe como un proyecto en proceso, sin utopías, sin líneas progresivas, sin éxitos premeditados, sin aire mesiánico, sin salvadores y sin salvados; por esto es posible que la tesis esbozada por Foucault (2010) sea sugestivamente ilustrativa en este sentido, pues responde a la gran interrogante externa al plan determinado de la modernidad utópica que permite inventar un mundo de otra manera.

Referencias

- AICHER, O. (2001). *Analógico y digital*. Barcelona: Gustavo Gili.
- AICHER, O. (1994). *El mundo como proyecto*. Ciudad de México: Gustavo Gili.
- BANHAM, R. (1985). *Teoría y diseño en la primera era de la máquina*. Barcelona: Paidós.
- BENJAMIN, W. (1973). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Madrid: Taurus.
- BOLLNOW, F. (1969). *Hombre y espacio*. Barcelona: Labor.
- COLLINS, P. (1998). *Changing ideals in modern architecture*. Canadá: McGraw Hill.
- CONRADS, U. (1973). *Programas y manifiestos de la arquitectura del siglo XX*. Barcelona: Lumen.
- CURTIS, W. (1987). *Modern architecture since 1900*. Oxford: Phaidon Press.
- DANTO, A. (1999). *Después del fin del arte. El arte contemporáneo y el linde de la historia*. Buenos Aires: Paidós.
- DEBORD, G. (2010). *Society of the spectacle*. Detroit: Black & Red.
- DELGADO, M. (1999). *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- DORFLES, G. (1972). *Naturaleza y artificio*. Barcelona: Lumen.
- ECO, U. (2004). *Historia de la belleza*. Barcelona.
- EINSTEIN, A. (1990). *Mis ideas y opiniones*. España: Antoni Bosch.
- FERNÁNDEZ, C. (1990). *Nueva arquitectura en América Latina*. Ciudad de México: Gustavo Gili.
- FOUCAULT, M. (2010). *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- GARCÍA Canclini, N. (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- GIEDION, S. (1978). *La mecanización toma el mundo*. Barcelona: Gustavo Gili.
- GIEDION, S. (1986). *El presente eterno. Los comienzos de la arquitectura*. Madrid: Alianza.
- GROPIUS, W. (1965). *The new architecture and the Bauhaus*. Michigan: The MIT Press.
- HARVEY, D. (2012). *Rebel cities: From the right to the city to the urban revolution*. Nueva York: Verso.
- HEGEL, G. (1989). *Lecciones sobre la estética*. Madrid: Akal.

- HEIDEGGER, M. (1994). Construir, habitar, pensar. En M. Heidegger, *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal.
- HEIDEGGER, M. (2007). *El ser y el tiempo*. Ciudad de México: FCE.
- HERNÁNDEZ, F. Kellett, P. y Allen, L. (Eds.). (2012). *Rethinking the informal city. Critical perspectives from Latin America*. Nueva York: Berghahn Books.
- HETHERINGTON, K. (1997). *The badlands of modernity: Heterotopia and social ordering*. Londres: Routledge.
- HOBSBAWM, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- JACOBS, J. (1961). *The death and life of great american cities*. Nueva York: Vintage.
- JOHNSON, S. (2002). *Emergence. The connected lives of ants, brains, cities and software*. Nueva York: Touchstone.
- KANT, I. (1983). *Textos estéticos*. Chile: Andrés Bello.
- KOYRÉ, A. (2000). *Del mundo cerrado al universo infinito*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- KRUFT, H.-W. (1994). *A history of architectural theory form Vitruvius to the present*. Nueva York: Princeton Architectural Press.
- LE Corbusier. (1978). *Hacia una arquitectura*. Barcelona: Poseidón.
- LE Corbusier. (1979). *Radiant city: Elements of a doctrine of urbanism to be used as the basis of our machine age civilization*. Barcelona: Poseidón.
- LE Corbusier. (1998). El espacio indecible. *DC. Revista de Crítica Arquitectónica*, 1, 48-56.
- LEFEBVRE, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LOOS, A. (1972). *Ornamento y delito y otros escritos*. Barcelona: Gustavo Gili.
- LYOTARD, J. (2006). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MIES van der Rohe, L. (2003). *Escritos, diálogos y discursos*. Murcia: Colegio Oficial de Aparejadores de Murcia.
- MIGNOLO, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción colonial*. Barcelona: Gedisa.
- MILL, J. (1996). *System of logic. Ratiocinative and inductive. Collected works*. Toronto: University of Toronto Press.
- NIGHTINGALE, C. (2012). *Segregation: A global history of divided cities*. Chicago: University of Chicago Press.

- PARK, R. (1925). *The city: Suggestions for the study of human nature in urban environment*. Chicago: Chicago University Press.
- PÉRGOLIS, J. C. (2005). *Ciudad fragmentada*. Buenos Aires: Nobuko.
- PEVSNER, N. (2003). *Pioneros del diseño moderno*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.
- POPPER, K. (1992). *Conocimiento objetivo: Un enfoque evolucionista*. Madrid: Tecnos.
- ROMERO, J. (2001). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- ROSSI, A. (2008). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- SUBIRATS, E. (1986). *La flor y el cristal*. Barcelona: Anthropos.
- SUBIRATS, E. (1989). *El final de las vanguardias*. Barcelona: Anthropos.
- TAFURI, M. (1997). *Teorías e historia de la arquitectura*. Madrid: Celeste.
- TATARKIEWICZ, W. (2002). *Historia de seis ideas: Arte, belleza, creatividad, mimesis, experiencia estética*. Madrid: Tecnos.
- VEN, C., van de (1981). *El espacio en arquitectura: La evolución de una idea nueva en la teoría e historia de los movimientos modernos*. Madrid: Cátedra.
- VENTURI, R. (1974). *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ZEVI, B. (1980). *Historia de la arquitectura moderna*. Barcelona: Poseidón.



CAPÍTULO 2

Palimpsestos y obsolescencias en la ciudad contemporánea

Edwin Aguirre Ramírez

Introducción

PREGUNTARSE ACERCA DEL SIGNIFICADO Y la naturaleza de la ciudad, así como del comportamiento del hombre en ella es una tarea imprecisa, vaga, profunda y contradictoria, más aún cuando para diferenciar ambas cuestiones se debe entender al hombre no como ser individual, sino como ser social culturalmente construido, y a la ciudad no como ente u objeto carente de esencia, sino desprovisto de la posibilidad de oponerse a ser transformado, y en constante cambio y evolución. El presente análisis demostrará dos particularidades relacionadas.

La discusión contemporánea desarrollada a partir de las problemáticas urbanas ha destacado una reiterada revisión de estos cuestionamientos, muestra de ello es la reflexión que hace Morin (1999): "Estamos en la era planetaria; una aventura común se apodera de los humanos dondequiera que estén. Estos deben reconocerse en su humanidad común, y al mismo tiempo reconocer la diversidad cultural inherente a todo cuanto es humano". Aquí también impera la necesidad del reconocimiento de aquello que carece del sentido de lo humano, pero la ciudad, entendida como una construcción del hombre, es simultáneamente constructora de hombres, de ciudadanos.

Si se revisan los albores de la humanidad se puede inferir que la relación entre hombre y ciudad estaba dada de manera integral, esto es, como unidad, como conjunto inseparable. Al menos así se puede entender por medio de los vestigios conocidos de las primeras ciudades, como son claro ejemplo Mesopotamia y la polis griega. La aparición de la ciudad marcó la diferencia entre el ser civilizado y el bárbaro, hubo un cambio estructural en los medios de producción, y a partir de ello a la ciudad empezó a vérsele no solo como un elemento de agrupación de individuos, sino como un espacio relacional, de intercambio y con un sinnúmero de funciones específicas. Por consecuencia, el hombre se convierte en habitante de la ciudad, y en su condición de ciudadano —al menos en el caso de la polis griega — se puede dar a la tarea de aprovechar el contexto en que se encuentra en su propio beneficio, y a la vez darle forma, moldearlo a su gusto.

La evolución del hombre lo alejó de su origen natural, lo transformó en un ser colectivo —social— y en un ser cultural; todo esto fue posible en el escenario relacional de la ciudad, donde la suma de las individualidades del sujeto, expresadas en su contexto habitable, permitieron la apropiación y construcción de un espacio habitado. Esta diáspora es entendible desde una perspectiva evolutiva, y tiene como resultado la diferenciación de la naturaleza humana en relación con la naturaleza del mundo, debido a que "ha producido una extraordinaria diversidad de lenguas, de culturas, de destinos [...]. El tesoro de la humanidad está en su diversidad creadora" (Morin, 1999, pág. 31).

Esta diversidad es la conjugación de la racionalidad del ser humano con su sentido de supervivencia, lo que le ha permitido apropiarse del mundo —de la naturaleza— y artificializarlo en su propio beneficio, convertirlo en ciudad. Pero la propia historia y evolución del hombre y la ciudad se han encargado de cambiar

la relación entre ambos. En la actualidad la ciudad puede entenderse como una sumatoria de fragmentos cuya unicidad se ha perdido en sus aspectos físicos y significantes. Lo relacional se ha convertido en una amalgama de conflictos, en multiplicidad de crisis. Si bien la ciudad ha traído consigo una serie de beneficios para el hombre y la sociedad, hoy es evidente que muchos problemas que afrontan son estrictamente urbanos, suceden en la ciudad. Desde una perspectiva similar, pero en contextos diferenciados:

Hoy más que nunca, ante la multiplicidad de realidades, la ciudad busca darle ese horizonte de sentido a todas las acciones, a toda la información, a todos los eventos, así como en el marco del pensamiento moderno intentó explicarse a través de la significación y ser entendida a través de una realidad única e indiscutible. O acaso ¿son las acciones, la información, los eventos, los que intentan darle sentido a la vida en la ciudad? Creo que ambas instancias son válidas. Porque los significados provienen del reconocimiento de las formas significantes, y el reconocimiento de nosotros mismos entre esas formas nos conduce a la identidad, a la pretendida realidad, a la realidad deseada (Pérgolis, 2005, pág. 14).

Puede decirse que los cambios en esta amalgama de elementos se dan indistintamente. Si se entiende a la ciudad como el espacio físico, lo urbano como lo relacional —por medio de lo cual se le puede dar sentido al espacio y convertirlo en un lugar de experiencias—, al hombre y a la sociedad como constructores constantes de ciudad y de urbanidad —pero a la vez mutantes, cambiantes, adaptables a las condiciones que su hábitat les imprime—, entonces se percibe de manera ampliada la complejidad que posee la comprensión de lo que cada uno de estos elementos significa cuando forman parte de una relación intrínseca, hoy por hoy inseparable:

Cada ciudad tiene su propio estilo. Si aceptamos que la relación entre cosa física, la ciudad, vida social, su uso, y representación, sus escrituras van parejas, una llamando a la otra y viceversa, entonces vamos a concluir que en una ciudad lo físico produce efectos en lo simbólico: sus escrituras y sus representaciones (Silva, 2006, pág. 26).

Dentro de este planteamiento está implícito que la ciudad es escritura humana que hoy puede entenderse como palimpsesto. Se pueden buscar las capas, los estratos de ciudades pasadas sobre la ciudad y encontrar una diversidad aglutinada en un solo espacio, esto es, la manifestación de la huella dejada por cada hombre, por cada grupo social en la ciudad, ya que las representaciones hechas a la urbe, como la construcción de ella misma, afectarán siempre el uso que de ella haga la sociedad, y por consiguiente la idea del espacio siempre será cambiante (Silva, 2006). La ciudad como documento que puede interpretarse muestra constantemente las características del tiempo pasado, espacios y edificios que otrora fueron novedosos, y de igual manera se presenta como lienzo para una nueva escritura.

La ciudad entendida como palimpsesto es soporte de la sociedad contemporánea que decide interpretar a su manera la ciudad, a la vez que escribe sobre ella. La ciudad es imaginada solo hasta que se construye, solo hasta que se edifica, "la ciudad planificada, ordenada y regulada [...] se ha contrapuesto a la ciudad laberinto, a la urbe caótica, desproporcionada y conflictiva" (Montoya, 1996, pág. 70), y se ha separado de la ciudad real, pero los devenires de la ciudad no son:

La realización tortuosa e imperfecta de una ciudad ideal que siempre gusta de ocultarse, como tampoco son la espera siempre aplazada de una ciudad soñada que nunca se realiza. Muy al contrario, la ciudad ha estallado y en su implosión estalló el modelo que la había concebido (Montoya, 1996, pág. 70).

Esta explosión ha ocurrido por sí misma y por la acción de quienes la habitan; es un hecho irrefutable que la ciudad es un artificio arraigado en la propia evolución del hombre y de la sociedad: "La ciudad es un artificio, un constructo humano que pone en sus marcas visibles y en sus trazos no visibles la impronta de su continuo presente" (Montoya, 1996, pág. 71).

La ciudad incompleta

La ciudad está en deuda. Este espacio ha sido una construcción que a partir de su consolidación histórica le ha permitido al hombre tener beneficios y mejorar sus condiciones de vida. Se puede establecer que la urbanización ha sido fundamen-

tal para el avance de la civilización, esto se puede ver expresado en el aumento de las tasas de natalidad mundial y en la disminución de las de mortalidad. Sin embargo, es notorio que a partir de ella el hombre ha sido condenado a sufrir una serie de necesidades particulares de la vida urbana, referidas casi todas ellas a la capacidad de cada individuo de poseer elementos necesarios para su propia subsistencia, como también a sortear de alguna manera las problemáticas dadas a partir de las múltiples relaciones de carácter socioeconómico y cultural que en la ciudad cobran una fuerza inusitada. Marginación, polarización, pobreza, déficit de vivienda y de servicios públicos constituyen algunos de los problemas más agudos que surgen en la ciudad.

Congestión, contaminación, conflicto, confusión, crimen [...], en nuestro imaginario colectivo la ciudad se asocia, cada vez más a menudo a un compendio de problemas [...]. Se da así la paradoja que la ciudad, una de las creaciones más complejas y ricas que la sociedad humana ha producido a lo largo de la historia, acaba siendo asociada a las lacras y a los peligros (Nel-Lo y Muñoz, 2004, pág. 255).

Las soluciones a estos problemas lastimosamente no se dan de manera contundente, por lo que siempre aparecen como elementos apremiantes en la dinámica urbana, lo que obliga al ciudadano a mantenerse en una lucha constante que le permita sobrellevar sus condiciones adversas. La ciudad está incompleta porque siempre será necesario resolver un nuevo problema, y esto ha sido así desde el origen mismo de la ciudad hasta el día de hoy.

Al hacer una síntesis histórica de esta situación se puede ver que en la polis griega —que puede entenderse como el paradigma básico de lo que es la ciudad occidental, y donde se originó la idea del espacio público para la misma cultura— el problema fundamental fue la cuestión política. En estas ciudades-nación eran tenidos en cuenta y participaban de los beneficios que la ciudad ofrecía solo quienes eran considerados dentro de los cánones culturalmente establecidos. La toma de decisiones y la participación en la gestión y el desarrollo de cualquier asunto debían resolverse por medio del posicionamiento político que los ciudadanos hicieran en el espacio público. En este contexto, mujeres y niños carecían de voz y voto en la dinámica de la ciudad. Quien no perteneciera a este lugar —extranjeros

y esclavos— estaban al margen de cualquier decisión, pero debían someterse a las condiciones que el grupo social dominante impusiera. Se afronta un espectro que vanagloria y tergiversa la historia misma de los conceptos que hoy se defienden abiertamente como paradigmas del origen de la ciudad contemporánea.

En el caso de las ciudades precapitalistas posteriores a Grecia y Roma, el orden feudal fue fundamental y sirvió como plataforma territorial y administrativa de lo que posteriormente fueron las ciudades tal y como se las conoce hoy. Al menos para el caso europeo, sobreviven vestigios físicos de las ciudades viejas que conformaron el germen espacial de las contemporáneas; en su gran mayoría su estructura básica posee las características de las ciudades feudales, donde la muralla y la fortaleza agudizaban el sentido del resguardo, manifestación del poder y orden prevaleciente dentro del sistema social y económico.

En este nuevo orden fisicoterritorial y sociocultural es inevitable encontrar algunos problemas. La necesidad de seguridad de los señores feudales y de los siervos, así como de sus riquezas —en particular la propia tenencia de la tierra— hizo que la ciudad se amurallara, que se la asegurara o se la protegiera contra los males externos, pero simultáneamente quedaba convertida en una isla espacial dentro de vastos territorios. Las dinámicas de este tipo de ciudades se veían afectadas básicamente por problemas de salud generados por diversos hábitos de la vida cotidiana, y claro está, por la carencia de alivio para dichas problemáticas. Es sabido que las enfermedades contagiosas y cierto tipo de pestes provocaron el colapso de múltiples conjuntos urbanos, lo que obligó a sus moradores a repensar su situación y a cambiar.

El motivo de transformación física y espacial sucedió a partir de la mercantilización y llegada de los primeros habitantes que originaron a las ciudades en la era del capitalismo por medio de la industrialización, que a su vez fundó las ciudades modernas. A pesar de los cambios establecidos por las diversas crisis y diversos avances tecnológicos, el efecto de la ciudad antigua se mantuvo presente, y es inescrutable aún hoy en muchos casos “pese a las múltiples mutaciones sociales acontecidas, las urbes europeas conservan todavía los rasgos principales que habían caracterizado las ciudades en los albores de la historia” (Nel-Lo y Muñoz, 2004, pág. 259), lo anterior manifiesta la importancia de la consecución de la idea de ciudad y su arquitectura como quintaesencia de la civilización. Durante el

desarrollo de las ciudades industriales los problemas de salubridad se consideraron impulsores del cambio fundamentales para repensar la ciudad:

La absorción de un crecimiento tan volátil llevó a la transformación de los barrios antiguos en zonas degradadas, y también a la construcción desmanejada de nuevas casas e inmuebles cuyo único propósito, dada la carencia generalizada de transporte municipal, era proporcionar de la manera más barata posible la mayor cantidad de cobijo rudimentario situado a una distancia que permitiese ir caminando a los centros de producción [...]. Con un saneamiento primitivo y un mantenimiento inadecuado, este modelo podía traer consigo concentraciones de excrementos y residuos, así como inundaciones, y estas condiciones provocaron de forma natural una alta tasa de enfermedades: primero la tuberculosis y luego, algo más alarmante para las autoridades, algunos brotes de cólera (Frampton, 2009, pág. 21).

Al llegar el capitalismo y la Revolución Industrial —como modelos de desarrollo físico, económico y de pensamiento— la ciudad sufrió una gran transformación en todas sus particularidades. La modernidad se inmiscuyó en todos los procesos territoriales, y con ayuda del proceso de industrialización transfiguraron el mundo conocido:

Ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo destruir las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar su mundo y hacerlo nuestro. Es ser a la vez revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aun cuando todo se desvanezca (Berman, 1989, pág. xi).

La reflexión anterior expresa que el hombre y el mundo mismo son una paradoja, vistos desde la perspectiva de la modernidad cambian de manera incesante, algunas veces contra propia naturaleza, lo que conlleva también al deterioro

paulatino de los múltiples contextos habitables —las ciudades— ya establecidos. Pero es necesario decir que ser moderno en la vida contemporánea se desdibuja poco a poco; la idea de la modernidad como revolución se ha perdido, y día tras día el peso de la modernidad está más ligado con ser conservador que con ser innovador. Un ejemplo de esto se puede observar en un sinnúmero de rincones urbanos en América Latina, donde para conseguir elegibilidad diversas facciones políticas prometen vías pavimentadas o alfabetizar a la población, entre otras promesas, problemas que ya no deberían existir, sino que deberían estar superados más allá del discurso.

La ciudad moderna se convierte en un polo de atracción hacia la vida urbana. Los medios de producción tecnificados y las ventajas generadas en las ciudades día a día convencen u obligan a aquellos que aún se mantienen en un proceso de vida vernacular —vinculados al campo y a la producción primaria— a migrar hacia ellas. La ciudad moderna ha elevado los grados de urbanización en el ámbito mundial, lo que relega cualquier otra forma de habitar en el mundo. Se debe entender el concepto de grados de urbanización como una medida establecida para descubrir la población que habita las ciudades al dividir la población urbana de un país entre su población total. En este sentido, entre más grande sea el resultado, mucho mayor el nivel de urbanización que presentará el país. Esta medida puede combinarse también con el índice de jerarquía urbana, que analiza el grado de desarrollo de los países a partir del número y tamaño de las ciudades que posea.

La avalancha provocada por la modernidad ocasiona que el sentido de la vida del mundo moderno gire sobre la urbanización. Entender un país en desarrollo o desarrollado será posible a partir de sus grados de urbanización, lo que deja de lado otras características menos cuantificadas, pero inherentes a otros aspectos importantes de habitar en el mundo:

La ciudad, ya sin murallas, colonizaba apresuradamente los espacios rurales que habían provisto de alimento a sus habitantes y que ahora pasaban de forma progresiva a formar parte de un espacio fragmentado, en el que la percepción de lo transitorio y la magnitud de la transformación espacial es palpable, tanto en la construcción de grandes avenidas y ensanches como en obras de infraestructura (Nel-Lo y Muñoz, 2004, pág. 267).

En la ciudad, la realidad del capitalismo segregaba indistintamente a quienes poseían el ingreso necesario para acceder a los nuevos modos de consumo y a las infraestructuras, de quienes carecen de toda posibilidad de utilizar y sacar provecho de ellos. El mayor conflicto heredado por la ciudad moderna es justamente la inequidad presente en todos sus rincones, pero como se ha señalado, éste no es un resultado exclusivamente apreciable en la ciudad moderna o en la contemporánea, ha estado presente desde antaño, en ejemplos considerados paradigmas del devenir urbano.

Es un hecho que la ciudad es una obra incompleta. Posee tantas necesidades como habitantes tiene, y la acción de cada individuo la ha convertido en una sumatoria de fragmentos. El devenir urbano está sometido entonces a la necesidad creciente y constante de solucionar problemas estructurales para la población, al menos para aquellos sectores que están lejos de poseer los bienes básicos que les permitan gozar de una vida urbana adecuada, como mínimo en los términos que la misma modernidad estableció como fundamentales.

Hace poco más de 100 años, con el advenimiento y consolidación del movimiento moderno manifestado fervientemente en el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna —donde se reunieron los profesionales más importantes de la arquitectura y el urbanismo de principios del siglo XX, entre otros Josep Lluís Sert y Le Corbusier, que expresaron hacia 1942 los postulados de la Carta de Atenas (Le Corbusier, s.f.)—, se decidió enjuiciar racionalmente a la ciudad. Dentro de los postulados más importantes se consideró la formación de nuevos paradigmas que consideraran la vida urbana como la nueva razón de ser del oficio, y se propuso una categorización fundamentada en los espacios para trabajar, circular, recrearse o cultivar cuerpo y espíritu, y por último, los espacios para habitar. Parece simple, pero los primeros cuatro elementos mencionados resumían la totalidad del ideal modernista de la ciudad y su arquitectura. Aunque parece obvio, este manifiesto fue la panacea teórica y conceptual sobre la que se sustentó gran parte del pensamiento disciplinario del siglo XX, aunque en la práctica solamente se completaron los proyectos de carácter arquitectónico, mientras que los urbanos a duras penas vieron una que otra realización, como sucedió con las ciudades de Chandigarh, en la India, o de Brasilia, en Brasil.

¿Cómo justificar la existencia de la ciudad moderna cuando estos postulados no lograron manifestarse con claridad suficiente? La realidad que presenta el

mando contemporáneo es una inminente y continua urbanización. Resulta increíble que la disputa más trascendental acerca de la ciudad y lo urbano sucede en el ámbito de lo dialéctico, donde se asignan responsabilidades y crímenes a uno u otro actor, y no hay una discusión en el espacio verdadero —el de la ciudad misma, el urbano— para encontrar soluciones prácticas que vayan más allá de lo simplemente discursivo y se acerquen por su propia naturaleza a una realidad específica. Todas y cada una de las intervenciones en la ciudad tienen fines precisos e intereses particulares, pero no todas las veces logran con buen término los fines propuestos. Lo que es una realidad es que no todos los habitantes de la compungida ciudad contemporánea tienen espacios para habitar, ni mucho menos para trabajar o circular, ni que decir de los espacios para la recreación. Al no cumplir sus promesas, la modernidad arquitectónica y urbanística deja a la ciudad literalmente en construcción.

Otro argumento surge para entender a la ciudad como un hecho incompleto. Muchas soluciones a los problemas urbanos han llevado a pensadores a idealizarla y a proponer soluciones abstractas o poéticas, como en los ámbitos literario, arquitectónico y filosófico, donde se han descrito múltiples idilios socioespaciales; el más canónico de todos fue el propuesto en *Utopía*, escrita por Moro (2007) en 1516, modelo de sociedad y ciudad perfectas, que para no decaer debían aislarla del resto del mundo y mantener su autonomía. Lejano en el tiempo, menos político, pero igual o aún más poético, Calvino (2002) escrutó por medio de los relatos de viaje de Marco Polo la heterogeneidad de los núcleos urbanos y culturales, y expuso las diversas dotes físicas y espaciales de una o muchas ciudades, donde la singularidad es alta siempre, y por ningún motivo se manifiesta una idea de unicidad estética o funcional.

No menos poéticas, pero más funcionales fueron las soluciones e idealizaciones que arribaron con los procesos de industrialización: la ciudad lineal (Soria y Mata, 1890), la ciudad jardín (Howard, 2010), el Plan voisin (Le Corbusier, 1925). Entre otros, se les considera los proyectos más visionarios para solucionar la problemática urbana. Esta reflexión permite pensar que hoy la ciudad está incompleta porque se ha dejado de buscar su perfección y se ha dedicado simplemente a dejarla ser. Esta incapacidad de completarse, de ser un proyecto terminado es justamente el principio de su propia obsolescencia.

La crisis del espacio y el lugar en la ciudad

La sociedad construye y deconstruye día a día a la ciudad; la imagen y la realidad se funden en una sola experiencia de cambio permanente, de mutación y de transformación de experiencias de vida de los habitantes, pero al mismo tiempo del espacio contenedor y contenido de y entre ellos.

Si la ciudad posee un espíritu humano nacido de la intervención de los individuos y de las relaciones sociales instituidas en su espacio, es inevitable que ella misma empiece a otorgarle significado a sus estructuras artificiales. Espacio y lugar pueden ser una misma cosa, pero en lo concerniente a la sensibilidad poética y al hombre es indispensable separarlos. Es posible entender al espacio como el hecho físico, construido y virtual, y al lugar como el escenario de lo relacional donde la esencia debe encontrarse por medio del significado, en el mismo sentido de lo ya mencionado para entender la diferencia entre la ciudad y lo urbano.

A pesar de que el concepto de *locus* definido por Rossi (1995) se refiere casi exclusivamente a la relación singular y universal entre las situaciones de una localidad y las construcciones o edificios que albergan, se puede ampliar dicha definición cuando la diferencia y relación entre espacio y lugar está mediada también por el espíritu del lugar o *genius loci* de un contexto determinado, lo que le hace distinto a otro, le caracteriza e individualiza, y permite su distinción de cualquier otro elemento. Ese espíritu está originado en el sentido del origen de quien habita, en su percepción; es una excusa para encontrar una manera singular de habitar, lo que permite dar significado a lo que rodea sus contextos físico y social. Es como cuando las cosas adquieren un sentido que valida su existencia al ser nombradas.

Por medio de esta cualidad se puede diferenciar el espacio del lugar. Puede decirse que un espacio al que se imprime cierto nivel de significado —del cual sus habitantes se apropián y confeccionan en él una serie de relaciones *en* y *con* el espacio— se transforma en lugar con espíritu y con sentido, lo que permite su diferenciación. Pero este espíritu y significado tienen el mismo origen: el individuo y la sociedad. El hombre imprime en el espacio toda su naturaleza al habitarlo —y lo condiciona y transforma—, y el espacio convertido de esta forma en lugar adquiere un significado construido cultural e históricamente: "El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la

medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación” (Bachelard, 2000, pág. 22).

El espacio y el lugar adquieren una imagen singular con un sentido estructurado. Imagen vívida y representada construyen simultáneamente diversas formas de apropiación y de ocupación del contexto habitable. La sociedad —como sumatoria de las singularidades de los sujetos, y a la vez tamiz del deber ser del comportamiento de los individuos— otorga a los lugares ciertas jerarquías y ciertas reglas de juego. De esta manera, el espacio transformado en lugar posee maneras de usarse, de vivirse. Bachelard (2000, pág. 10) ha reflexionado acerca de la imagen poética como producción de la conciencia, y plantea que:

La imagen poética, en su simplicidad, no necesita saber. Es propiedad de una conciencia ingenua. En su expresión es lenguaje joven. [...] Para aclarar que la imagen es antes que el pensamiento habría que decir que la poesía es, más que una fenomenología del espíritu, una fenomenología del alma.

Si se sabe que la ciudad no fue anterior al pensamiento del hombre, si es cierto que ella posee en su interior la esencia misma del alma humana, la imagen de la ciudad está determinada no solo por los hechos físicos que existen en el espacio (Lynch, 2014), sino por los significados que los individuos y la sociedad imponen a sus elementos.

A diferencia del planteamiento de Bachelard (2000), que supone que la imagen poética se origina por medio de una conciencia ingenua, la ciudad deviene de una conciencia sagaz que premedita el comportamiento y el significado de sus elementos de manera formal, funcional y estructural —lo que refiere a la figura canónica vitruviana— para articular siempre lo relacional y lo espacial en un escenario de representaciones y vivencias específicas.

Desde otra perspectiva, si la casa puede tomarse como instrumento de análisis para el alma humana, se puede decir que la ciudad es el instrumento que permite entender el sentido de lo social (Bachelard, 2000, pág. 23). Imagen y realidad se manifiestan de diversas maneras: “La ciudad es en sí misma el símbolo poderoso de una sociedad compleja. Si se la plantea bien visualmente, puede tener asimismo un intenso significado expresivo” (Lynch, 1998, pág. 14). Esta reflexión

manifiesta el sentido poderoso de la imagen urbana. Por medio de este elemento se puede reconocer una ciudad, o si es el caso, recordarla.

La manera más adecuada de orientarse dentro de un contexto urbano específico se deriva básicamente de la propensión de poseer referentes, elementos significativos que permitan reubicar la propia posición en el espacio (Lynch, 1998). Hitos, nodos, bordes y sendas son, entre otros elementos, los propiciadores (Lynch, 1998) de la ubicación y la reubicación en el espacio, y pueden considerarse simultáneamente como lenguaje urbano, significados físicoespaciales, símbolos urbanos que permiten una interpretación precisa y que se les reconoce socioculturalmente. La identidad de los lugares se hace manifiesta: un lugar, una zona urbana es distinta a otra en la medida en que posea características y símbolos urbanos diferentes. La diferencia sucede a partir del valor de significación que los habitantes otorguen a estos elementos; la singularidad de los hechos urbanos constituirá simultáneamente ese *genius loci* ya mencionado, el espíritu del lugar del que se desprende la relación entre el espacio y el hombre.

A diferencia del espacio social, "esa realidad invisible, que no se puede mostrar ni tocar con el dedo, y que organiza las prácticas y las representaciones de los agentes" (Bourdieu, 2007, págs. 21-22), el espacio de la ciudad, configurado por los elementos antes mencionados, es realidad física, material y visible. Los agentes y los grupos se expresan de manera corpórea, allí pueden habitar indistintamente de la distancia que guarden unos de otros.

La crisis esbozada entre el espacio y el lugar, que posee diferentes matices, tiene también múltiples argumentos teóricos que la sustentan. Si se retoma la diferenciación entre la ciudad y lo urbano:

Es posible leer una ciudad, al menos en cuanto estructura morfológica [...]. Es más, los territorios en que una ciudad puede ser dividida han sido generados y ordenados justamente para posibilitar su lectura, que es casi lo mismo que decir su control. El espacio urbano, en cambio, no puede ser leído, puesto que no es un discurso, sino pura potencialidad, posibilidad abierta de juntar, que existe solo y en tanto alguien lo organice a partir de sus prácticas, que se genera como resultado de acciones específicas y que puede ser reconocido solo en el momento en que registra las articulaciones sociales que posibilitan (Delgado, 2004, pág. 2).

Sin embargo, Delgado (2004) resta consideración a la ciudad y sobredimensiona lo urbano, cuando ambos elementos deberían formar parte de un todo multidimensional, y deberían entenderse como elementos intrínsecos y articulados porque espacio y lugar —como ciudad y urbano— poseen más convergencias que divergencias entre sí.

El habitante no vive en medio de la mascarada de espacios y acontecimientos construidos como escenografías urbanas particulares referentes a eventos llativos, vive en lo más profundo de la estructura urbana y padece todos los problemas que posee la ciudad. Estos elementos son fáciles de interpretar a partir de la disparidad que el capital infestó a la sociedad, y "la sociedad moderna no solo es una jaula, sino que todos los que la habitan están configurados por sus barrotes; somos seres sin espíritu, sin corazón, sin identidad sexual o personal, casi se puede decir sin ser" (Berman, 1989, pág. 15). Ésta es una condición no solo vivida en la modernidad, afecta también a la sociedad y al ser contemporáneo, incluso a quienes pretenden ser posmodernos y vivir en la posmodernidad. Más específicamente, le pertenece a quienes han perdido su arraigo, a quienes no se sienten identificados con el lugar donde se encuentran. Desde otras perspectivas, la divergencia entre lugar y no lugar (Augé, 2000) ayuda a complejizar la conceptualización disciplinar de estos elementos:

Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar [...]; la sobremodernidad es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos (Augé, 2000, pág. 83).

Esta definición del no lugar puede interpretarse también como una expresión de la obsolescencia de los espacios de la ciudad. La importancia del lugar antropológico vivido, apropiado, usado y significado por el hombre es lo que le da un sentido verdadero al lugar (Augé, 2000). Estas características lo separan inmediatamente del simple espacio que carece de estos contenidos, del no lugar, que sin identidad definida aparece en diversos escenarios de la ciudad, se inmischuye en la estructura urbana de manera paulatina, y con sus atributos o con su

carenza desarticula lo establecido en términos físicos y simbólicos, los resignifica y les cambia el sentido:

El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación (Augé, 2000, pág. 84).

Esta última reflexión pone de manifiesto el sentido de vulnerabilidad que poseen los hechos urbanos, en tanto cuentan con posibilidades de cambio, de transformación para bien o para mal. Pueden permanecer para ser interpretados o volverse obsoletos.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo se ha insistido en el estado inconcluso de la ciudad y en su naturaleza de cambio. Esto no equivale a una crítica a la esencia misma de dicha realidad, pero sí a una reflexión acerca de la situación inherente que genera la imposibilidad de un proyecto completo. Quizá los lectores podrían sacar sus propias conclusiones debido a que desde un punto de vista personal esta característica de parcialidad y de saldo pendiente es la manifestación misma de la idea de que la modernidad es un proyecto incompleto y en muchas formas no superado.

De la misma manera, el concepto de crisis no pretende argumentar unívocamente la idea de un problema. Para muchas culturas la crisis es justamente una fuerza impulsora de cambio, de transformación, y se debe pretender que dichas dinámicas busquen siempre optimizar y mejorar las condiciones en las que la ciudad se reproduce, situación inherente al mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes.

A pesar de conocerse las huellas de las diversas configuraciones, de las transformaciones físicas espaciales y socioculturales del espacio que habitamos, parece que el palimpsesto de la ciudad pocas veces se ha leído con atención. Una y otra vez los ciudadanos son sometidos a proyectos arquitectónicos y urbanos

inoperantes —con algunas excepciones—, a modelos de urbanización que van contra la lógica del habitar —como la dispersión urbana de las ciudades latinoamericanas— y a disputas por el poder que ven en el espacio urbano solo un medio de producción de capital.

Pero los discursos muchas veces son exacerbados. El derecho a la ciudad promulgado por Lefebvre (1978) ha sido reinterpretado algunas veces de múltiples formas por diversos actores académicos, políticos y sociales, lo que sirve como excusa para realizar proyectos —inconclusos— que suponen una mejora de las condiciones espaciales de los contextos urbanos, o en otros casos se trata de reclamos por parte de dichos sectores, que en contraste poseen intereses que van más allá de la legitimación de lo público. Sin deslegitimar la importancia de esta postura teórica y conceptual que ya tiene alrededor de medio siglo, es relevante preguntar hasta qué punto se puede exigir desde un papel de sujeto urbano —habitante o ciudadano, tomador de decisiones, planificado, diseñador, entre otros— el vanagloriado derecho a la ciudad, y en cambio se debería pensar en el propio deber que se tiene con ella.

Referencias

- AUGÉ, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- BACHELARD, G. (2000). *La poética del espacio*. Argentina: FCE.
- BERMAN, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BOURDIEU, P. (2007). Espacio social y espacio simbólico. El nuevo capital. En *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- CALVINO, I. (2012). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Ediciones Siruela.
- DELGADO, M. (2004). De la ciudad concebida a la ciudad practicada. *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, 62.
- FRAMPTON, K. (2009). *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- HOWARD, E. (2010). *Garden cities of tomorrow*. Nueva York: Createspace.

- LE Corbusier. (s.f.). *Carta de Atenas*. Recuperado de www-etsav.upc.es/personals/monclus/cursos/CartaAtenas.htm
- LEFEBVRE, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LYNCH, K. (1998). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MONTOYA, J. (1996). Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: La ciudad como conflicto de memorias. En F. Giraldo y F. Viviescas, *Pensar la ciudad*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.
- MORIN, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Francia: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- MORO, T. (2007). *Utopía*. Ciudad de México: Editorial Prometeo Libros.
- NEL-LO, O. y Muñoz, F. (2004). El proceso de urbanización. En J. Romero (Coord.), *Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Barcelona: Ariel.
- PÉRGOLIS, J. (2005). *Ciudad fragmentada*. Argentina: Nobuko.
- ROSSI, A. (1995). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- SILVA, A. (2006). *Imaginarios urbanos*. Bogotá, Colombia: Arango Editores.
- VITRUVIO, M. (1997). *Los diez libros de arquitectura*. Madrid: Alianza Editorial.



P A R T E I I

Manifestaciones del deterioro y la obsolescencia en el contexto latinoamericano



CAPÍTULO 3

El deterioro como concepto y criterio de renovación urbana

Camilo Lozano Rivera

Introducción

EXISTE UN ACERVO CRECIENTE DE INVESTIGACIONES centradas en los procesos de gentrificación o elitización de los espacios urbanizados (Hiernaux y González, 2014; Janoschka, Sequera y Salinas, 2014; Smith, 2013). El amplio despliegue de investigaciones sobre este particular contrasta con un conjunto mucho más acotado de estudios orientados al análisis de los procesos inversos, tales como el deterioro, el declive y la obsolescencia (Dalmas, Geronimi, Noël y Sang, 2015; Lynch, 2005). Este capítulo pertenece a este segundo conjunto de análisis, y aquí se refiere un caso concreto: el empleo técnico y administrativo de la noción del deterioro

en los documentos oficiales del "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015) vigente en la ciudad andina de Manizales, Colombia.

El término *deterioro* se incluye dentro del plan mencionado como indicador para caracterizar las condiciones de una zona urbana, así como un motivo administrativo para decidir sobre los procesos de intervención o tratamiento necesarios o pertinentes, generalmente de condiciones físicas espaciales en la ciudad. Sin embargo, a lo largo de toda la disertación que constituye a este plan y las subsecuentes resoluciones de modificación, no existe aclaración alguna sobre lo que el deterioro implica en lo conceptual, o si se trata de una noción únicamente descriptiva. Con el objetivo de ampliar el análisis sobre este particular, en esta investigación se formula una pregunta: ¿qué ocurriría si el uso del deterioro como criterio de definición en la intervención sobre los espacios urbanizados en Manizales implicara que el deterioro consiste en una proyección realizada sobre la realidad, y no necesariamente en que se le considerara una cualidad o una serie de cualidades inherentes a cualquier objeto?

Si se asume que la idea del deterioro funciona como un demarcador al interior del espacio urbanizado a causa de que representa el límite de lo útil para fines humanos (Lynch, 2005), se descubre que el deterioro se encuentra vinculado con la obsolescencia, es decir, un espacio deteriorado puede volverse obsoleto. El acto de definición de algo o alguien como obsoleto entraña aspectos, procesos o intereses productivos que funcionan detrás de la declaración del deterioro o de la obsolescencia, y pueden influir sobre los órdenes ecológico, social y cognitivo, lo que interviene de manera inevitable la faceta humana de las ciudades. En este capítulo se indagará el deterioro como un concepto, y se cuestionará su uso para justificar ciertas trasformaciones del espacio construido de Manizales, contenidas dentro de un discurso más general de renovación urbana.

El deterioro como concepto

La densidad manifiesta de lo que hay que abordar para precisar en qué consiste el término *concepto* es sobrecogedora. En este apartado se pretende ofrecer únicamente dos perspectivas incipientes sobre lo que significa el término referido a causa de su utilidad instrumental para la presente investigación, y porque faci-

litarán la problematización posterior de un aspecto concreto del "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015). El aspecto a problematizar es el empleo del deterioro como un concepto para hacer inteligibles e intervenir algunos fragmentos espaciales de la ciudad.

En un texto compuesto ya varias décadas atrás, el geógrafo suizo Raffestin (1978) expuso que la etimología de la palabra *concepto* remite a una raíz indoeuropea que implica agarrar, y por lo tanto, lo designado por esta raíz etimológica requiere una operación. Dicho de otro modo, aunque sin abandonar la relevancia de su etimología, lo que se expresa al emplear dicho término alude a la realización de algo. Así entendido, un concepto es algo que tiene un valor operatorio. A diferencia de una noción, la operación a la que está ligada el concepto no necesariamente está unida a la experiencia inmediata, sino que más bien se trata de una construcción mental que detenta autonomía con respecto a la experiencia (Raffestin, 1978, pág. 60).

Conviene recordar aquí la perspectiva de Piaget (1974) con respecto a la relación entre las operaciones y los conceptos. Las operaciones que implican al cuerpo en el mundo dan lugar a las primeras experiencias y constituyen la fundamentación de la posibilidad futura de manejar, en un nivel abstracto, entidades conceptuales (Piaget, 1974). Una forma diferente de definición igualmente útil para los fines de este capítulo es la de Dumez (2011), para quien la definición de lo que es un concepto pasa por la estimación del potencial que tiene un concepto particular para guiar y sostener el interés de quien investiga acontecimientos inexplorados con el fin de hacer que surjan nuevos problemas.

La conceptualización del deterioro remite las más de las veces a la imposibilidad. El carácter casi inaprehensible del fenómeno que se pretende acotar resulta agobiante, y antes de emprenderse cada esfuerzo se presume destinado al fracaso, o como mucho se le considera una acción diletante. El ritmo de esta prosa y la dirección en que se interpreta se opone a la imagen misma del deterioro, cuya característica más prominente es el retroceso. El reverso de la afirmación anterior es que la presente sucesión escrita entraña avance. Cada palabra relacionada con el significado del deterioro estalla en direcciones inusitadas hacia objetivos no observables de antemano, pero en los que muchos coinciden, como lo revelan los enlaces metafóricos del deterioro con el declive, la destrucción, el desgaste y la

decadencia, en una frase, *con un dejar de ser*. La polisemia como virtud y al mismo tiempo como obstáculo es también el atractivo más insidioso del deterioro.

Al imaginar que la zorra de la famosa fábula de Esopo se hubiera dedicado a escribir sobre el deterioro inmediatamente después de —tras muchos intentos infructuosos por alcanzarlas— decidir que las uvas que deseaba estaban verdes, aunque las sabía maduras y apetitosas, el deterioro habría sido para ella la decadente necesidad en que se vio a sí misma en ese momento, "cambiando sus deseos antes que sus creencias" (Elster, 2005, pág. 244). A diferencia de la zorra ante unas uvas también apetitosas, en este escrito se describirá una estrategia para disipar el deseo mediante su consumación y justificar la acción necesaria para ello; así, se caracterizará la noción del deterioro frente a los espacios urbanizados.

Éste es un objetivo, y trazarlo es una expresión de control en la medida en que al desconocer la ruta se define previamente el punto de llegada. Estar situado en este punto desde antes de emprender el viaje es un modo fácil y seguro de blindaje con respecto a la palabrería, al impulso de glosar. Otra es la cuestión cuando se observan situaciones parecidas a la precaución sobre el fervor de las pulsiones, pero desde el punto de vista de la vigilancia, que al momento de reducirse se reivindica el ímpetu por la entrega a las prohibiciones, el cruce de límites o la ejecución de los actos en los que el control se reduce. Los espacios urbanizados del deterioro coinciden con la laxitud de la vigilancia.

Los que así podrían denominarse "lugares libres" (Lynch, 1990, pág. 121) sintetizan una expresión paradójica si se la observa bajo esta perspectiva. Debido a que la sociabilidad está expresada en los abigarrados diseños reglamentarios de las sociedades humanas, y ahí se expone precisamente el rigor de las reglas e imposiciones colectivas que recaen sobre la dinámica de las acciones individuales (Elias, 1990), hablar de libertad puede resultar cacofónico. Sin embargo, el ejercicio de la acción al fin y al cabo es inevitable, y a veces rotundo; se realiza siempre bajo una ilusión: la del control propio o la de la ausencia de vigilancia. Se trata de ilusiones en la medida en que los agentes que las efectúan las toman en serio.

El punto a discutir no es la libertad a secas; se trata de la libertad experimentada en los espacios deteriorados donde reducir la vigilancia abre paso a lo prohibido, lo que motiva la libertad de desear. Un deseo puede ser identificado desde el punto de vista de quienes gozan de lo prohibido por las condiciones del espacio, pero puede ser de manera muy diferente según el punto de vista de

quienes desean y elevan a exigencia el cuidado del espacio, como si supusieran que significa también una modalidad del control (Foucault, 2012). En los espacios deteriorados es justamente el control lo que queda reducido, y con ello todo lo que depende de él. La habilidad de salirse de control se manifiesta en la medida en que existe un repertorio de acciones humanas que establecen metódicamente la manera de situarse en los límites del marco conceptual, donde la aceptación y la legitimidad se subordinan a la inexactitud y a la desfachatez: "Dentro de toda ciudad, lugares llenos de basura se utilizan para almacenajes de bajo coste y para actividades de escaso valor, y espacios fragmentados y sin dueño se usan para vertidos" (Lynch, 2005, pág. 121).

El deterioro es un proceso, y como tal una derivación por semejanza del *declive*, pero al tratar de jugar con la presunción de que los procesos avanzan y que esto no necesariamente entraña una dirección específica, el declive y el avance muestran una relación oculta que permite resaltar una ambigüedad más en la caracterización del deterioro, y es que el declive es descendente y lo contrario del *avance*, aunque al mismo tiempo ambos son una expresión fuerte de la noción de proceso. Reducir ambos conceptos de manera separada se convierte en una necesidad para que encajen dentro de una idea más amplia de proceso, que por definición es dinámico y se encuentra en desarrollo, entendido esto último como un modo eficiente de diversificación no necesariamente lineal o ascendente. De este modo la noción del deterioro no basa su valor necesariamente en la negatividad del retroceso, mediante la cual dicha noción se define como una imagen de procesos subversivos o paradójicos, sino que precisa una observación más detallada para encontrar la lógica de su desenvolvimiento; lo importante por ahora es que en cuanto proceso, el deterioro está en movimiento. El deterioro es trepidante (figura 1).

Si la idea no es únicamente adjetivar al deterioro, sino también ofrecer características que permitan delimitarlo primero en el ámbito del pensamiento y después en los espacios urbanizados, ¿cómo continuar?: solamente al considerar que en las ciencias humanas existe la posibilidad de proponer modelos sobre la propia interacción con los espacios mediante procesos de pensamiento, como la capacidad de simbolización y los productos del pensamiento, como los símbolos mismos. Como producto, el símbolo es constitutivo, y por lo tanto, observable. El hacer con símbolos —simbolizar— es constituyente, y por lo tanto puede implicar.

FIGURA 1. Vestigios de una demolición.**FUENTE:** el autor.

Observar e implicarse son dos tareas típicas de la etnografía. Si el rudimento principal de la ciencia —y aquí la distinción de texturas blandas y duras no está presente— es la confianza en el poder de la razón (Malinowski, 1974), la aproximación al deterioro se torna menos imposible, pero las preguntas no terminan aquí: ¿a qué grado de certidumbre es posible aproximarse mediante la indagación de un fenómeno como el *deterioro*? Para empezar, se debe establecer que éste es un fenómeno que detona un proceso de percepción ligado a la negatividad, a pesar de la multiplicidad de sus manifestaciones.

Es conocido el mito de origen celta sobre *Wasteland*, que describe una maldición que ocasiona esterilidad sobre la tierra, que solamente desaparecerá por la intervención de un héroe. La necesidad del heroísmo para evitar el desperdicio de los recursos vitales es un escenario ético opuesto diametralmente a buena parte de lo experimentado con mayor frecuencia en la actualidad. La obsolescencia programada puede entenderse como una práctica más o menos aceptable por la natu-

ralidad con que se observa; un ejemplo de esto sucedió en el segundo semestre del 2014, cuando diputados franceses votaron la aplicación de un castigo penal para dicha práctica. Lo cierto es que de manera simultánea a la creación de objetos se imprime en ellos una progresiva prescripción de sus lapsos de vida útil. Esta práctica sirve para pensar que el deterioro se puede apreciar como una consecuencia directa del paso del tiempo y su consecuente poder de desgaste, pero en ocasiones implica también la presión ejercida por una fuerza degenerativa, como la fuerza del mercado que subyace en la legitimidad de la obsolescencia programada.

La faceta temporal del deterioro descrita en relación con los objetos ocurre en el ámbito individual. Enfoques psicológicos ligados al procesamiento de la información —centrados en el aspecto cognitivo— subrayan que la depresión consiste en una enfermedad reductiva, en el sentido de que afecta el desempeño de los individuos que la padecen con respecto a las actividades cotidianas que desarrollan, los vínculos emotivos que construyen, y lo que resulta más importante, la tendencia a la interpretación negativa de las experiencias propias, independientemente de su contenido en casos patológicos extremos. La depresión deteriora la subjetividad y la vida individual contenida en ella. El origen de la negatividad aludida en estos casos tiende a coincidir con una apreciación por parte del depresivo acerca de que las demandas y obstáculos que el mundo propone son exagerados, lo que supera infinitamente la capacidad de respuesta y gestión individuales.

Esta actitud está soportada en los modos de procesar información, y simultáneamente estructura las conductas de respuesta; cuando se orienta sistemáticamente hacia las experiencias que transcurren en el tiempo presente, tiene como consecuencia ineludible la edificación de una visión negativa del futuro. Los patrones cognitivos negativos que así emergen, organizan esquemas de percepción y de acción que funcionan como una disposición previa hacia la información proveniente del exterior, que en consecuencia se procesa con base en un error cognitivo, en el sentido de que el *leitmotiv* del procesamiento se basa en elaboraciones idiosincráticas que no necesariamente se ajustan a las condiciones objetivas de lo real (Ellis, 1968).

La depresión consiste en una auténtica disyuntiva que contrasta con la realidad de la vida. En este sentido, la depresión es una enfermedad que exemplifica un deterioro del procesamiento de la información con base en errores cognitivos, y en la resultante incapacidad física de ejecutar con éxito las actividades más coti-

dianas. La fundamentación y la extensión en el tiempo del arraigo en una idiosincrasia singular a partir de la cual se define toda experiencia social —que al mismo tiempo es el principio sobre el que se construye la imagen de sí mismo—, se tornan evidentes para el depresivo en sus supuestos básicos y en los esquemas que los motivan. La autoimagen socialmente influida en su constitución se convierte en estos casos en un recipiente de los resultados del procesamiento basados en el error cognitivo; en efecto, la autoimagen creada y consultada nada más que en la faceta humana de lo imaginario pasa a representar una desilusión de sí mismo. Es en lo imaginario donde la operación de lo simbólico funciona como refuerzo para estructurar la relación del sujeto con lo real (Kodre, 2011). En virtud de este juego de relaciones, el aspecto simbólico del deterioro traba una relación discernible con la psiquis, y para el caso específico de la depresión, es el propio cuerpo —vivido en tanto vehículo de la experiencia y representado en tanto rasgo definitorio de la autoimagen— el espacio fundamental de la experiencia del deterioro.

¿Hablar del deterioro implica no decir nada acerca de la realidad? Al estudiar el deterioro se ha encontrado que en la dicotomía positivo y negativo reside otra paradoja; por positividad o realidad debe entenderse aquélla a la que Cocteau (2009, pág. 12) se refiere en su cuaderno de notas cuando estuvo internado en la clínica de Saint Cloud para someterse a una desintoxicación: "En el opio, lo que lleva al organismo a la muerte es de orden eufórico. Las torturas se producen por regresar a contrapelo a la vida".

Según lo anterior, una singularidad de la experiencia con el opio estriba en que es la reiteración de estados eufóricos lo que aproxima a la muerte; el opio conduce a un retroceso al estado primigenio inerte que constituye una forma impresionante de sublevación ante la vida, ya que ésta es el recurso que la evolución emplea para poner en marcha sus designios vitales. Si la muerte es el deterioro consumado, actuar para estar cerca de ella es una forma de despliegue algo extravagante definido por su negatividad. Pero que el motivo de una actuación de este tipo consista en la experiencia eufórica es paradójico, ya que la euforia es paroxística, positiva y vital.

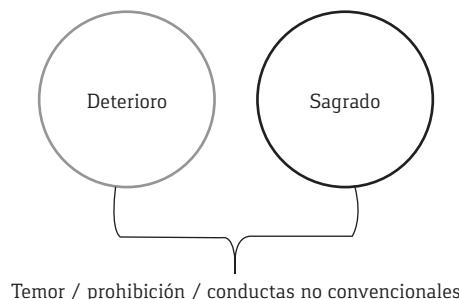
Las palabras de Cocteau sugieren que el placer de la euforia que aproxima a la muerte es dulce, pero el regreso a la vida a expensas de esta forma de placer se vuelve un martirio. En este orden de ideas, la vida queda revestida de negatividad y el placer mortífero ocupa el lugar de lo positivo. Esta clase de subversiones en

la valoración asignada a la vida y a la muerte —y por qué no, al deterioro y a su relación con el desgaste, la atonía y el declive— expone alternativas llamativas para indagar su organización semántica.

Para profundizar en la experiencia del deterioro es relevante indagar también su simbolismo, con cuya noción se alude aquí a los componentes de la significación del deterioro, a las variaciones por medio de las cuales se combinan, a las jerarquías en las que dichas combinaciones se organizan y a las estructuras semánticas que emergen de este ejercicio (Goody, 1995). Por lo anterior, se puede afirmar que el simbolismo del deterioro tiene similitud con el simbolismo de lo sagrado.

Una caracterización de lo sagrado sugiere que se distingue por las actitudes de reverencia y temor con que se orienta la acción colectiva hacia el objeto sagrado, tanto si se trata de un espacio, una ceremonia o una proposición (Malinowski, 1974); lo sagrado se compone de reglas de conducta escrupulosas que regulan las condiciones del contexto, lo que reglamenta a su vez las acciones individuales. Es identificable con el dominio de lo sagrado el reconocimiento colectivo de la operación de las fuerzas sobrenaturales, que pueden tener como causa los caprichos de las deidades, el poder de la magia o incluso la insatisfacción de los muertos. La necesidad de gestionar el influjo que la acción de las fuerzas sobrenaturales puede ejercer sobre las vidas y los designios humanos da lugar a estrategias de balance, como la ofrenda o el sacrificio, que a su vez delimitan el ámbito de la acción ceremonial o de los rituales en la vida social (figura 2).

FIGURA 2. Tipología del deterioro y lo sagrado.



FUENTE: elaboración propia.

La experiencia del deterioro acoge entonces una faceta preventiva. El deterioro es síntoma de descuido y se manifiesta en los espacios derruidos y misteriosos, donde los límites aceptables de la acción humana se desvanecen. La posibilidad de emergencia de lo otro —ese perfil ignorado del que se conoce su presencia— se enfrenta con temor: las escaleras son una metáfora de la contingencia, de lo que puede suceder por vía doble (figura 3).

FIGURA 3.



FUENTE: el autor.

La incertidumbre causada por la incapacidad de definir el sentido de las cosas o la precisión de su trayectoria afecta a la percepción del espacio cuando la visibilidad de lo continuo se interrumpe, cuando aparecen los intersticios y la inteligibilidad no depende ya únicamente de la función de tránsito que la escalera cumplimenta, sino de las posibilidades latentes de que lo marginal se represente en el grafiti o en la intrépida naturaleza vegetal.

Las clasificaciones posibles de rastrear o entrever en la noción del deterioro —y lo que por medio de su análisis se puede identificar en cuanto a distancia semántica o similitud mediante el significado con otros términos—, aunque se encuentra apenas insinuado en este ensayo sugiere que es susceptible de tratarse como una categoría cultural, es decir, se encuentra embebido en un marco cultu-

ralmente organizado de significación. El deterioro actúa en el espacio donde se combinan los caracteres que permiten distinguir significados y sobre los que se despliegan las clasificaciones (Foucault, 1968). En una palabra, el deterioro *estructura*.

El deterioro puede aproximarse a la agonía como cualidad, y comporta rivalidad y lucha. Representa el desequilibrio porque de un modo paralelo al proceso de deterioro, es imaginable un proceso de ascenso o embellecimiento que prospera mediante los materiales necesarios, aunque su obtención se convierta en despojo. El deterioro como instancia que comprende procesos opuestos conlleva una fuerte carga de impugnación respecto a aquellos procesos que le contradicen, como la rehabilitación, el rediseño y la renovación: a grandes rasgos, a un modo de rivalidad. La desaparición se manifiesta así como un resultado predecible del deterioro.

Rivalidad y lucha son las dos características de la agonía (Bataille, 1987) cuando la ostentación de poder implica arrebatar el poder a otro. Bataille (1987) ilustra la intrincada elaboración de las relaciones de poder con su interpretación del *potlatch*, cuando refiere que la ostentación suntuaria es una modalidad de autoafirmación de los sujetos que pueden ejercerla —las clases dominantes son las clases que gastan—, además de una modalidad de reducción de los sujetos opacados por la ostentación ajena, impotentes de ejercerla. El deterioro expresa también el poder arrebatado, la mecánica del despojo, la agonía previa a la desaparición: es la depresión opuesta a la vitalidad de los afectos.

El deterioro como criterio

La utilización del deterioro como criterio para hacer inteligibles ciertos fragmentos de espacio urbanizado encuentra una realización específica que interesa comunicar aquí. El "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015) expone que para el componente urbano de la ciudad es necesario delimitar las *áreas morfológicas homogéneas*.

Para precisar dichas áreas, el plan enfatiza la idea de unidad y que la delimitación de dichas unidades no se agote en el plano morfológico, sino que también implique el plano estructural; éste último es resultado de la coordinación de distintos sistemas superpuestos al espacio, a saber, varios tipos de mallas: ambiental, de servicios públicos, de vías y transporte, de vivienda de interés social, del

espacio público, de equipamiento y uso del suelo (Alcaldía de Manizales, 2015). Además de una colección, estas mallas son ordenadas y portan una función ordenadora para la ciudad. A partir de ellas la ciudad y su orden se conciben como una única particularidad homogénea.

Sin embargo, en este punto tal vez residan algunas imprecisiones, ya que existen formas físicas como los líquidos o los gases constituidos por partículas dispuestas en desorden, aunque homogéneamente (Reynoso, 2011, págs. 262-263). Éste es posiblemente el caso de varias expresiones de la realidad social, incluida la ciudad, como las representaciones cartográficas de las ciudades que sirven para definir y delimitar áreas —mapas turísticos, guías de transporte e instrumentos de catastro—; los desplazamientos desde una coordenada específica hacia todos los demás puntos ubicables en el mapa no obedecen necesariamente a una ley de simetría inherente a los espacios. De hecho, el espacio objetivo toma forma y significado en relación con valores somáticos: "Cada persona está en el centro de su mundo y el espacio circundante es diferenciado de acuerdo con el esquema de su cuerpo" (Tuan, 1977, pág. 41).

Son las rupturas en la homogeneidad del espacio urbanizado los que más interesa enfatizar en la presente investigación; el "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015) denomina "zonas de tratamiento urbanístico" a estas rupturas o discontinuidades, y además se refiere a:

Los tratamientos urbanísticos [como] decisiones administrativas del "Plan de ordenamiento territorial", por las cuales se asignan a determinado sector del suelo urbano una serie de objetivos y procedimientos que van a guiar y determinar las actuaciones a futuro en dichas zonas (Alcaldía de Manizales, 2015, pág. 53).

Dentro de estos tratamientos se incluye la renovación urbana. De acuerdo con este plan, el deterioro es una variable para establecer criterios de renovación, y es necesario definir las *áreas morfológicas homogéneas* proclives a la actuación administrativa (tabla 1). Aunque falta claridad ante los discernimientos para definir o suponer la homogeneidad de un área urbanizada, al día de hoy está proyectada la renovación de varias de ellas.

TABLA 1. Determinantes para abordar las zonas de tratamiento urbanístico.

Tratamiento recomendado / condiciones de la zona	Conservación	Mejoramiento integral	Redesarrollo	Renovación urbana	Rehabilitación	Desarrollo
Valores históricos, urbanísticos, ambientales y arquitectónicos destacables	✓			✓		
Con deterioro físico	✓	✓		✓	✓	
En proceso de abandono	✓		✓	✓		
Condiciones del deterioro social		✓		✓	✓	
Con deterioro ambiental	✓	✓	✓	✓	✓	
Déficit de servicios, espacio público y equipamiento	✓		✓	✓	✓	
Rápido crecimiento urbano		✓				
Usos inadecuados	✓		✓			
Desplazamiento de la población	✓		✓			
Proyectos de gran impacto urbano a futuro				✓		
Proyectos de urbanización espontánea					✓	
Proyectos en áreas de amenaza o riesgo					✓	

FUENTE: Alcaldía de Manizales (2015).

La homogeneización de áreas del espacio urbanizado es un requisito previo para definir el tratamiento específico de los espacios, según el "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015). El ámbito procedural no admite una crítica tan recia como la que requiere el ámbito de las definiciones, los conceptos y la claridad expositiva. La utilización terminológica del deterioro está en detrimento de la densidad conceptual que se puede explorar, pero —y sobre todo lo demás— demuestra una ligereza inquietante por parte de la administración de la ciudad.

El deterioro —definido como una clase a la que se le pueden asignar objetos, en este caso fragmentos del espacio de la ciudad— posee un valor instrumental, sin embargo, no se considera que estimar el deterioro como un rasgo o cualidad constitutiva de los objetos para asumirlo como criterio clasificadorio inamovible puede ser un razonamiento que parte de una base inestable, altamente problemática, cuando no directamente equivocada. Con respecto a las características físicas del entorno (Gibson, 2015), aquéllas que pueden cuantificarse o calcularse

con base en escalas y unidades físicas deben medirse en consideración con las propiedades de los organismos que interactúan con el entorno en que se inscriben dichas cualidades. El *affordance* es la complementariedad entre las cualidades de organismos y las del entorno (Gibson, 2015). Este término pretende dar cuenta de la conectividad entre la estructura del ambiente y la percepción como una forma de acción. Sin embargo, en este affordance (Gibson, 2015) el ambiente cultural está ausente (Hutchins, 2010).

Tomar en cuenta el deterioro como categoría cultural en el sentido esbozado en el apartado anterior no invalida lo anterior (Gibson, 2015), más bien permite pensar en detalle la aplicación de la categoría cultural del deterioro para hacer inteligible el ambiente construido para su delimitación y para asignarle un sentido, actividades dirigidas menos hacia las cualidades propiamente dichas de los espacios a los que se reviste con esta categoría, y más a la posición y a los intereses de conocimiento desde los que se proyecta la categoría del deterioro sobre una realidad concreta, como lo exemplifica la administración de las ciudades. Aunque en esta apreciación hay un profundo debate filosófico sobre la ontología del territorio, también posee una distinción ontológica de lo urbano y la posibilidad de una crítica de cierre.

Desde los trabajos de Louis Wirth en la primera mitad del siglo XX sobre el alcance de lo urbano, ha quedado en los anales de la reflexión sobre la ciudad y lo urbano el hecho de que su ontología remite a "lo efímero, lo transitorio, la complejidad y la movilidad" (Hiernaux, 2013, pág. 16), lo cual puede comprenderse como constitutivo de la *personalidad urbana*. Si se toma como punto de partida este postulado, conviene cuestionar si la renovación urbana sustentada en la idea del deterioro permite consolidar la experiencia de lo urbano mediada por la incertidumbre, la inmediatez y lo contingente o fortuito que definen la ontología (Hiernaux, 2013), donde emerge la figura del *flaneur*,¹ o se establece sobre otras bases menos interesadas por la conformación y transformación de subjetividades urbanas, como los traslados del suelo urbano al ámbito de las mercancías, y la

¹ Concepto inspirado en el término acuñado por Charles Baudelaire, referente a un hombre que deambula sin rumbo, que se deja llevar sin apuros y que se sorprende con hallazgos en cada esquina, como un verdadero vagabundo (*Mundo Flaneur*, s.f.).

subordinación del espacio urbanizado a las dinámicas del mercado, lo que da importancia a la ciudad según su potencial extractivo (Weber, 2002).

Es importante señalar (figura 2) que allí no se muestra únicamente la instrumentalidad del deterioro como criterio de clasificación de los espacios urbanizados, sino que aparece también como indicador de formas de tratamiento e intervención, entre las que cabe contar la rehabilitación urbana, la renovación y el redesarrollo.

El deterioro como criterio de clasificación de los espacios urbanizados antecede a la justificación de imposiciones en la morfología de la ciudad, cuya administración soslaya ciertos fragmentos del espacio urbanizado, para después del paso del tiempo emplear el deterioro como causa de la intervención administrativa. De este modo, el deterioro funciona como causa invertida, como criterio de clasificación que permite inscribir el paso del tiempo de la negligencia institucional sobre el espacio. Se trata de un ejemplo típico del papel de las instituciones en la relación social que conlleva la naturalización de lo social, la inversión de las causas y los efectos (Bourdieu, 2000, pág. 20).

Conclusiones

En su análisis del edificio teórico de Michel Foucault, West-Pavlov (2009) señala una distinción entre los discursos del espacio —que apelan a metáforas y demás tropos de carácter espacial como recursos argumentativos— y los espacios del discurso que efectivamente interactúan con las formas físicas de la ciudad y los modos de vida urbanos asociados a ellas. De aceptarse esta distinción, en el "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015), el uso de la noción del deterioro debe considerarse en ambos discursos.

Los efectos que pueda tener la declaración en la administración de la ciudad acerca de un complejo edificado y deteriorado dentro de una ciudad no se agotan en el aspecto físico del espacio, sino que inciden en los sistemas humanos de interacción que constituyen la trama urbana.

Un entendimiento más agudo de los discursos oficiales sobre la zonificación de las ciudades implica estudiar los conceptos clave empleados para estos fines. Elaborar la distinción entre el uso terminológico de un concepto y el uso concep-

tual de un término sirve para conducir mejor las posibilidades de la crítica sobre los procesos urbanísticos en marcha hoy día.

Referencias

- ALCALDÍA de Manizales (2015). Plan de ordenamiento territorial de Manizales. Manizales, Caldas: Autor.
- BATAILLE, G. (1987). La noción de gasto. En *La parte maldita* (págs. 25-46). Barcelona: Icaria Editorial.
- BOURDIEU, P. (2000). Una imagen aumentada. En *La dominación masculina* (págs. 17-72). Barcelona: Anagrama.
- COCTEAU, J. (1999). *Opium*. Bogotá: Planeta.
- DALMAS, L., Geronimi, V., Noël, J. F. y Sang, J.T.K. (2015). Economic evaluation of urban heritage: An inclusive approach under a sustainability perspective. *Journal of Cultural Heritage*, 16(5), 681-687.
- DUMEZ, H. (2011). Qu'est-ce qu'un concept?. Recuperado de https://hal.archives-ouvertes.fr/file/index/docid/574166/filename/Pages_67_A_79_-_Dumez_H._-_Qu_est-ce_qu_un_concept_-_Libellio_vol._7_nA_1_-_SUPPLEMENT.pdf
- ELIAS, N., Schröter, M. y Alemany, J. (1990). *La sociedad de los individuos: Ensayos*. Barcelona: Península.
- ELSTER, J. (2005). En favor de los mecanismos. *Sociológica*, 20(57), 239-273.
- ELLIS, A. (1968). *Cómo vivir con un neurótico*. Buenos Aires: Central.
- FOUCAULT, M. (1968). Representar. En *Las palabras y las cosas* (págs. 53-82). Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, M. (2012). L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté. En *Dits et écrits (1954-1988), t. IV* (págs. 257-280). París: Gallimard.
- GIBSON, J. (2015). The theory of affordances. En *The ecological approach to visual perception* (págs. 119-126). Nueva York: Taylor y Francis Group.
- HIERNAUX, D. (2013). Repensar la ciudad: La dimensión ontológica de lo urbano. *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, 4(2), 7-17.
- HUTCHINS, E. (2010). Cognitive ecology. *Topics in Cognitive Science*, 2(4), 705-715.
- KODRE, L. (2011). Psychoanalysis for anthropology: An introduction to lacanian anthropology. *Anthropological Notebooks*, 17(1).

- LYNCH, K. (1990). *The image of the city*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- LYNCH, K. (2005). *Echar a perder: Un análisis del deterioro*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MALINOWSKI, B. (1974). *Magia, ciencia, religión*. Barcelona: Ariel.
- MUNDO Flaneur. (s.f.). Autor. Recuperado de www.mundoflaneur.com
- PIAGET, J. (1974). *El estructuralismo*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- RAFFESTIN, C. (1978). Les construits en géographie humaine: Notions et concepts. *Géopoint 78: Concepts et construits dans la géographie contemporaine Lyon - 18-19 mai 1978-1978* (págs. 55-73). Lyon, Francia: Groupe Dupont.
- REYNOSO, C. (2011). Redes espaciales: Grafos para una antropología del paisaje y la ciudad compleja. En *Redes sociales y complejidad: Modelos interdisciplinarios en la gestión sostenible de la sociedad y la cultura* (págs. 232-272). Buenos Aires: Editorial SB.
- TUAN, Y. F. (1977). Body, personal relations and spatial values. En *Space and place: The perspective of experience* (págs. 34-50). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- WEBER, R. (2002). Extracting value from the city: Neoliberalism and urban redevelopment. *Antipode*, 34(3), 519-540.
- WEST-PAVLOV, R. (2009). *Space in theory: Kristeva, Foucault, Deleuze*. Amsterdam/Nueva York: Rodopi.



CAPÍTULO 4

Tiempo, espacio y acción pública urbana. La crisis como coartada en una operación de urbanismo en Colombia

Gregorio Hernández Pulgarín

Introducción

SI BIEN LAS OPERACIONES DE URBANISMO suelen legitimarse mediante sus bondades arquitectónicas y por su aporte a la economía local, a la movilidad y al uso del espacio público, su justificación trasciende los aspectos político, económico y técnico donde suele confinársele tanto por planificadores como por muchos analistas del tema. Las operaciones de urbanismo, al igual que las demás modalidades de acción pública albergan una particularidad cultural

(Dubois, 2012; Lascoumes y Le Galès, 2012; Muller, 2000; Nay, 1994; Shore, Wright y Pero, 2011) expresada por medio de categorías que —como las de crisis de progreso, deterioro, degradación y competitividad— reflejan la adhesión de los planificadores a discursos de naturaleza simbólica que sirven para construir la realidad, en este caso la de una ciudad que debe transformarse mediante acciones de planificación. Las categorías mencionadas aluden al devenir del tiempo y de la ciudad, y su utilización por los planificadores urbanos no es nunca arbitraria, se encuentra ligada a una conceptualización y experiencia culturalmente organizadas del tiempo pasado, presente o futuro, es decir, a una temporalidad que permite justificar y hacer comprensible el contexto de las intervenciones sobre el espacio urbano, y en consecuencia, dotar de sentido al cambio espacial a partir de categorías temporales.

En virtud de lo anterior, las operaciones de urbanismo son expresiones privilegiadas del cambio de una ciudad. Promueven la modificación de la estructura urbana de un cierto tiempo *presente*, y reflejan la voluntad de algunas élites que detentan el poder para generar rupturas o continuidad con el *pasado*, pero sobre todo evocan deseos y aspiraciones que reposan en la idea de *futuro* de la ciudad representada por ese colectivo. Dichas ideas acerca de la transformación operada sobre el espacio urbano se basan en concepciones culturalmente organizadas del pasado, presente y futuro, se reflejan en imágenes, narraciones y discursos legitimadores que es posible aprehender con el concurso de diferentes saberes de las ciencias sociales.

Las operaciones urbanísticas, sobre todo aquéllas que transforman significativamente el espacio urbano, emplean el tiempo como un recurso para historiar y virtualizar la imagen de la ciudad (Zisman, 1998); funcionan como expresiones privilegiadas del cambio al mostrar mediante la estructura urbana una ruptura o continuidad con el pasado, pero sobre todo al evocar una idea sobre el futuro. Esto es evidente en Pereira, una ciudad intermedia de Colombia, cuya transformación urbanística fue emprendida mediante el "Plan parcial de renovación urbana Ciudad Victoria". En el marco de esta iniciativa fueron demolidas 10 hectáreas del centro de la ciudad caracterizadas por el deterioro del espacio físico y por prácticas ilegales —prostitución infantil, hurto, microtráfico de narcóticos— o socialmente proscritas —prostitución, comercio informal, mendicidad— en dicho espacio. En su lugar se construyó una plaza cívica y un parque lineal que dotaron

de espacio público al centro de la ciudad. Además, se construyó un edificio público —que acogería un centro cultural—, otro edificio para uso público y privado, y lo más importante en términos financieros, fiscales y de atractivo para la ciudad: un centro comercial y una tienda de gran superficie. Las obras iniciaron en 2002, pero desde enero de 1999, a raíz de un terremoto, ocurrió un conjunto de hechos que tornaron viable la iniciativa. Entre éstos se pueden señalar principalmente la autorización para demoler el edificio central de la Plaza de Mercado de la Pereira —conocida como *La Galería*, un centro articulador de actividades en la zona—, la aplicación de recursos nacionales para adelantar programas de inversión social con las comunidades vulnerables del sector y la aprobación del "Plan de ordenamiento territorial" (Alcaldía de Manizales, 2015).

La intervención se sustentó en la necesidad dictaminada por el gobierno municipal de la época de recuperar esta zona en crisis, y en el deseo de transformar el espacio urbano según ideas relativas a la modernización y a la competitividad. El hecho de que administradores y planificadores justifiquen y emprendan una intervención sobre el espacio urbano al presentarla como necesaria o deseable, pone en juego concepciones culturales que sirven para legitimar operaciones. Dichas concepciones culturales —que simultáneamente describen y legitiman el cambio— podrían ser las alusiones al nuevo espacio producido mediante la operación como un referente identitario para la ciudad —moderna o competitiva—, las representaciones sobre un futuro deseable para la ciudad —ganadora o innovadora— o la búsqueda de correspondencias de las operaciones del presente con realizaciones del pasado —la operación como la causa de una transformación urbana que demuestra la fuerza colectiva heredada de los ancestros.

Las reflexiones propuestas a continuación —articuladas sobre todo por medio de la noción de crisis urbana o crisis de la ciudad— pretenden aclarar una particularidad usualmente oculta de la planificación urbana: la concerniente a aspectos culturales que buscan concederle legitimidad. Estos aspectos se reflejan en discursos y prácticas aportadas por actores que tienen un lugar importante en la construcción de ciudades, y que las vuelven estructuras de múltiples posibilidades.

Algunos elementos para la discusión

La presente investigación pertenece a los estudios de semantización del espacio urbano, marco amplio de dotación de sentido al espacio abordado por la antropología desde hace décadas. La significación del espacio ha sido empleada por la corriente francesa de la antropología del espacio, que ofrece una perspectiva sobre los procesos sociales estudiados por la geografía y la arquitectura (Segaud, 2007).

La perspectiva de análisis a que pertenece esta reflexión se aproxima a la antropología espacial, aunque revela un interés urbano. En consecuencia, una entrada analítica a aspectos relativos a la ciudad y a algunas de sus particularidades abordadas por la cultura —de las muchas posibles— se concreta en torno al sentido otorgado al tiempo, cuando se pretende llevar a cabo un proceso de transformación urbana liderado por las instancias políticas que tienen a cargo las funciones de urbanismo o de planificación urbana en una ciudad. Al seguir la línea culturalista de aproximaciones a la acción pública, a la sociología, a la ciencia política y a la antropología (Commaille, Simoulin, y Thoemmes, 2014; Dubois, 2012; Lascoumes y Le Galès, 2012; Muller, 2000; Shore, Wright y Pero, 2011), es posible sostener que el sentido otorgado al devenir del tiempo puede funcionar como un principio de legitimación de la acción pública orientada a transformar o a fabricar la ciudad. Categorías como la del deterioro, degradación del espacio, crisis urbana, refundación o modernización de la ciudad —entre un gran conjunto de expresiones que suelen emplearse al momento de justificar una acción política concreta de transformación urbana, como una renovación urbana o una iniciativa de expansión— describen o construyen formas específicas de entender el tiempo y de actuar de acuerdo con él, es decir, son temporalidades.

Hartog (2014) —de acuerdo en parte con la argumentación de Koselleck y Richter (2006), y de Sahlins (2008)— emplea el concepto “regímenes de historicidad” para aludir a la manera específica en que cada sociedad otorga unas cualidades simbólicas al tiempo, lo que demuestra el inextricable vínculo entre historia y cultura (Sahlins, 2008). Los trabajos de estos autores analizan la noción de *temporalidad* como conceptualización y experiencia cultural del tiempo, y encuentran un sustento —más que en los copiosos debates filosóficos o de la física sobre el tiempo— en aportes de autores próximos a la antropología como Elias (2014), que

en uno de sus textos clásicos sobre el tiempo plantea que todas las sociedades presentan una manera singular de aproximarse a él, y formula además que el tiempo, en tanto construcción, "procura a los hombres medios de orientación importantes para cumplir ciertas tareas" (Elías, 2014, pág. 103). Es precisamente el énfasis práctico del tiempo para realizar tareas donde radica la pertinencia del concepto de temporalidad (Elias, 2014), lo que permite entender el papel conceptualizador del pasado, presente y futuro en las acciones concretas con las que se pretende fabricar la ciudad mediante la práctica del urbanismo o de la planificación urbana.

Una acción concreta de planificación del espacio urbano y su resultado, la fabricación de la ciudad, obedecen a una conceptualización del tiempo defendida por los actores que promueven dicha intervención, y que dichas elites de la administración pública la defiendan por su finalidad estratégica de legitimar la realización de la operación urbanística. Esta conceptualización incorpora una visión sobre el pasado, presente y futuro de la ciudad, estudiada a partir de los efectos que acarrea la transformación urbanística. Las operaciones de renovación urbana suelen reposar sobre una conceptualización del tiempo presente de la ciudad, o de un espacio específico de ésta en crisis que se objetiva en categorías como *deterioro* o *degradación* del espacio urbano, o en las poblaciones que constituyen sus usuarios habituales (Rojas, 2010); dicho espacio deteriorado o degradado se concibe como anacrónico cuando se lo ubica en una línea temporal imaginaria de progreso o modernización de la ciudad.¹ Esta temporalidad de crisis urbana, aunque emerge de la lectura del presente, incorpora una perspectiva que involucra el pasado inmediato donde se hallan las causas de la crisis.

En la actualidad, las grandes operaciones de desarrollo urbano y las de renovación urbana suelen reproducir discursos de corte ideológico sobre el futuro como fuente de legitimación. En esa medida, renovar un espacio degradado de la ciudad puede considerarse una forma de acceder a un tiempo marcado por una cierta idea de modernidad, o por formar parte —con una posición ventajosa— de un escenario de competitividad interurbana. El desarrollo urbano también tiende a hallar un asidero temporal en el futuro mediante las nociones de innovación

¹ En los casos de las operaciones de urbanismo de desarrollo o de expansión urbana, la crisis se asocia con un incremento poblacional reciente que conlleva un déficit de vivienda y problemas económicos de la ciudad, que a su vez demandan dinamizar su territorio.

arquitectural o de innovación urbanística, afines a una temporalidad —futura— que promete a la ciudad desarrollo, progreso y modernización.

El uso de la temporalidad como fuente de legitimación de una operación de urbanismo, aunque suele ajustarse a la idea agustiniana del tiempo en términos del pasado, presente y futuro, no presenta necesariamente una lógica lineal (Hartog, 2014) identificable en momentos específicos de la realización de una operación de urbanismo. En una misma acción —la oficialización de un decreto municipal para emprender una operación de urbanismo— pueden encontrarse referencias a un pasado remoto en términos de la ciudad, que pueden buscar la continuidad identitaria entre el espacio antiguo y el nuevo espacio producido, o más comúnmente para destacar hitos del pasado que demuestran la capacidad de resiliencia o el heroísmo de los habitantes de la ciudad. Puede encontrarse también una referencia a un pasado próximo problemático que desencadena una temporalidad presente de crisis, aunque siempre aparecen como punto de llegada referencias al futuro que recogen ambiciones y deseos en sintonía con las ideas que las élites albergan sobre el desarrollo, la modernidad y el progreso.

Estas formas simbólicas de la conceptualización y de la experiencia del tiempo, además de fungir como un principio de orden para emplear las intervenciones sobre el espacio urbano, también legitiman el cambio. Mediante discursos, imágenes y relatos sobre el tiempo, quienes construyen la ciudad pretenden crear entre los ciudadanos y entre otros actores e instituciones la sensación de que una operación urbanística es necesaria, deseable o inevitable. En dichos discursos, imágenes y relatos sobre el tiempo, el analista puede advertir la puesta en funcionamiento de ciertas particularidades de la cultura, como la identidad, el mito o la ideología, que suelen ofrecer soporte existencial a los individuos y colectivos que las emplean.

Crisis y refundación como principios de legitimación de una operación de urbanismo

El concepto de crisis se convirtió “en un eslogan central”, “en un estado permanente” (Koselleck y Richter, 2006, pág. 358) de tiempo actual en casi todas las áreas, debido a su fuerza y flexibilidad metafórica para referirse a un momento

de transición donde son convocados el juicio, la necesidad de elegir y la toma de decisiones (Koselleck y Richter, 2006; Morin, 1976; Vulbeau, 2013). La crisis le concede un sentido específico al tiempo en términos de distensión, ruptura histórica, incertidumbre y hasta decadencia. Es un tiempo donde las expectativas suelen refugiarse en la utopía y donde la tradición se cuestiona. Como temporalidad, el sentido atribuido al curso del tiempo y al cambio por una sociedad o por un segmento de ésta tiene un carácter subjetivo o intersubjetivo cargado de emociones y juicios de valor (Koselleck y Richter, 2006, pág. 358).

En arquitectura y en urbanismo se alude a diferentes tipos de crisis de la ciudad; se emplea también la noción de *crisis urbana* para referir los efectos de la globalización sobre la transformación de espacios urbanos que pierden los referentes de sentido local (Sklair, 2010). Otros se refieren a *ciudades en crisis* para explicar el declive económico ocasionado por la competencia interurbana (Fujita, 2013; Knieling y Othengrafen, 2015), y por el declive de las economías afectadas por los cambios en los mercados financieros (Eckardt, Ruiz y Buitrago, 2015). Los numerosos ejemplos sobre la valoración del espacio en decadencia (Baber, 1998; Delgado, 2007; Mercier, 2010; Ortiz, 2012; Rojas, 2007; Samara, 2010) que antecede a las operaciones de renovación urbana podrían engrosar la lista de los usos de la noción de crisis en urbanismo y en arquitectura.

En este apartado se enfatizará la noción de crisis urbana o de ciudad² empleada por planificadores urbanos, urbanistas y arquitectos que forman parte del medio operacional, y le confieren un contenido específico a la noción de crisis, con el objetivo de dar cuenta sobre la incertidumbre que implica lo que consideran una transformación perturbadora, y que no pocas veces posee una connotación negativa ante la que deben elegir y tomar decisiones. Las formas de percibir y afrontar la crisis varían y dependen de diversos factores: filiación política, conceptualización de la ciudad, modelos asumidos de planificación y de ciudad, tendencias arquitectónicas vigentes, disposiciones políticas y normativas nacionales, entre otros.

En virtud de lo anterior, podría afirmarse que "sin subestimar los factores materiales y físicos del desencantamiento relativo a la crisis, ésta es antes que

2 Cada una de estas nociones alberga un sentido particular. En esta investigación, la noción de crisis presentada es la que construyen los propios planificadores, que suelen utilizar como sinónimo de acuerdo con lo que traten de justificar con su empleo.

todo una crisis de representación” (Roncayolo, 1985, pág. 670). Lo anterior implica que cuando se habla de crisis, se alude a las transformaciones inciertas y decadentes de la ciudad, y a la manera en que los ciudadanos y los encargados de la gestión urbana juzgan dichas transformaciones. Este juicio surge del contraste entre la experiencia del modelo urbano cuestionado y las expectativas del nuevo modelo que orienta sus decisiones y elecciones futuras.

Las decisiones y elecciones inherentes al periodo de crisis se convierten en formas de acción pública urbana, basada en medidas de urgencia que deben ofrecer una respuesta oportuna a las dificultades de los ciudadanos.

[En ocasiones esta] acción pública se utiliza en las situaciones de crisis para introducir reformas de fondo y realizar intervenciones urbanas de gran envergadura. Las situaciones de crisis son efectivamente el sustento de intervenciones extraordinarias que tienen por objetivo hacer cumplir aquello que los poderes públicos no han podido hacer hasta ese momento (Maccaglia, 2014, pág. 161).

Es usual que la crisis urbana sea vista como una coartada para llevar a cabo una transformación del espacio que tiende a justificarse por una supuesta inevitabilidad. En ese sentido, la crisis constituye una ruptura o discontinuidad a resolver por medio del cambio radical que puede ofrecer una nueva apuesta de planificación urbana o una intervención arquitectónica inevitable.

Las intervenciones espaciales urbanas presentadas como inevitables y que movilizan la noción de crisis han sido objeto de análisis desde diferentes disciplinas. Una corriente de estudios urbanos críticos propone un análisis en términos de lo que suele llamarse *ideologías neoliberales* en la conceptualización y gobierno de las ciudades actuales. Algunos de estos estudios aceptan dichas transformaciones como manifestaciones de la privatización de la ciudad (Hackworth, 2006; Harvey, 2009; Low, 2009), de una conceptualización cosmética del espacio (Esteban, 2007; Van Criekingen, 2008), de la injusticia espacial relativa a las nuevas formas de gobierno urbano (Harvey, 1989; Peck, Theodore y Brenner, 2009) o de la mercantilización de la ciudad (Brenner, Marcuse y Mayer, 2011; Ortiz, 2012). A diferencia de muchas de estas aproximaciones, lo propuesto aquí tiene que ver con el análisis de la transformación de un espacio de la ciudad y de esta misma en función de la

noción de crisis, una temporalidad construida y puesta en funcionamiento como instrumento de legitimación del cambio urbano planificado. Dicha transformación busca trascender la crisis y aproximar la ciudad a un futuro promisorio.

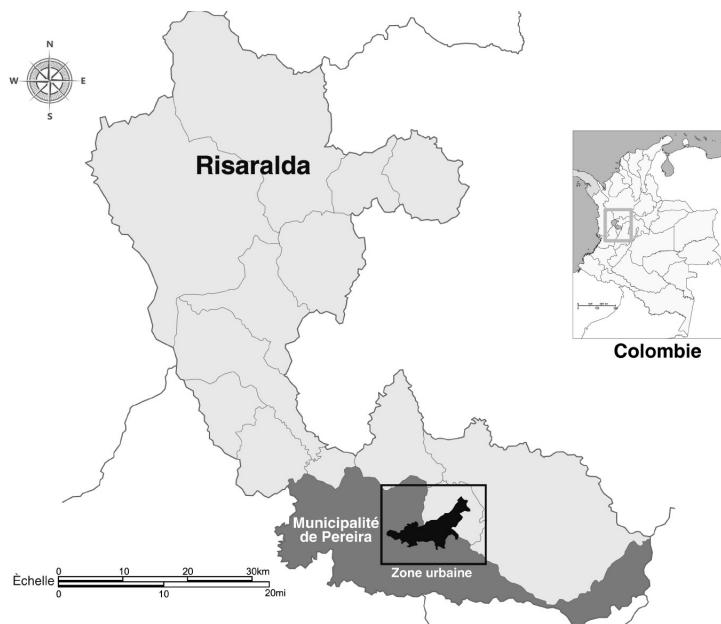
Desde la presente propuesta, las acciones políticas ejecutadas para transformar los espacios en las ciudades actuales, además de entenderse como instrumentalización de los principios del capitalismo, son una forma de "rehabilitación simbólica del espacio urbano" (Althabe, 1993, pág. 7), donde confluyen diferentes maneras de significar categorías para comprender el tiempo, unas veces promovidas por quienes conciben y ejecutan la acción pública urbana, y otras para responder a fenómenos sociales que no necesariamente obedecen las políticas de los representantes del Estado. Las manifestaciones del deseo de cambio en los casos de renovación urbana pertenecen a la voluntad expresa de superar períodos de crisis, y de establecer un nuevo modelo de ciudad que en América Latina tiende a enaltecer el espacio urbano de actividades económicas del sector terciario de la economía. Lo anterior hace recurrente una rehabilitación física y simbólica donde se privilegia la presencia de centros comerciales o edificios que acogen actividades de servicios, que favorecen la producción y reproducción de formas de vida asociadas a valores del consumo y la posesión ostentosa de bienes (Borsdorf, 2003; Capron, 2000; De Mattos, 2002; Janoschka, 2002).

La crisis como un medio de valoración del espacio urbano. Apuntes desde el caso de Ciudad Victoria, en Pereira, Colombia

En este apartado se analizará la valoración simbólica de un espacio urbano a lo largo de un periodo de transformaciones de naturaleza económica durante el siglo XX y comienzos del XXI en Pereira, Colombia (figura 1), y se aborda la transición entre un momento en que La Galería sintetizaba sentimientos y significados de adscripción favorables gracias a su vínculo con la economía cafetera, actividad económica que devino intrascendente, y donde la valoración simbólica negativa de este espacio en crisis, ahora obsoleto, justificó su demolición y la construcción de un complejo urbano de vocación comercial moderna. Las nociones de *crisis urbana* y *crisis de la ciudad* —según la acepción a veces ambigua

de los planificadores urbanos— constituyen una temporalidad analizada gracias a un diálogo entre antropología y urbanismo.

FIGURA 1. Pereira, Colombia.



FUENTE: imagen elaborada por Viviana Grisales, 2016.

La Galería constituyó entre la década de 1920 hasta el final del siglo XX un espacio de intercambio de bienes agrícolas y servicios variados entre comerciantes rurales y una parte importante de los pobladores de la ciudad. El edificio principal, una estructura de dos manzanas construida en 1957 y demolida en 1999, fungía como epicentro de actividades que vitalizaban el sector.

Este centro comercial abarcaba cerca de nueve hectáreas en el centro de la ciudad, sin embargo, su área de influencia era más extensa. Hasta finales de la década de 1980, el centro de la ciudad y La Galería concentraban las funciones de intercambio, comunicación simbólica y poder que justificaban su jerarquía como centro urbano (Monnet, 2000). La economía de la región, sustentada en la producción de café, tenía un lugar privilegiado en la configuración de este espacio

urbano. El papel simbólico de la economía cafetera en relación con La Galería en la jerarquía de los espacios urbanos en Pereira se define en términos del "sistema de valores que permite 'medir la condición' de centralidad de [este] lugar en un orden simbólico" (Monnet, 2000, pág. 403). En dicho orden urbano, las prácticas asociadas a la caficultura no solamente eran importantes porque regulaban la vida económica de la ciudad y del país, cumplían un rol clave en la configuración de los poderes locales y se habían convertido en una fuente de sentimientos de pertenencia sociocultural y territorial, y en general, en referentes de la construcción simbólica e ideológica de la "identidad cafetera nacional" (Tocancipá, 2010, pág. 115).

A pesar de su relevancia simbólica, La Galería comenzó a ser descrita desde la década de 1980 como un sitio peligroso y marginal, más que como un lugar de importancia comunitaria. A partir de la década siguiente, como consecuencia del deterioro por el paso del tiempo, la falta de mantenimiento y dos terremotos —en 1995 y 1999—, según los planificadores urbanos y otras élites privilegiadas en la representación de la ciudad —periodistas y ciertos intelectuales—, este sector atravesó una crisis que marcó el punto de inflexión para su desaparición, para transformar el centro de la ciudad y para adoptar nuevos referentes simbólicos que sustentaran la nueva forma urbana.³ La crisis objetivada en la idea del deterioro de este espacio, además del desarrollo creciente de actividades asociadas con la ilegalidad y la informalidad, y el desprecio de un espacio representativo de la ruralidad constituyeron motivos para cuestionar sus cualidades simbólicas.

En este periodo, las actividades ilegales de la economía informal coexistían con una economía formal decadente. La economía local comenzó un descenso significativo debido a la ruptura del Acuerdo internacional del café, de 1989, y como resultado de la apertura económica adoptada por el gobierno nacional entre 1990 y 1994. La ruptura del acuerdo tuvo como consecuencia inmediata la caída de los precios internacionales del café colombiano. Entre los principales efectos locales

3 En un influyente periódico local, el *Diario del Otún* (Herrera, 1999), se apelaba a una analogía organicista para afirmar que La Galería era un cáncer en la ciudad, debido a su influencia nefasta en el vecindario —el centro— y en la ciudad. Esta idea fue compartida por algunos representantes de la administración municipal, que encontraron en el daño a los edificios de la zona la oportunidad de acabar con este presunto espacio patológico, y replantear el futuro de la ciudad.

se cuenta el empobrecimiento de los productores propietarios, la pauperización de un gran número de individuos que servían de mano de obra en la caficultura y la reducción del flujo de dinero asociado a este importante rubro económico (Cepeda Emiliani, 2011; Murillo Lozano, 2010; Tocancipá, 2010). El efecto también fue significativo para otras actividades tributarias de la economía del café realizadas en La Galería, como la venta de herramientas, alimentos, productos comerciales diversos y la prestación de servicios de ocio a los agricultores (figura 2).

Los efectos de la apertura económica se reflejaron principalmente en las industrias locales, que desde este momento tuvieron que competir por los mercados nacionales con las industrias extranjeras en situación muy desventajosa debido a la caída de las restricciones y a la importación de bienes (Lotero Contreras, 1998; Montoya, 2013).

FIGURA 2. La Galería en la década de 1960.



FUENTE: García (s.f.).

La crisis del café derivada de la apertura neoliberal de la economía y los efectos de terremotos ocasionaron una serie de perturbaciones conocidas como *crisis de la ciudad*, que mantuvieron el foco de atención de los planificadores directamente sobre la situación crítica de La Galería, a pesar de tratarse de una serie

de transformaciones que involucraban globalmente a la ciudad. Las consecuencias de estos fenómenos influyeron en la precarización de las condiciones de vivienda, fenómeno reflejado en el incremento de la segregación espacial (Rivera, 2013) y en el incremento de habitantes de la calle, como vendedores ambulantes y otros ciudadanos que desempeñaban en el centro y en La Galería actividades informales o ilícitas.

La situación económica local, el efecto de la crisis de la década de 1980 en América Latina, o década perdida, y posteriormente la apertura neoliberal han influido en la configuración de la crisis de la ciudad (Giraldo, 1999; González, 2010; Henao, 1996), o crisis urbana en Colombia (Arango, 2013; Sáenz y Velásquez, 1989; Santana, 1985). Como en otras ciudades, Pereira y particularmente La Galería reflejaron los síntomas de una crisis (González, 2010) que preocupaba a los planificadores y expertos desde la década de 1970. Diversos factores —ausencia de instrumentos eficaces de planificación urbana, centralización del poder político, falta de planificación apropiada al reto de la urbanización creciente, visión reducida de la ciudad sostenida por los administradores de las ciudades y disputas e intereses económicos y políticos— han configurado “ciudades feas y caóticas” (González, 2010) que caracterizan bien el concepto de crisis.

Esta conceptualización del cambio urbano expresada por una noción de crisis que incluye la idea de una ciudad fea y caótica resume en parte la opinión generalizada entre habitantes y planificadores urbanos de Pereira en este contexto histórico. Efectivamente, las condiciones económicas experimentadas en la década de 1990 y su correlato espacial tuvieron un efecto sobre la devaluación simbólica de La Galería, que antes de las transformaciones señaladas era un lugar defendido por su relevancia económica en la economía local, y sobre todo por su codificación en términos de identidad y adscripción. La transformación de la situación económica tuvo un efecto sobre la manera en que diferentes actores apreciaban el sector de La Galería, y en particular sobre la tolerancia a la crisis espacial debida al deterioro físico y a la degradación social, a pesar de que éstas no fueran condiciones nuevas experimentadas en dicho espacio (figura 3).

FIGURA 3. La Galería en 1999.



FUENTE: Alcaldía municipal de Pereira.

En este punto, la noción de crisis adopta un carácter de *temporalidad coartada*. El espacio urbano devaluado motiva poner en marcha una serie de acciones públicas concretadas en la renovación urbana de Ciudad Victoria, que ofrece una nueva configuración espacial donde no tendrían cabida prácticas de comercio habituales. Conceptualizar el futuro implicaba un mercado más sofisticado para los productos agrícolas, así como renovar el sector y reubicar vendedores y usuarios estigmatizados.⁴ La demolición del edificio principal de La Galería y de otros 20

4 Segundo señalaba una columna del diario *La Tarde*: "La ciudad no necesita más galerías. No tiene sentido acabar con un centro de podredumbre social para trasladarlo a otro lugar. Pereira no necesita 'galemba' [galería], y si fueren necesarios otros centros de

edificios del sector posibilitaba crear por medio de la intervención sobre el espacio una imagen coherente con el deseo de acceder a un ideal de ciudad con futuro promisorio. Estas acciones, ejecutadas entre 1999 y 2001 permitieron borrar una configuración espacial asociada con un pasado desprovisto de valor simbólico, porque según los planificadores éste no tenía un vínculo con el tipo de espacio urbano moderno que requería la ciudad (figura 4).

FIGURA 4. Zona renovada, Operación Ciudad Victoria.



FUENTE: Alcaldía municipal, 2004.

Antes de iniciar la construcción del nuevo espacio moderno representado por la operación de urbanismo para Ciudad Victoria, la descripción del espacio en función de la crisis obligaba a su intervención; para este propósito fue clave incorporar a la noción de crisis las "retóricas de la degradación social" (Stanchieri, 2012), es decir, aquellos discursos que suelen asociar la noción del deterioro del espacio físico con juicios morales y estéticos que descalifican las prácticas y usos no convencionales que algunos ciudadanos hacen. En el caso de Pereira, tuvieron cabida acciones de limpieza que favorecieron a los nuevos actores clave en la

mercadeo, como los de la Caja de Compensación Familiar u Olímpicas, ello debe dejarse en iniciativa particular. Para los campesinos productores de artículos perecederos basta fomentar la constitución de una cooperativa de productores. No más galembas, por Dios, no más. Pereira debe superar esa etapa pueblerina" (Mejía, 1999, pág. 9).

configuración del sector: los inversionistas que financiarían la construcción de un centro comercial y de una tienda de gran superficie, que se convertirían en un punto de inflexión entre una temporalidad de crisis y una temporalidad asociada con ideas de modernidad y competitividad.

Conclusiones

La realización de una operación de urbanismo en Ciudad Victoria requirió de un mecanismo de legitimación sustentado en una noción de crisis que serviría a los planificadores urbanos para interpretar las transformaciones del espacio urbano de un sector del centro de la ciudad. Este cambio reveló simultáneamente un fenómeno económico y su codificación cultural. Para comprender la manera como se presentaba en este contexto la acción pública urbana se superó aquí el análisis centrado en la economía y la política, y se elaboró una interpretación de sus particularidades culturales, y se propuso que una operación de urbanismo puede legitimarse gracias a las formas de entender y practicar el tiempo. Dichas concepciones organizan el mundo cultural, lo que otorga sentido a las acciones conscientes e inconscientes emprendidas para convertir un espacio en objeto de crisis o en fuente potencial de modernidad.

Referencias

- ALCALDÍA de Manizales (2015). Plan de ordenamiento territorial de Manizales. Manizales, Caldas: Autor.
- ARANGO, S. (2013). *Ciudad y arquitectura. Seis generaciones que construyeron la América Latina moderna*. Ciudad de México: FCE.
- BABER, M. (1998). Urban renewal policy and community change. *Practicing Anthropology, 20*(1), 15-17.
- BORSDORF, A. (2003). Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana. *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales, 29*(86), 37-49.
- BRENNER, N., Marcuse, P. y Mayer, M. (Mayo, 2011). La critique urbaine, une discipline fondamentale, *Métropolitiques, 13*.

- CAPRON, G. (2000). Centres commerciaux et autres lieux communs à Buenos Aires. En J. Monnet y G. Capron, *L'urbanité dans les Amériques. Le processus d'identification socio-spatiale* (págs. 73-114). Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- CEPEDA Emiliani, L. (2011). La economía de Risaralda después del café: ¿Hacia dónde va?. *Documentos de trabajo sobre economía regional del Banco de la República*, 153, 1-38.
- COMMALLE, J., Simoulin, V. y Thoemmes, J. (2014). Les temps de l'action publique entre accélération et hétérogénéité. *Temporalités*, 19.
- CRIEKINGEN, M., van (2008). Urbanisme néolibérale et politiques de gentrification: Main basse sur le quartier de la gare TGV à Bruxelles. En J.-M. Halleux, *Reconstruire la ville en la ville. Recyclage des espaces dégradés*. Bélgica: Conférence Permanente du Développement Territorial.
- DELGADO, M. (2007). *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del "modelo Barcelona"*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- DUBOIS, V. (2012). Ethnographier l'action publique. *Gouvernement et Action Publique*, 1.
- ECKARDT, F., Ruiz, J. y Buitrago, Á. (2015). *City of crisis*. Nueva York: Columbia University Press.
- ELIAS, N. (2014). *Du temps*. París: Pluriel.
- ESTEBAN, I. (2007). *El efecto Guggenheim, del espacio basura al ornamento*. Barcelona: Anagrama.
- FUJITA, K. (2013). *Cities and crisis: New critical urban theory*. Sage.
- GARCÍA, L. (s.f.). *Imágenes de Pereira*. Pereira: Impresiones El Buho
- GIRALDO, F. (1999). *Ciudad y crisis. ¿Hacia un nuevo paradigma?*. Bogotá: TM Editores.
- GONZÁLEZ, L. F. (2010). *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia 1980-2010*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- HACKWORTH, J. (2006). *The neoliberal city: Governance, ideology, and development in american urbanism*. Ithaca: Cornell University Press.
- HARTOG, F. (2014). *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. París: Seuil.

- HARVEY, D. (1989). From managerialism to entrepreneurialism: The transformation in urban governance in late capitalism. *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, 71(1), 3-17.
- HARVEY, D. (2011). *Espacios del capital*. Madrid: Akal.
- HENAO, H. (1996). Giraldo, F. y Viviescas, F. (Comps.). *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores/Cenac/Fedevivienda.
- HERRERA, A. (Octubre de 1999). El incordio de la galería. *Diario del Otún*.
- JANOSCHKA, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: Fragmentación y privatización. *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, 28(85), 11-20.
- KNIELING, J., y Othengrafen, F. (2015). *Cities in crisis: Socio-spatial impacts of the economic crisis in southern european cities*. Nueva York: Routledge.
- KOSELLECK, R. y Richter, M. W. (2006). Crisis. *Journal of the History of Ideas*, 67(2), 357-400.
- LASCOUMES, P. y Le Galès, P. (2012). *Sociologie de l'action publique urbaine*. París: Armand Colin.
- LOTERO Contreras, J. (1998). Apertura económica y desarrollo industrial en las áreas metropolitanas de Colombia. *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, 24(72), 95-117.
- LOW, S. M. (2009). Cerrando y reabriendo el espacio público en la ciudad latinoamericana. *Cuadernos de Antropología Social*, 30, 17-38.
- MACCAGLIA, F. (2014). *Palerme, illégalismes et gouvernement urbain d'exception*. Lyon: ENS Éditions.
- MATTOS, C., de (2002). Transformación de las ciudades latinoamericanas: ¿Impactos de la globalización? *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, 28(85), 5-10.
- MEJÍA, J. (Abril de 1999). Galerías. *La Tarde*.
- MERCIER, G. (2010). Dimensión cultural de la renovación urbana un análisis retórico del urbanismo contemporáneo. *Investigación & Desarrollo*, 16(1).
- MONNET, J. (2000). Les dimensions symboliques de la centralité. *Cahiers de Géographie du Québec*, 44(123), 399-418.

- MONTOYA, J. W. (2013). El sistema urbano colombiano frente a la globalización: Reestructuración económica y cambio regional. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 6(12), 302-320.
- MORIN, E. (1976). Pour une crisologie. *Communications*, 25(1), 149-163.
- MULLER, P. (2000). L'analyse cognitive des politiques publiques: Vers une socio-logie politique de l'action publique. *Revue Française de Science Politique*, 50(2), 189-208. Recuperado de www.persee.fr/doc/rfsp_0035-2950_2000_num_50_2_395464
- MURILLO Lozano, M. (2010). La caficultura colombiana en el siglo XXI: Una revisión de la literatura reciente. *Gestión & Región*, 9, 127-152.
- NAY, O. (1994). *Le chant local: Politique de communication et stratégie de développement local à Montpellier, 1982-1993*. Talence: Centre d'étude et de recherche sur la vie locale/Institut D'Études politiques de Bordeaux.
- ORTIZ, C. (2012). *Bargaining space: Deal-making strategies for largescale renewal projects in Colombian cities* (Tesis doctoral). University of Illinois at Chicago, Chicago.
- PECK, J., Theodore, N. y Brenner, N. (2009). Neoliberal urbanism: Models, moments, mutation. *Sais Review*, 29(1), 49-66.
- RIVERA, J. A. (16 de diciembre, 2013). *Proceso de urbanización y agentes urbanos en Pereira, Colombia. Desigualdad social, fragmentación espacial y conflicto ambiental, 1990-2012* (Tesis doctoral). Universitat de Barcelona, Barcelona.
- ROJAS, J. C. (1 de enero, 2007). *La politique de la démolition: Rénovation urbaine et habitat social en France et en Colombie* (Tesis doctoral). Université de Toulouse 2, Toulouse.
- ROJAS, J. C. (1 de agosto, 2010). La política de la demolición: Renovación urbana y hábitat social en Francia y en Colombia. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 24(331, 72).
- RONCAYOLO, M. (1985). Conclusion. En G. Duby y M. Roncayolo, *Histoire de la France urbaine. Croissance urbaine et crise du citadin*, t. 5 (págs. 640-642). París: Seuil.
- SÁENZ, O. y Velásquez, F. (1989). La investigación urbana en Colombia. *Boletín Socioeconómico*, 19, 74-95.

- SAHLINS, M. (2008). *Islas de historia*. Barcelona: Gedisa.
- SAMARA, T. R. (2010). Policing Development: Urban Renewal as Neo-liberal Security Strategy. *Urban Studies*, 47(1), 197-214.
- SANTANA, P. (1985). La crisis urbana y el poder local y regional. El caso colombiano. En D. Carrión, J. E. Hardoy, H. Herzer, A. García, *Ciudades en conflicto. Poder local popular y planificación en las ciudades intermedias de América Latina* (págs. 283-300). Quito, Ecuador: Editorial El Conejo.
- SEGAUD, M. (2007). *Anthropologie de l'espace. Habiter, fonder, distribuer, transformer*. París: Armand Colin.
- SHORE, C., Wright, S. y Pero, D. (2011). *Policy worlds: Anthropology and analysis of contemporary power*. Nueva York: Berghahn Books.
- SKLAIR, L. (2010). Iconic architecture and the culture-ideology of consumerism. Theory. *Culture & Society*, 27(5), 135-159.
- STANCHIERI, M. (Junio del 2012). Reforma urbanística y génesis de la degradación: El caso de la afectación del PGM sobre el barrio de Vallcarca en Barcelona. *Revista Diagonal*, 32, 40-44.
- TOCANCIPÁ, J. (2010). El juego político de las representaciones. Análisis antropológico de la identidad cafetera nacional en contextos de crisis. *Antípoda*, 10, 111-136.
- VULBEAU, A. (2013). Contrepoint. La crise du concept de crise. *Informations Sociales*, 180(6), 71-71.
- ZISMAN, A. (1998). *Entre histoire et histoires. Naissance de la symbolique de Port Marianne, avancée méditerranéenne de Montpellier* (Tesis doctoral). École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.



CAPÍTULO 5

Sintaxis espacial y percepción de seguridad. Revisitando viejos problemas con nuevos enfoques

Jorge Eduardo Miceli

Introducción. Seguridad urbana y manejo del espacio: Los términos del debate

LA PROBLEMÁTICA DE LA SEGURIDAD URBA-
na se ha convertido en las últimas décadas en el
eje de una serie de problemas de planeación de
gran influencia en los medios de comunicación y
en la agenda pública. De modo concurrente, las cobertu-
ras noticiosas de la radio, televisión y medios gráficos,
auxiliadas por la participación multiplicadora de Inter-
net se han encargado de sentar y propagar las bases de
una visión de seguridad urbana teñida de negatividad y

sesgos apocalípticos que afectan fuertemente a la vida cotidiana y producen lo que algunos autores llaman "pánico moral" (Cohen, 2009; Hunt, 1997).

Frente a la avalancha de noticias policiales sobre detalles truculentos de difícil asimilación, el imperativo de preservar la integridad física de las personas corre el riesgo de convertirse en peticiones de uso de la fuerza policial y represión que no discriminan demasiado entre formas más o menos seguras de reclamo (Kessler, 2010, pág. 12). Las distinciones un tanto más sutiles entre delincuencia y violencia, entre ataques al patrimonio o a la integridad personal no parecen estar en el centro de los debates públicos, que actúan como caja de resonancia de una sensación de alarma históricamente reticente a los ejercicios de análisis (Cohen, 2009). Frente a cada nuevo hecho de violencia más o menos sangriento, incluidas las famosas acciones de justicia por mano propia, parece que la cobertura mediática retroalimenta la puesta en escena de los aspectos éticos del problema, y pasa por alto los criterios mínimos de validez teórica o empírica que sustentarían una posición u otra ante lo sucedido.

El análisis específico del sentimiento de inseguridad de la población incentiva la comparación entre la criminalidad real y la percibida, y permite identificar desviaciones, correspondencias y procesos de retroalimentación entre ambos aspectos del problema. El abordaje estadístico de los hechos delictivos efectivamente registrados, lejos de alcanzar una ponderación unánime, es objeto de fuertes críticas que enfatizan, al menos en Argentina, las consecuencias negativas de la agregación de cifras que suman delitos contra la propiedad, y delitos de sangre que forman parte del indicador de violencia urbana (Kessler, 2010, pág. 3).

Sin embargo, más allá de las variantes que adopte el tratamiento de la inseguridad urbana, casi todos los abordajes del tema más difundidos, incluso los más progresistas, no suponen ninguna influencia en el micro ni en el macroespacio de las ciudades, ni en los patrones de conducta de quienes delinquen, ni en la percepción de amenaza que la población desarrolla ante los hechos delictivos (Greene y Mora, 2008, pág. 145).

De este modo, la delincuencia y la subjetividad ligada a ella se consideran factores socioeconómicos condicionantes, o en el peor de los casos, producto de tendencias culturales inmodificables, pero rara vez se las reconoce como características específicas del espacio físico urbano que parecen intervenir en una explicación del fenómeno. Además de afrontar esta perspectiva uniformemente

sesgada, los estudiosos del tema concluyen casi invariablemente que las soluciones al problema necesariamente pasan por aumentar la presencia policial y las penas aplicadas por el Estado sobre los delitos que se intenta perseguir (Greene y Mora, 2008, pág. 145).

En este capítulo —en base a un recorrido parcial por algunas aplicaciones de los estudios de *sintaxis espacial* a esta problemática— se propone la posibilidad de establecer un consenso basado en hallazgos analíticos que desafían los postulados de la llamada *geografía del delito*,¹ como los concernientes a los espacios defendibles,² corrientes que se referirán muy brevemente debido a que no forman parte del núcleo analítico de la presente exposición.

1 En efecto, y según la perspectiva de algunos autores vinculados a esta corriente, las macrocausas de las conductas delictivas no incluyen el componente espacial como elemento causal de peso: "Tal como ya dijimos, desde nuestro punto de vista, las condiciones socioeconómicas de carácter general —globalización, coyuntura económica, geopolítica internacional etcétera— son el sustrato básico sobre el que se urden las tensiones que existen a diferentes escalas, y en consecuencia, son un factor determinante de la sensación de seguridad, así como de las formas que las contravenciones adquieren, también en nuestro entorno más inmediato. El objetivo principal que ha guiado la investigación general, ha sido conocer cómo se genera y modifica la percepción de seguridad en el ámbito urbano, que desde nuestro punto de vista está configurada por la influencia de tres factores básicos: los imaginarios colectivos propios de cada grupo, los conflictos existentes en ese ámbito, y finalmente lo que de manera muy genérica se suele denominar la delincuencia propiamente" (Fraile y Bonastra, 2011, pág. 142).

2 Respecto de la teoría de los "espacios defendibles" formulada por Newman (1972) en la década de 1970, se crearon barreras de distinto tipo que separaban a los vecinos de los potenciales delincuentes. Como sostienen Hillier y Sahbaz (2009, pág. 62), la teoría "basada en el libro de Oscar Newman *Defensible space* en 1972, defiende que tener demasiada gente en los espacios públicos genera el anonimato que necesitan los criminales para acceder a sus víctimas, y así reduce la capacidad de los habitantes a vigilar su entorno propio. Se puede pensar que existen menor cantidad de crímenes en zonas de baja densidad, con entornos de usos únicos, con restricciones en el acceso de los visitantes, donde los habitantes pueden reconocer los que no viven en el área como intrusos y desafiarlos".

Pertinencia de la sintaxis espacial para el análisis y percepción de la seguridad urbana

Los trabajos sobre la sintaxis espacial han introducido un aspecto desatendido de la seguridad urbana. Así como la idea de pánico moral involucra entre sus componentes una predisposición social hacia la desproporción o la exageración del número de casos considerados (Amado y Auguete, 2013, pág. 18), los estudios de sintaxis espacial proponen causas que potencian o inhiben el delito, así como la sensación de inseguridad.

Para evitar malentendidos no se planteará que las cuestiones espaciales nunca se han considerado parte de explicaciones causales complejas de fenómenos delictivos, sino que han estado subordinadas a factores estructurales que prescinden de la conformación física local condicionante del comportamiento humano.

Definida en términos muy globales, la sintaxis espacial se constituye como una disciplina capaz de manejar un conjunto específico de técnicas de análisis, y a partir de aquí se ha generado un programa de investigación de amplia proyección internacional. Más allá de sus aplicaciones específicas, lo fundamental de este planteamiento es que las características de la actividad humana y los vínculos sociales se expresan en la configuración espacial de los escenarios construidos (Bafna, 2003; Hanson, 1998; Hillier, 1996; Peponis, 2002).

Aunque no se trazará aquí la genealogía del vínculo profundo entre el análisis de redes sociales y la sintaxis espacial, cabe acotar que esta última no es otra cosa que la expresión de razonamientos centrados en la idea de red o estructura dotada de nodos y conexiones (Reynoso, 2011).

Para los objetivos de este programa de investigación que engloba a toda la sintaxis espacial encabezada por Hillier (1996), su mentor principal, el desarrollo de las técnicas mencionadas de análisis capaces de correlacionar sistemáticamente y de modo replicable cada configuración de espacios con lógicas sociales específicas puede señalarse como uno de sus mayores aportes (Bafna, 2003).

Si bien la sintaxis espacial ofrece amplias posibilidades de afrontar la problemática de la seguridad urbana desde una perspectiva metodológicamente consistente, es necesario reconocer que el panorama donde se ha producido su irrupción no ha sido especialmente alentador.

El problema parece no solamente que el abordaje de esta cuestión se ha entendido en términos esencialistas y generalmente *aespaciales*, sino que cuando se ha intentado superar esta limitación se ha actuado sin apelar a una casuística empírica, y se reivindican ideas como la del espacio defendible o territorialidad (Greene y Mora, 2008, pág. 147; Newman, 1972). Las acciones correctivas vinculadas a estas perspectivas —como la colocación de una garita de control y un cerco de protección, y proveer una mayor iluminación—, si bien no necesariamente han ocasionado efectos contrarios a los buscados, en general no han logrado una ruptura metodológica con el sentido común que involucra además una masa específica de datos de apoyo (Hillier y Su, 1999).

En contraposición a estas limitaciones, uno de los principales recursos metodológicos que ofrece la sintaxis espacial es la generación del *mapa axial*, que consiste en la representación de todos los espacios públicos de la planta urbana como una red de trazados axiales en torno a ejes. Este mapeo permite cubrir la mayor parte de la trama con un mínimo de líneas rectas lo más largas posibles. El análisis computacional de este entramado considera cada línea como nodo o vértice de un grafo, y si se calcula el nivel de dificultad que entraña acceder desde cada uno de estos elementos al resto de la estructura al establecer valores o parámetros de accesibilidad denominados genéricamente de "integración global" (Greene y Mora, 2008, pág. 148).

En términos de su utilidad específica, estos grafos generan dos tipos de información: 1) información local completa sobre el espacio en que un agente virtual o real se encuentra, e 2) información global parcial sobre los espacios alcanzables al navegar en la estructura axial. En el espacio urbano, pero quizás en cualquier otro imaginable, se recibe simultáneamente información sobre dos escalas (Hillier, 1989, pág. 10).

Otras medidas muy usadas son la articulación convexa y el valor de elección. La primera actúa en base a la división de los espacios convexos por los bloques de habitación, y la segunda en torno a la *elección global*, construida en base a lo que en análisis de redes sociales se llama *intermediación*. A medida que una ubicación se utiliza en una frecuencia mayor para acceder a otros puntos desde otras ubicaciones, su valor de elección aumenta (Reynoso, 2011, pág. 245).

El aporte de la casuística a la discusión

Más allá de los tecnicismos de rigor y de las discusiones más finas centradas en el valor contextual de estos indicadores, ¿qué puede aportar la sintaxis espacial al análisis de la seguridad urbana? La pregunta no es fácil de responder sin recurrir a algún tipo específico de análisis, y sin tener en cuenta la relación entre la percepción global del espacio, su nivel de familiaridad e incluso lo que se conoce en términos subjetivos como *sensación de seguridad*. Sin embargo, a pesar del objetivo de producir un modesto balance de la potencialidad teórico-metodológica de este enfoque, el recorrido que se hará por estos escenarios será parcial, al menos en un doble sentido; no se agotarán las implicaciones en el análisis de cada uno de ellos, y tampoco su diversidad y número conformarán una muestra representativa de lo que la sintaxis espacial tiene para ofrecer. Lejos de asumir un propósito de semejante alcance, en la presente exposición solamente se señalarán y ponderarán algunos puntos de entrada o aportes que conllevan un interés imprescindible para el tratamiento de estas cuestiones.

Percepción de inseguridad e inteligibilidad

Aunque la relación global entre la forma espacial y la percepción de seguridad se ha abordado de manera temática en bastantes investigaciones (Friedrich, Hillier y Chiaradia, 2009; Greene y Greene, 2003; Hillier, 2004; Hillier e Ida, 2005; Hillier y Sahbaz, 2009; Hillier y Shu, 1999), el vínculo específico entre el *rendimiento funcional* —patrón de uso— y la percepción de seguridad se ha investigado específicamente en un estudio comparativo de dos conjuntos de viviendas ubicadas en Gdansk, Polonia (Awtuch, 2009), y será el primer caso que se comentará.

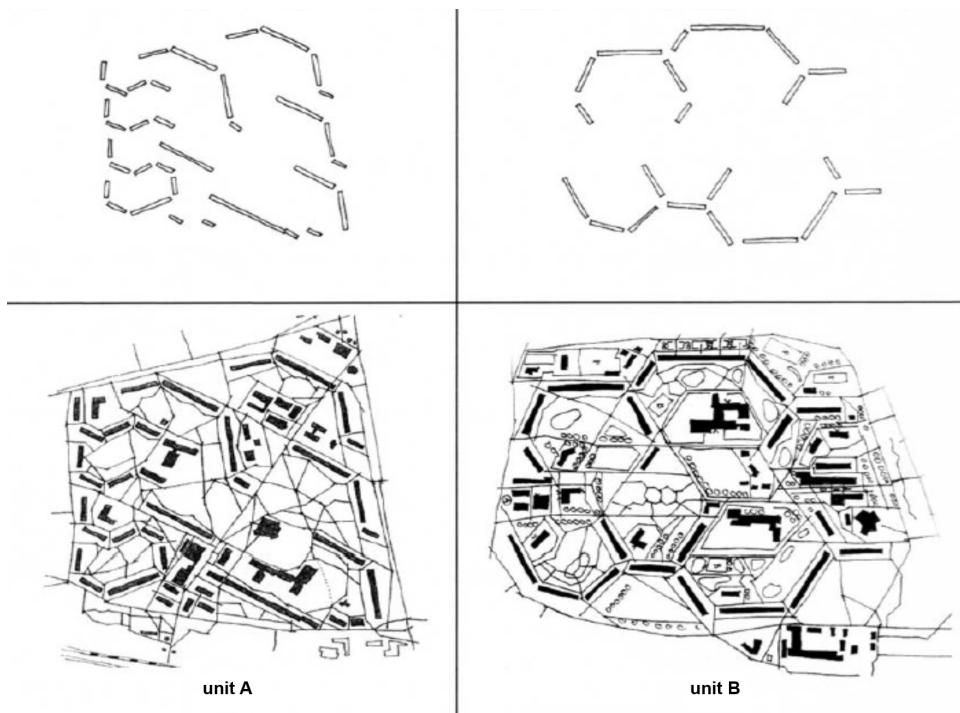
Uno de estos distritos tuvo en su momento la reputación de ser de los más seguros de la ciudad, a pesar de que ambos parecían mostrar similitudes en su construcción —arquitectura y ubicación— y en su estructura social. Dos preguntas principales fueron objeto de una respuesta particular: 1) ¿por qué formalmente propiedades muy similares de los edificios o espacios no rinden funcionalmente de la misma manera?, 2) ¿qué factores determinan la diferencia en la percepción de seguridad?

Al prescindir de los detalles, los resultados enfatizan el papel de la inteligibilidad como el factor determinante que hace que los espacios abiertos sean percibidos por los habitantes como menos vulnerables a la delincuencia. A pesar de que en las urbanizaciones estudiadas es imposible predecir la distribución de incidencias de robo —en automóviles y viviendas—, existe una relación entre las características espaciales de baja inteligibilidad y bajo valor de la integración, y la percepción de inseguridad registrada en una encuesta realizada, además de la ocurrencia de asaltos y conducta agresiva y antisocial.

Lynch (1990) fue el primero en referirse a este tipo de efectos potenciales del medio ambiente con el término “legibilidad”, y argumentó que se trata de una cualidad importante de la ciudad. La legibilidad es la facilidad con que las partes pueden ser reconocidas y se pueden organizar en un patrón coherente. Este enfoque hace hincapié en la identidad por medio de la calidad visual distintiva (Lynch, 1990) asociada con la *imaginabilidad*, que constituye la probabilidad de evocar una imagen fuerte en cualquier observador dado. En este sentido, hay un vínculo empíricamente comprobable entre la baja *legibilidad* y la sensación de inseguridad de los transeúntes de cualquier espacio urbano (Awtuch, 2009).

Al investigar las formas urbanas, entendidas como *gestalt* formal o patrón de superficie, es suficiente echar un vistazo a los distintos planes urbanos mostrados en la figura 1 para observar una clara diferencia en su geometría; en este caso, a la unidad B se puede comparar con un patrón geométrico semejante a panal de miel, y esta característica ha sido ampliamente reconocida como un buen diseño urbano desde el momento de su construcción, en 1970. Por el contrario, la unidad A fue en su momento muy criticada por ofrecer un patrón urbano no distintivo (Awtuch, 2009, pág. 2). Al confrontar el punto de vista de los diseñadores del espacio urbano con la percepción de los habitantes —según cuestionarios y métricas realizadas en la zona (Awtuch, 2009)—, se obtuvieron resultados opuestos a los que se esperaban.

FIGURA 1. Geometría de la forma urbana (arriba) y plan de diseño (abajo) para dos urbanizaciones distintas de Gdansk, Polonia.



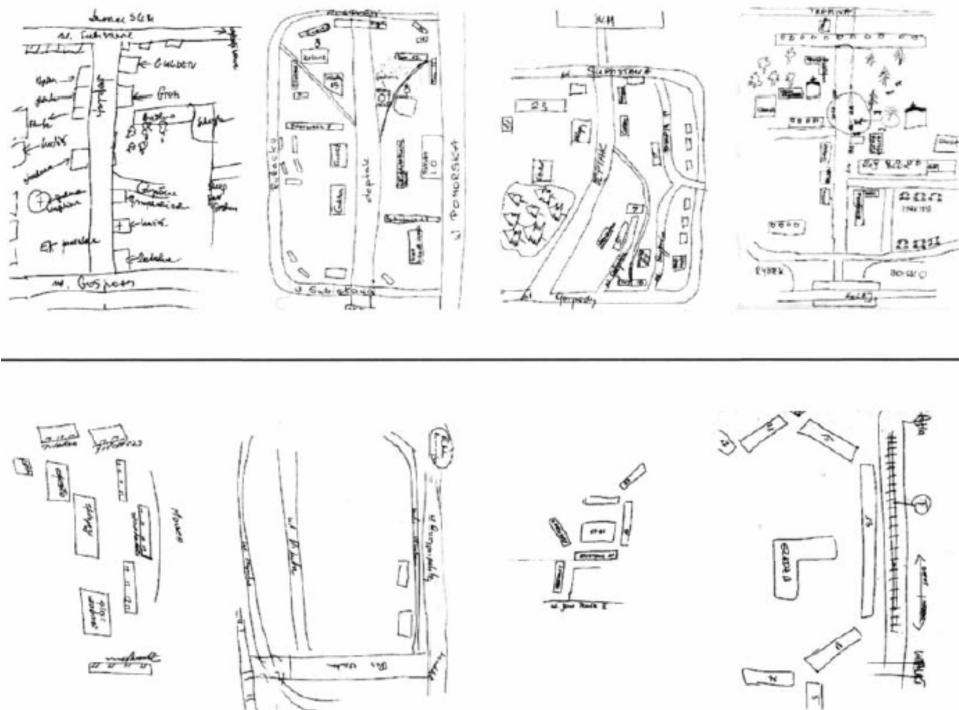
FUENTE: Awtuch (2009, pág. 2).

La investigación reveló que todos los encuestados de ambos grupos nombraron al menos un par de elementos urbanos característicos útiles para desplazarse por el área, pero en los cuestionarios pertenecientes a la urbanización A —la unidad peor conceptuada de entrada (figura 2)— se citaron muchos más elementos y se descubrió una representación mucho más razonable y profunda de su urbanización (Awtuch, 2009).

Sin embargo, lo más interesante de esta investigación es que los indicadores de percepción de seguridad mostraron una estrecha correlación con las medidas de inteligibilidad, ya que en todas las categorías consideradas con posibilidad de comportamiento agresivo —beber alcohol en público, asaltos, robo de edificios

y de automóviles, temor a ser asaltado, etcétera—, los habitantes del conjunto A mostraron tasas de incidencia mayores que los del conjunto B (figura 2). Esta percepción de seguridad parece relativamente independiente de los hechos reales de inseguridad, lo que introdujo un factor hasta cierto punto inesperado en las conclusiones del trabajo (Awtuch, 2009, pág. 9).

FIGURA 2. Ejemplos de mapas de unidades urbanas dibujadas por los habitantes de dos conjuntos edilicios de Gdansk: unidades A (arriba) y B (abajo).



FUENTE: Awtuch (2009, pág. 4).

Los estudios de comportamiento antisocial desde el punto de vista de la sintaxis espacial

Otra perspectiva de la controversia con los espacios defendibles ha surgido del trabajo de Friedrich, Hillier y Chiaradia (2009) sobre la "conducta antisocial"; se trata de un nuevo enfoque que considera a esta conducta no solamente desde su base psicológica, sino a partir de aspectos socioeconómicos (Farrington, 2005). En contraste con la idea ortodoxa de crimen, este tipo de conductas conforman un fenómeno que carece de una definición formal clara, ya que sus fronteras en torno a un comportamiento normal o aceptable y el comportamiento considerado antisocial permanecen borrosas. Lo que se percibe como antisocial en un individuo suele ser muy subjetivo, y depende de los antecedentes personales del observador —edad, trasfondo cultural, género, etcétera—, y del contexto espacial y social de cada comportamiento. En zonas cercanas a las discotecas el comportamiento relativamente ruidoso de los jóvenes puede considerarse admisible, mientras que en otros lugares no lo es. Cualquier conjunto de datos sobre conducta antisocial queda intrínsecamente afectado no solo por su falta de definición y por las prácticas de información y registro que lo determinan, sino también se vuelve sesgado por el tipo de entorno urbano donde se lleva a cabo. Los hallazgos sugieren que al controlar dichos incidentes de acuerdo con las diferencias sociales, los patrones de ocurrencias de conducta antisocial se pueden correlacionar con las propiedades físicas del medio ambiente en función de su sintaxis espacial.

Además de esta dificultad de categorizar contextualmente el fenómeno, la teoría de la ventana rota (Kelling y Wilson 1982) sugiere que la ocurrencia de conducta antisocial y otras formas de trastorno en un área aumenta realmente la probabilidad de nuevos incidentes, y también puede atraer tipos más graves de delito; esto se conoce como *retroalimentación positiva*, según la terminología sistemática estándar. Se cree que al elevarse los signos visuales de estos desórdenes también aumenta el miedo a la delincuencia en un área, y si esto no es solucionado conduce a una mayor delincuencia y a un incremento efectivo de desorden público. El vínculo entre desorden y crimen ha llamado la atención de los administradores de la política pública para mitigar la conducta antisocial, y ha motivado preguntas

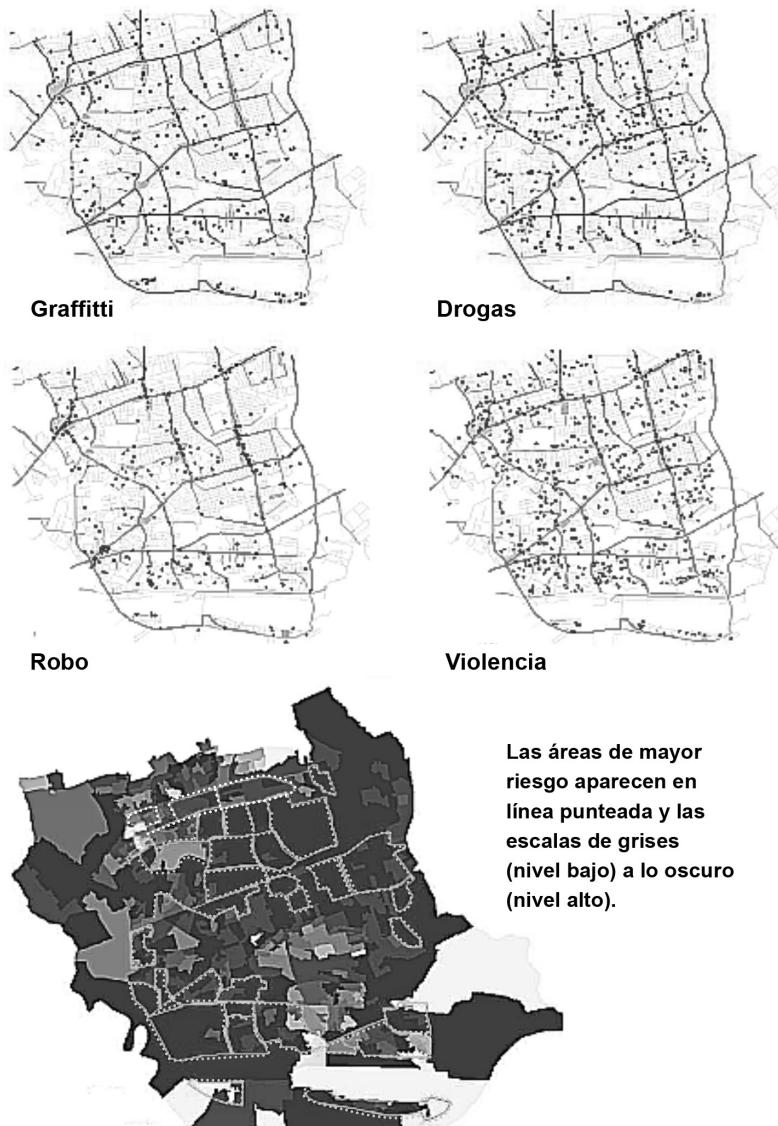
respecto de los factores que influyen en la aparición y el temor de las posibles estrategias para reducir sus niveles en áreas particulares.

De manera similar a la delincuencia, la conducta antisocial se ha considerado hasta ahora principalmente desde la perspectiva de las ciencias sociales, la criminología y la psicología ambiental. Sin embargo, según el punto de vista de la sintaxis espacial hay factores específicos del entorno urbano que pueden tener un efecto en los niveles de conducta antisocial y delincuencia: tipo de movimiento, uso del suelo y patrones de alta y baja actividad (Hillier y Sahbaz, 2008). Debido a que el modelo utilizado por la sintaxis espacial ha demostrado ser un buen predictor de tales patrones de actividad y del movimiento en zonas urbanas (Hillier e Iida, 2005), se puede utilizar para vincular la delincuencia con estos patrones, e identificar las propiedades del entorno urbano que pueden afectar la ocurrencia del delito y el riesgo (Hillier, 2004).

Para analizar la correlación de incidentes de conducta antisocial vinculados con las condiciones socioeconómicas, para esta investigación se generó un índice económico de las áreas basado en datos censales, y se calculó un coeficiente de riesgo para cada área al dividir el número de incidentes por el número de personas. Si se compara el riesgo de incidentes contra el índice socioeconómico de cada subzona, se descubre una cierta tendencia de estos incidentes a acumularse en sectores desfavorecidos. Sin embargo, en la comparación de las 10 áreas de mayor riesgo para cada tipo de incidente se nota que el orden es diferente para cada categoría involucrada y su patrón de distribución no es homogéneo. Aunque hay tendencia a que una zona de alto riesgo tenga un bajo índice socioeconómico, algunas de estas zonas afectan áreas económicamente más acomodadas (figura 3).

Las consecuencias estadísticas de la aplicación de este enfoque son congruentes con el tipo de delitos que comprende la conducta antisocial. Al tratarse de acciones de baja intensidad que no tienen primordialmente como blanco la propiedad de bienes importantes, es bastante esperable que predominen las zonas de bajo nivel socioeconómico. Sin embargo, también existen incidentes de conducta antisocial en zonas de alto poder adquisitivo, lo que reintroduce el factor espacial como posible causa de estas excepciones.

FIGURA 3. Zonas de actividad criminal en relación con el nivel socioeconómico en Towers Hamlets, Londres.



FUENTE: elaboración en base a Friedrich, Hillier y Chiaradia (2009, pág. 6).

Otros trabajos dan cuenta de la estrecha relación entre los elementos sintácticos del espacio y la conducta delictiva de las personas, independientemente de los predictores centrados en la pertenencia socioeconómica o los antecedentes delictivos de los protagonistas (Friedrich, Hillier y Chiaradia, 2009; Hillier, 1989; 1996; 2004; Hillier e Ida, 2005; Hillier y Sahbaz, 2009). En la misma línea de conclusiones, también se ha argumentado que la eficacia colectiva podría explicar los motivos por los que algunos barrios tienen niveles altos de desorden, conducta antisocial y crimen, mientras que otros no. La eficacia social es el proceso de activar o convertir los lazos sociales entre los residentes del vecindario para lograr objetivos colectivos, como el orden público o el control del delito. Más allá de las particularidades de cada aplicación de este enfoque, lo que en definitiva sostiene Hillier (2004) es que existen varias razones por las que los modelos de sintaxis espacial son el instrumento adecuado para investigar los patrones de criminalidad urbana.

En primer lugar, estos enfoques permiten investigar lo que se conoce como "vigilancia natural" (Greene y Mora, 2008, pág. 154). Por definición, rara vez se sabe el momento en que los delitos se cometen, pero la sintaxis espacial da una indicación bastante fiable del movimiento de personas, y se puede utilizar como herramienta para investigar su posible efecto sobre la conducta delictiva. La vigilancia natural no necesita intervenciones exógenas, y depende más de la visibilidad y exposición del comportamiento frente al escrutinio de los transeúntes locales.

En segunda instancia, los procesos sociales tienden a diferenciar áreas urbanas de otras, pero son menos precisos respecto de la escala de diferencias entre lo que se puede considerar *microespacios individuales*. La sintaxis espacial permite investigar con el mismo rigor no solamente las diferencias entre áreas, sino también los micropatrones distinguibles dentro de las zonas. También se puede utilizar la sintaxis espacial para dar a las variables espaciales el mismo estatus numérico que a las variables sociales y económicas no espaciales en los datos, por lo que se puede transformar al espacio en otro protagonista del análisis multivariado.

De esta manera es posible comparar el efecto relativo del espacio y el de las variables socioeconómicas, a pesar de que las dificultades para acceder a los datos a escala fina generalmente limitan este tipo de análisis en la zona. Una cuestión crítica por resolver trata sobre el modo específico en que los atributos socioeconómicos, espaciales y generacionales dan cuenta y condicionan la aparición de

conductas de este tipo, lo que potencia o limita el efecto ventanas quebradas de un modo no extrapolable a todos los escenarios existentes.

Aunque la condición socioeconómica introduce explicaciones estructurales de relevancia, la irrupción específica de medidas de integración espacial y del tipo de escenario construido en cada caso afectan críticamente la posibilidad de establecer correlaciones demasiado lineales entre criminalidad y poder adquisitivo, lo que introduce mediciones más finas y actualizadas de los factores en juego.

La segregación urbana o el aislamiento de determinados sectores o vecindarios de la ciudad del resto constituye un factor generador y un efecto de ordenamiento económico que crea y reproduce exclusiones de distintos tipos. El nexo causal aquí es más indirecto, pero no menos rastreable y crítico que en los otros casos; los espacios y vías no integradas ocasionan no solamente una percepción de inseguridad amplificada y posibilidades de conducta antisocial, sino importantes fenómenos de inequidad de acceso que reducen fuertemente el sentido de comunidad y pertenencia, y a la larga pueden guardar una relación específica con el fenómeno de la inseguridad real y percibida.

En la misma línea de conclusiones, Greene y Mora (2008) argumentan también contra la teoría de los "espacios defendibles" (Newman, 1972); al analizar la dinámica social de la comuna chilena de Quilicura en relación con su entorno espacial, Greene y Mora (2008) señalan que la sintaxis espacial permite, mediante el concepto de inteligibilidad, describir eficazmente los bajos niveles de integración que proporciona dicho espacio físico a sus habitantes. Si se reflexiona respecto a la aplicabilidad de estas ideas al desempeño económico de un vecindario, los autores consideran el caso de una investigación que comprendió el análisis de 17 asentamientos de la periferia de Santiago de Chile, donde se demostró que el proceso de mejoramiento de la vivienda tuvo un fuerte componente espacial, ya que los asentamientos pobres se beneficiaban en grado importante del flujo humano que les permitía explotar locales comerciales y servicios de escala limitada en sus terrenos. Respecto de la sensación de seguridad, el beneficio material conseguido en base a la masividad y diversidad de las personas que circulaban acarreaba además un mayor intercambio social y sensación de comunidad, lo que creaba una percepción de arraigo en el vecindario y una menor inseguridad (Greene y Mora, 2008, pág. 31).

Monteiro e Iannicelli (2009) analizaron la dinámica de la inseguridad real y percibida en Recife —en el noreste de Brasil, también conocida como la ciudad más peligrosa del país—, que no solo presenta las mayores tasas de homicidio de jóvenes, sino que además tiene la reputación de ser muy insegura debido a la delincuencia callejera. Esta ciudad también exhibe altos niveles de pobreza y desigualdad social típica de las grandes urbes latinoamericanas. Casi 70% de la población vive en asentamientos dispersos por toda la ciudad, caracterizada espacialmente por contar con islas de riqueza en un mar de pobreza. La amenaza de crímenes callejeros en cualquier momento y lugar pone a todos en riesgo. La sensación de inseguridad y temor, además de la falta de confianza en la policía obliga a muchos habitantes a adoptar medidas para su propia seguridad; durante la conducción de automóviles sus ventanas están siempre cerradas y cubiertas con una pantalla oscura para impedir la visibilidad desde el exterior. Por regla general, nadie se atreve a parar en un semáforo en rojo a altas horas de la noche.

Las paredes altas, rejas de hierro, cercas electrificadas, porteros armados y videovigilancia son características muy comunes de los edificios residenciales, lo que obedece a reglas de confinamiento propias de los *espacios defendibles*. Todas estas medidas hacen que todos los elementos de interacción pública —especialmente las aceras— sean más inseguros, sin movimiento y con propensión a la delincuencia. En la investigación sobre Recife se estudió el patrón espacial de los delitos cometidos en el barrio Boa Viagem —el más rico de la ciudad, famoso por su playa y turismo (Monteiro e Iannicelli, 2009)—, se intentó identificar las cualidades espaciales de los lugares del crimen, y se prestó mayor atención a los delitos urbanos —principalmente atraco y robo— cometidos en sus calles. La accesibilidad global y local fueron exploradas por medio de mediciones de la sintaxis espacial, así como la distribución de las *favelas*³ y los equipos comerciales y de servicios. Estas cualidades espaciales proporcionan de forma aislada explicaciones muy débiles para entender el patrón local de los lugares con ocurrencia de crímenes. Hay una fuerte evidencia de que otros atributos sociales del espacio juegan un papel importante en la incidencia de robos y atracos. Entre estas otras características, están la proximidad a mercados, centros comerciales y barrios po-

³ Nombre dado en Brasil a los asentamientos precarios en torno o al interior de las ciudades; se trata de barrios marginales de chabolas.

bres, como las favelas. Un total de 4 800 incidentes de robo y asalto en el 2006 fueron analizados en esta oportunidad, y los resultados contradicen fuertemente los hallazgos internacionales porque muestran que incluso en un contexto de alta desigualdad social como el de Recife, las cualidades sociales percibidas acerca de los espacios proporcionan explicaciones más sólidamente fundadas para la ocurrencia de crímenes urbanos.

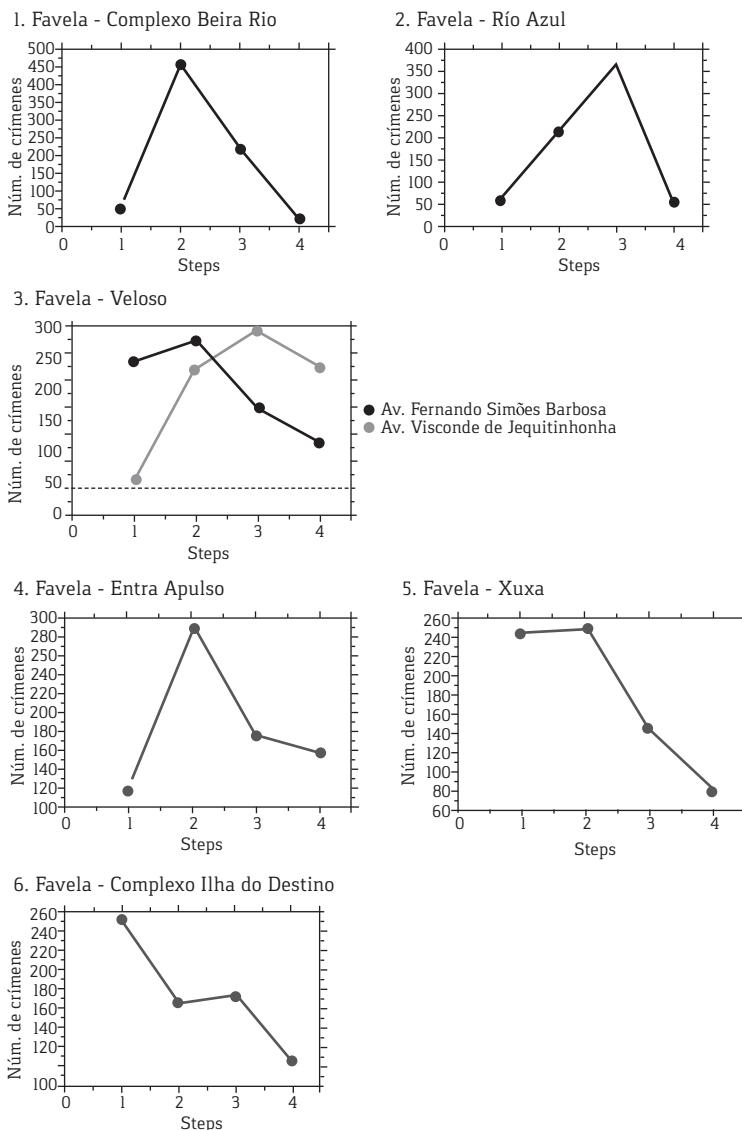
Cuando se analizan los datos de todos los barrios estudiados, la sensación de que "cuanto más cerca del barrio pobre, es más peligroso el lugar" parece constituir un mito no confirmado por la realidad de los hechos (Monteiro e Iannicelli, 2009, pág. 10).

Como se puede apreciar en la figura 4, que correlaciona la ocurrencia de crímenes con la cantidad de pasos que hay que dar para comunicar cada favela con el entorno exterior, los mayores niveles de criminalidad no parecen producirse en la cercanía de las favelas, sino a una distancia determinada de ellas; en casi todas, excepto en las de la favela Xuxa, los mayores grados de criminalidad parecen producirse cerca y después decrecen, lo que identifica como más peligrosa a la zona de transición a estos barrios, y no a sus espacios internos.

Es un prejuicio pensar que los habitantes de los barrios marginales son bandidos. Esta idea está vinculada con la morfología de estos lugares, separados a causa de los bajos niveles de inteligibilidad y el escaso acceso recíproco. Esta característica hace que dichos vecindarios resulten atractivos y sean utilizados por las personas que han infringido la ley como un escudo de protección o contra la policía (Monteiro e Iannicelli, 2009, pág. II).

Dentro del análisis de estos patrones morfológicos se encuentra además la temporalidad —capaz de introducir diferenciaciones aún más específicas en estos flujos de movimiento para días de la semana y momentos puntuales—, que debe contemplarse también en estos abordajes, ya que no siempre lo que los pobladores suponen que es el horario más peligroso efectivamente se corresponde con los momentos del día y de la semana de mayor criminalidad (Monteiro e Iannicelli, 2009).

FIGURA 4. Ocurrencia de crímenes callejeros de acuerdo con la profundidad de circulación medida desde la entrada de las favelas hacia el exterior.



FUENTE: Monteiro e Iannicelli (2009, pág. 9).

En el caso particular de la investigación desarrollada en esta ciudad de Brasil, la creencia de los vecinos del lugar respecto a que la noche cerrada era el momento más peligroso del día fue desmentida por la comprobación de que el momento del anochecer era en realidad el instante más riesgoso (Monteiro e Ianicelli, 2009, pág. 6).

Como respuesta a esta problemática, mejorar las vías de acceso a las zonas pobres resulta fundamental para eliminar los escondites de los delincuentes. La representación socialmente construida que sitúa cerca de las favelas la inseguridad podría al menos ser cuestionada según los delitos que aumentan en las regiones a media distancia de dichas áreas. Es decir, si quienes cometen delitos viven en los barrios marginales, entonces no operarán cerca de su propia casa, sino más bien en las zonas adyacentes.

Una segunda conclusión relevante es que las favelas —debido a su conformación espacial donde hay poca inteligibilidad con un gran control interior— pueden ser utilizadas como escudo por delincuentes de otros lugares.

De cualquier modo, los resultados expresan el papel del espacio en la determinación de las situaciones propensas a la actividad delictiva. Las directrices para las intervenciones urbanas descritas en la presente investigación tienen como objetivo recuperar hábitos culturales de sociabilidad en espacios públicos para que las calles vuelvan a convertirse en escenarios para el paseo y la vida en común de residentes y visitantes, y no en territorio para la actividad criminal.

La acumulación de evidencia que refuerza la relación entre segregación y delito es tan amplia, que la simple idea de reforzar el aislamiento de los conjuntos habitacionales menos favorecidos resulta muy poco recomendable, aunque esté en línea con cierto sentido común conservador casi hegemónico en América Latina.

De acuerdo con estos hallazgos, los resultados muestran que las herramientas propuestas en la sintaxis espacial permiten al arquitecto y al planificador urbano evaluar de antemano distintas alternativas de diseño del hábitat que pueden ser decisivas para mejorar la percepción de seguridad en un entorno residencial.

El análisis de sintaxis espacial permite además identificar y evaluar diferencias espaciales significativas difíciles de percibir si se recurre a la intuición o a la experiencia. La segregación espacial es un ejemplo de esta imposibilidad, ya que se tiende a concentrar la atención en las grandes distancias que separan los barrios de mayores recursos de los más pobres —que de por sí son significativas—,

y muchas veces no se perciben los aspectos menores —como la continuidad de la trama— que también afectan significativamente la posibilidad de que una comunidad se relacione con su propia ciudad. En términos más simples, la distancia física directa expresada en cualquier unidad de medida es muchas veces menos expresiva que la cantidad de nudos de transporte distintos o cambios de vía que hay que atravesar para ir de un punto a otro.

Un aspecto importante que se debe plantear respecto a este método de análisis se refiere a su aplicación en la cultura latinoamericana. Estudios anteriores sobre el tema proponen que si bien los flujos de movimiento y los campos visuales son particularidades significativas de la seguridad residencial, cumplen un rol diferente en la ubicación del delito y en la percepción de inseguridad entre las culturas católica latinoamericana y la protestante anglosajona (Greene y Mora, 2008).⁴

Conclusiones

De acuerdo con este recorrido muy parcial por algunas aplicaciones de la sintaxis espacial a la problemática de la seguridad urbana real y percibida, más que un núcleo de certezas o de fórmulas infalibles para aproximarse al tema emerge la posibilidad de establecer un consenso respecto a la validez de ciertas herramientas para lidiar con la cuestión, y a un conjunto de hallazgos empíricos que desafían los postulados de la geografía del delito y los espacios defendibles (Newman, 1972).

No es fácil sentar una postura global respecto del vínculo que las ya citadas situaciones de "pánico moral" (Cohen, 2009; Hunt, 1997) tienen con la experiencia de la vida cotidiana y localizada en pequeñas comunidades, pero al menos se puede concluir que los espacios percibidos como seguros no son los más aislados o mejor vigilados.

4 En Greene y Greene (2003), según los escritos de Cousiño y Valenzuela (2000), se propone que los anglosajones tienen mayor capacidad de interactuar con un forastero y asociarse para una meta común, mientras que en la cultura latinoamericana el concepto del forastero es prácticamente inexistente: se es amigo o enemigo. Esto significa que si bien el flujo peatonal aumenta la seguridad, debe estar compuesto por conocidos, ya que el forastero tiende a ser percibido con desconfianza. En función de estos antecedentes, parece necesario investigar hasta qué punto los postulados de esta perspectiva pueden ser aplicados a la realidad latinoamericana.

Por lo visto, emerge una triple impugnación empírica a este supuesto, que no se puede pasar por alto sin perder notablemente capacidad explicativa y predictiva respecto de este fenómeno. Sobre la seguridad percibida, la forma que el espacio adopta puede ser más relevante incluso que la ocurrencia de hechos de inseguridad específicamente localizados en un vecindario, según la investigación sobre Gdansk (Awtuch, 2009). Espacios poco visitables o reconocibles para la población, aunque hayan sido construidos según diseños arquitectónicos modernos y de prestigio estético, parecen generar sensación de inseguridad más allá de las experiencias delictivas reales que los ocupantes hayan sufrido. Como segundo hallazgo teórico-metodológico, este tipo de abordajes también introduce la posibilidad de evaluar lo que se puede llamar *inteligibilidad subjetiva*: el modo en que los habitantes formulan sus procesos de memoria y creación de mapas y puntos de referencia espaciales, más allá de las métricas de la sintaxis espacial.

La conducta antisocial también parece estar sujeta a la influencia de estos patrones espaciales, pero además guarda una relación no lineal con el nivel socioeconómico donde aparece (Friedrich, Hillier y Chiaradia, 2009). La necesidad de integrar consistentemente condicionamientos socioeconómicos, espaciales y hasta de pertenencia generacional parece un requerimiento metodológico de los modelos explicativos de estos fenómenos, que deben abastecerse de datos mucho más precisos que los usualmente disponibles en los estudios del espacio urbano. Dos demandas formales adicionales parecen surgir de estas investigaciones: 1) es necesario representar detalles de una escala mayor a la acostumbrada para incorporar variables espaciales de un modo interesante; 2) también resulta relevante simular trayectorias y flujos de movimientos reales y temporalizados, basados en los agentes involucrados, porque su comportamiento en el entorno físico no puede deducirse lineal y homogéneamente de las propiedades estructurales del espacio.

La actividad delictiva, aún la de baja intensidad, parece ajustarse bastante a lo que las mediciones de inteligibilidad provenientes de la sintaxis espacial sugieren, ya que el bajo grado de integración parece no solo repercutir en la sensación de inseguridad, sino también en la ocurrencia efectiva de hechos delictivos. Curiosamente las zonas estadísticamente más riesgosas no son aquéllas más próximas o interiores a los barrios marginales, sino las situadas —en términos de la sintaxis espacial— a una distancia estructural intermedia (Monteiro e Iannicelli, 2009). La problemática de la segregación —generalmente planteada en

términos del derecho a acceso de quienes viven en zonas más desconectadas de la ciudad— tiene implicaciones más profundas en relación con el modo en que el resto de la población percibe a los barrios marginales, que al estar más desconectados parecen menos elegibles para cometer delitos que para refugiarse de la policía, lo que vincula probablemente la segregación con el delito real y con la peligrosidad percibida (Greene y Greene, 2003; Greene y Mora, 2008).

Al margen de la enorme masa de evidencia que los estudios de la sintaxis espacial han generado en lo que va del siglo, y que han transformado —y trastornado— por completo el sentido común académico centrado en los vínculos entre seguridad y entorno físico, quizás en la actualidad se corre el riesgo epistemológico de sustituir los modelos explicativos reduccionistas del pasado —que dejaban de lado la problemática espacial o la consideraban un factor secundario y reductible a la aplicación de una tipología estándar— por modelos que hiperespacializan las determinaciones del comportamiento y pretenden resolver la compleja problemática de los efectos de la segregación y la inequidad con simples rediseños del mapa urbano. En este sentido, al prescindir de las particularidades culturales y sociales de cada entorno, las aplicaciones lineales y monolíticas de la sintaxis espacial pueden tener consecuencias imprevisibles al extrapolar conclusiones aplicables a la dinámica urbana de los países desarrollados, a realidades latinoamericanas regidas por lógicas alternas de apropiación espacial y credibilidad menor en la acción estatal (Cousiño y Valenzuela, 2000; Greene y Greene, 2003; Greene y Mora, 2008).

Es necesario recurrir a modelos multicausales que preserven las macrodeterminaciones sociales, económicas y hasta psicológicas sin desmerecerlas, pero que a su vez localicen y ponderen su efecto en cada contexto específico (Hillier, 2004).

Las investigaciones en curso muestran que para incluir la cuestión perceptiva se debe investigar cada contexto y no presuponerla como una variable dependiente de la situación económica, o incluso de la disposición espacial estructural. Factores no considerados aquí por cuestiones de recorte temático —como la relación de la intervisibilidad objetiva y la sensación de inseguridad— merecen integrarse a estos modelos multicausales con el objetivo de superar metodologías interpretativas de validación más dificultosa (Shu y Huang, 2003).

La problemática de la inseguridad percibida y real es indisociable de la mejora en la calidad de vida de las personas, pero la perspectiva de Hillier (2004)

y seguidores ha introducido un nuevo modo de comprender este cambio, ya que mejores indicadores de inteligibilidad e integración no solo hacen que la gente se comunique más rápido y viaje menos hasta el lugar en que trabaja, sino que en el plano de los modelos mentales involucrados —*a fortiori* claves en la manera en que cada grupo social es visto— se deben reducir las discontinuidades reales y percibidas entre el centro y la periferia física y social de cada enclave urbano.

Referencias

- AMADEO, B. y Auguete, N. (15 de mayo del 2013). Medios y miedos. *La cobertura de la inseguridad en Argentina*, 1(3), 14-31.
- AWTUCH, A. (2009). Spatial order and security. *7th International Space Syntax Symposium*. Estocolmo.
- BAFNA, S. (2003). Space Syntax. A brief introduction to its logic and analytical techniques. *Environment and Behavior*, 35(1) 17-29.
- COHEN, S. (2009). *Folk devils and moral panics*. Nueva York: Routledge.
- COUSIÑO, C. y Valenzuela, E. (2000). Sociabilidad y asociatividad: Un ensayo de sociología comparada. *Estudios Públicos*, 77.
- FARRINGTON, D. P. (2005). Childhood origins of antisocial behavior. *Clinical Psychology and Psychotherapy*, 12(3), 177-190.
- FRAILE, P. y Bonastra, Q. (2011). Espacio, delincuencia y seguridad: Hacia el diseño de un modelo de análisis territorial. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 57, 123-146.
- FRIEDRICH, E., Hillier, B. y Chiaradia, A. (2009). Anti-social behaviour and urban configuration. Using space syntax to understand spatial patterns of socio-environmental disorder. En D. Koch, L. Marcus y J. Steen (Eds.), *Proceedings of the 7th International Space Syntax Symposium*. Estocolmo: KTH.
- GREENE, M. y Greene, R. (2003). Urban safety in residential areas. *Proceedings Space Syntax 4 the International Symposium, June 17-19*, University College London, Londres.
- GREENE, M. y Mora, R. (2008). Dimensiones espaciales de la seguridad residencial: Flujos de movimiento y campos visuales. *Revista INVI*, 23(64).
- HANSON, J. (1998). *Decoding homes and houses*. Cambridge: Cambridge University Press.

- HILLIER, B. (1989). The architecture of the urban object. *Ekistics*, 334, 5-21.
- HILLIER, B. (1996). *Space is the machine*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HILLIER, B. (2004). Can streets be made safe?. *Urban Design International*, 9(1), 31-45.
- HILLIER, B. e Iida, S. (2005). Network effects and psychological effects: A theory of urban movement. *COSIT Conference 2005*.
- HILLIER, B. y Sahbaz, O. (2009). An evidence based approach to crime and urban design. En R. Cooper, Evans, G. y Boyko, C. (Eds.), *Designing sustainable cities: Decision-making tools and resources for design* (págs. 163-186). Hoboken, Nueva Jersey: Wiley Blackwell.
- HILLIER, B. y Shu, S. (1999). Design for secure space. *Planning in London*, 29, 36-38.
- HUNT, A. (1997). "Moral panic" and moral language in the media. *The British Journal of Sociology*, 48(4), 629-648.
- KELLING, G. y Wilson, J. (1982). Broken windows: The police and neighborhood safety. *Atlantic Monthly*, 249, 29-38.
- KESSLER, G. (2010). Delito, sentimiento de inseguridad y políticas públicas. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/Departamento de Sociología. Recuperado de www.aacademica.org/000-027/802.pdf
- LYNCH, K. (1990). *The image of the city*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- MONTEIRO, C. e Iannicelli, C. (2009). *Spatial profiles of urban crimes. The role of morphology in a context*. Recuperado de <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.558.7761&rep=rep1&type=pdf>
- NEWMAN, O. (1972). *Defensible space*. Londres: Architectural Press.
- PEPONIS, J., Hadjinikolau, E., Liveratos, C. y Fatoutos, D. A. (2003). The spatial core of urban culture. *Ekistics*, 334, 43-55.
- REYNOSO, C. (2011). *Redes sociales y complejidad. Modelos interdisciplinarios en la gestión sostenible de la sociedad y la cultura*. Buenos Aires: Editorial Sb.
- SHU, C.F. y Huang, J. N. H. (2003). Spatial configuration and vulnerability of residential burglary: A case study of a city in Taiwan. *4th International Space Syntax Symposium*, Londres.



CAPÍTULO 6

Los Condominios Monte Albán. Estigma y obsolescencia en la vivienda colectiva

Alejandro José Peimbert Duarte

Introducción

LA PRESENTE INVESTIGACIÓN TIENE COMO objetivo exponer las condiciones que llevaron a los Condominios Monte Albán a un estado pau-latio de obsolescencia. Situados en Mexicali, representaron un caso excepcional de vivienda colectiva en esta capital del estado de Baja California, México. Su relevancia y posición en la historia de la arquitectura y el urbanismo de la región fronteriza del norte de México es ineludible, así como el estudio de los aspectos socio-culturales que derivaron en sus condiciones de ocupación y habitabilidad, su estigmatización y su abandono.

progresivo. La demolición de este conjunto fue un acontecimiento coyuntural que permite describir a los condominios como un hecho histórico superado dentro de la zona del Río Nuevo, enclave fronterizo sujeto a tensiones entre poder y contrahegemonía.

Antecedentes de la vivienda colectiva en Mexicali

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el urbanismo generó los primeros planteamientos teóricos sobre la vivienda colectiva. La condición insalubre en que vivía la clase trabajadora originada por la Revolución Industrial provocó que la vivienda para los trabajadores se volviera un tema de discusión. Durante la primera mitad del siglo XX, la vivienda colectiva comenzó a prosperar y quedó representada en grandes proyectos de vivienda multifamiliar emprendidos en la nueva visión en torno a la ciudad y los modos de habitarla. El *movimiento moderno* empezó a dar muestras concretas de ello.

Entre los ejemplos más significativos se encuentra la Unité d'Habitation (1947-1952) desarrollo urbanístico localizado en Marsella, Francia, proyectado por Le Corbusier con la intención de replicarlo en distintas partes del mundo. En México surgieron también grandes centros habitacionales casi al mismo tiempo en que aparecían las instituciones gubernamentales encargadas de fomentar la producción de vivienda. El crecimiento poblacional y la apuesta por esquemas de edificación vertical para densificar las zonas principales de la capital fueron —entre otras situaciones— la base para reproducir en este país los principios funcionalistas para la vivienda colectiva.

En 1949 se inauguró en la Ciudad de México el primer conjunto habitacional de gran escala: el Centro Urbano Presidente Alemán (figura 1), que comenzó a construirse en 1947. Su autor, el arquitecto Mario Pani, importó a México el nuevo paradigma derivado de las ideas lecorbusianas en un momento en que eran replicadas en otras ciudades latinoamericanas. Posteriormente, a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 se construyeron en otras ciudades del país diversos conjuntos habitacionales inspirados en buena medida en este modelo, que respondían a la creciente migración del campo a la ciudad; estos conjuntos empezaron a pensarse para los diversos perfiles sociales y económicos de quienes inmigraban a las

ciudades, lo que produjo viviendas para obreros, empleados de gobierno y de la iniciativa privada. En cada caso la variante consistió no solamente en la superficie construida por unidad habitacional, sino en las cualidades y amenidades de los espacios de uso compartido. Su emplazamiento y localización en la ciudad fue un aspecto determinante para su propio desarollo.

Con el Centro Urbano Mexicali este fenómeno llegó al noroeste de México, ocho años después de inaugurado el Centro Urbano Presidente Alemán y cinco años después de finalizada la Unité d'Habitation —en 1952— de Le Corbusier; esto representó un caso excepcional para una ciudad con 53 años de antigüedad, localizada en la frontera entre México y Estados Unidos.

FIGURA 1. Centro Urbano Presidente Alemán.



FUENTE: el autor, 2016.

La condición fronteriza resulta un factor importante a considerar para comprender el funcionamiento de los conjuntos habitacionales y sus habitantes en un contexto ajeno para el que fueron pensados:

Las ciudades fronterizas del norte de México no responden todas a un mismo tiempo de origen, algunas de ellas fueron fundadas desde la época de la colonia y otras pueden considerarse como ciudades eminentemente modernas. Esta diferenciación temporal y espacial es importante para entender la complejidad que poseen diversos conceptos correspondientes a las estructuras urbanas. Destaca el caso del espacio público, que como elemento estructurador en las ciudades de origen colonial desempeñaba un papel fundamental, mismo que se desvaneció, o más bien fue modificado en las ciudades que fueron fundadas cerca de los albores del siglo XX (Aguirre, 2016, pág. 233).

Similar a la situación de los demás conjuntos habitacionales del país, las áreas y bienes de uso común en el Centro Urbano Mexicali (figura 2) han estado marcados por las diferencias entre vecinos. En este caso, la condición fronteriza ha sido un factor importante a considerar para comprender el funcionamiento de estos conjuntos y sus habitantes en un entorno ajeno para el que fueron pensados. Esta diferencia entre contextos urbanos, socioculturales e históricos evidencia que la vivienda no puede resolverse unívocamente sin considerar las implicaciones de su localización geográfica.

FIGURA 2. Centro Urbano Mexicali, localizado en el segundo cuadro de la ciudad e inaugurado en 1957.



FUENTE: el autor, 2015.

¿Habitar la obsolescencia? Algunas notas sobre los imaginarios de la vivienda colectiva

En la ciudad de Mexicali la inoperatividad de la vivienda colectiva no solo está sustentada en aspectos funcionales y programáticos concernientes al territorio urbano, sino a condiciones culturales que parecen incidir —históricamente— en las motivaciones y causas que han obligado a los sujetos a abandonar su vivienda. Para interpretar estos procesos se abordarán cuestiones de carácter subjetivo, ya que la representatividad estadística y los datos que arrojan los estudios urbanos de corte cuantitativo no logran dar cuenta de las pautas para comprender ciertas prácticas asociadas a la apropiación, en particular, la de los espacios de uso común.

Podría decirse que lo sociocultural es un campo fértil en cuanto a conceptos y categorías conectados con el estudio del espacio desde una perspectiva cualitativa, postura que permite trabajar líneas de investigación que atañen al poder, a la

identidad, a las representaciones y —indiscutiblemente— a los imaginarios. Asimismo, al situarse en este campo es deseable un cruce disciplinar para distinguir —desde distintas perspectivas y con nociones diversas— las múltiples aristas de una misma problemática. A continuación se expondrán algunos apuntes que intentan precisar el rumbo de esta investigación sobre una situación específica de crisis en la vivienda colectiva: los Condominios Monte Albán, localizados en la ciudad de Mexicali, deshabitados por sus últimos residentes en 2010 y demolidos en 2015.

Desde inicios del siglo XXI se han incrementado las investigaciones en torno a los *imaginarios*, particularmente en América Latina; aunque se pueden contar algunas referencias producidas en el contexto europeo, este concepto proviene en buena parte de la referencia clásica o elemental del *imaginario social*. Castoriadis (1983) indica el manejo del término en relación con lo simbólico, lo alienante, lo real y lo racional, pero aclara que el cambio social no puede explicarse solamente como una consecuencia de causas materiales. En contra de este determinismo, el autor subraya:

Las significaciones imaginarias sociales crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo: conforman la psique de los individuos. Crean así una representación del mundo, incluida en la sociedad misma y su lugar en ese mundo: pero esto no es un *constructum* intelectual; va parejo con la creación del impulso de la sociedad considerada y un humor o *stimmung* específico, un afecto o una nebulosa de afectos que embeben la totalidad de la vida social (Castoriadis, 1997, pág. 9).

Se puede pensar que los estudios sobre el imaginario social esclarecerán la razón de que los conjuntos habitacionales tienden a ser espacios de tensión, o bien los motivos por los que los espacios compartidos de ciertos complejos habitacionales están en desuso, o inclusive las razones por las que en determinados contextos geográficos y culturales no se han desarrollado con éxito ciertos proyectos de vivienda colectiva. Explorar imaginarios exige analizar las prácticas sociales que los motivan y fundan, lo que permite recuperar contribuciones de la etnografía y extrapolarlas al espacio urbano, integrar los aspectos sociológicos del territorio con los atributos simbólicos de la ciudad, y dejar que influya la teoría que emerge de los discursos nativos.

Etnografía urbana: Una posibilidad de acercamiento a lo colectivo en la vivienda

La etnografía urbana es el recurso metodológico que permite desentrañar las subjectividades espaciales reconocibles como imaginarios urbanos. Este método compromete una breve revisión de los resultados del transitar de la etnografía tradicional a la etnografía urbana, cuyo devenir no solamente ha implicado un cambio en la situación o emplazamiento en que se dan las experiencias observadas: quedan atrás las comunidades rurales o sitios donde el etnógrafo no encuentra lazos con los sujetos ni con las prácticas estudiadas. Este avance también exige el empleo de técnicas que complementen las conversaciones desestructuradas y la observación participante, como el uso de medios audiovisuales, que además de otorgar un soporte ilustrado a la información oral, la fotografía y el video se convierten en datos que amplían posibilidades de análisis.

Ciertos estudiosos del contexto angloamericano (Duneier, Kasinitz y Murphy, 2014; Low, 1999) coinciden en caracterizar a las etnografías urbanas como algo que refleja los problemas que enfrentan las sociedades en el momento en que fueron escritas; asimismo, otros autores señalan los grandes problemas de la temprana etnografía urbana relacionados con la migración, raza y naturaleza cambiante de los lazos sociales (Fox, 1977; Hannerz, 1986). En la etnografía urbana posterior se han examinado las consecuencias de los grandes cambios políticos, como la desindustrialización, la política sobre las llamadas ventanas rotas, la hipersegregación, la gentrificación y la encarcelación en masa, así como la migración masiva hacia Estados Unidos y Europa.

A pesar de que la etnografía urbana fue originada a partir de reconocer la importancia del contexto comunitario donde la vida social se despliega, se ha preocupado igualmente por la interacción social en los espacios públicos de y entre estas comunidades (Duneier, Kasinitz y Murphy, 2014, pág. 149).

Según lo anterior, muchos autores que se refieren a la etnografía urbana han abordado puntual o tangencialmente al espacio público, lo que procura un manejo común —pero no ortodoxo— de ciertas técnicas del método etnográfico.

Vergara Figueroa (2013) refiere una etnografía de los lugares, y destaca diversos aspectos que distinguen la etnografía de la crónica; subraya que el relato etnográfico requiere un enfoque diacrónico capaz de interpretar los símbolos y una reconstrucción de los sentidos que toman, sin olvidar el posicionamiento de los interlocutores y practicantes, y permite reflexionar sobre el discurso emitido; es necesario también cotejar la información adquirida a partir de diversos medios —entrevistas, documentación histórica o actual, testimonios— entre otros recursos que contribuyan a construir lo social; además, es insoslayable que exista un marco conceptual interdisciplinario que facilite el ordenamiento y la interpretación de los datos:

La etnografía permite —requiere— trascender la superficie-visible —significantes, denotación— de dichos espacios, actores, demarcaciones, objetos y hechos que allí existen y/o se realizan para encontrar la densidad significativa que proviene de la historia y las relaciones sociales a partir de auscultar y articular diversas situaciones, personajes y lenguajes relacionándolos en sus diferentes temporalidades [...]; la etnografía no solo pone en relación lo denotado y lo connotado expresado en los discursos “nativos”, sino también lo que estos hacen con dichos discursos —pragmática—, y estas prácticas no son siempre “coherentes” con dichas argumentaciones (2013, pág. 26).

La etnografía urbana contribuye sin duda a capturar imaginarios, así como al análisis e interpretación, pues aparentemente se ocupa de una suerte de vínculo intermedio que resulta de la distancia entre práctica y discurso.

Espacios de uso común en la vivienda. ¿Espacio público?

Para hablar de los espacios de uso común en la vivienda colectiva, es pertinente revisar algunas breves definiciones en torno al concepto de espacio público. Es posible encontrarse con muy diversas aportaciones sobre lo que es el espacio público; en este caso se recuperará someramente el aporte de algunos autores que ayudan a pensar en los espacios compartidos de la vivienda como lugares de encuentro, pero también de tensión y conflictos. El espacio público es algo multi-dimensional en su definición, y como concepto jurídico:

Es un espacio sometido a una regulación específica por parte de la administración pública, propietaria o que posee la facultad del dominio sobre el suelo que garantiza la accesibilidad a todos y fija las condiciones de utilización y de instalación de actividades (Borja y Muxi, 2003, pág. 27).

Un espacio compartido en la vivienda está sujeto a acuerdos entre vecinos respecto al uso, horarios y definición de algunos límites visibles. A su vez, de acuerdo con un aspecto sociocultural, el espacio público "es un lugar de relación y de identificación, de contacto entre las personas, de animación urbana, y a veces de expresión comunitaria" (Borja y Muxi, 2003, pág. 27). Si esto se extrae al espacio común con que cuentan los habitantes de un colectivo habitacional, se puede pensar en aquellos lugares de ingreso o de tránsito donde los vecinos dialogan, se saludan o al menos esbozan sutilmente sus pareceres. También puede tratarse de lugares donde los condóminos realizan alguna actividad cotidiana, como lavar ropa, jugar con los miembros más pequeños de la familia o celebrar algún encuentro festivo entre vecinos. Para entender algún espacio en particular es necesario ver más allá de lo evidente, y los *conflictos abiertos* —además de la sana convivencia— son otra manera de expresar la apropiación del espacio (Hiernaux, 2013, pág. 177). Ante esto:

Limitarse a los conflictos abiertos hace correr el riesgo de situarse en lo evidente depreciando lo latente, por ello se introduce la idea de "tensión", como un estado anterior al conflicto abierto, en el cual las posiciones antagonicas, sean expresadas abiertamente o no, se encuentran en estado latente pero no se expresan llanamente en la concreción, por ejemplo, de la apropiación del espacio. En este sentido, conflicto y tensión son dos situaciones susceptibles de fusionarse en cualquier momento, la tensión pudiendo desembocar en un enfrentamiento abierto si no se desactiva a tiempo (Hiernaux, 2013, pág. 178).

Debido a estas situaciones, el bienestar de los espacios de uso común es cada vez más complejo debido al desconocimiento de los derechos y obligaciones que implican vivir en comunidad, donde los imaginarios de vida independiente y

colectiva entran en un debate constante que desdibuja poco a poco el límite entre lo público y lo privado.

Los Condominios Monte Albán: Hito y estigma del Río Nuevo

La historia de la zona del Río Nuevo (figura 3) está asociada a una gran inundación —ocurrida en el primer lustro del siglo XX— que ocasionó que las aguas irrumpieran abruptamente a través de los cauces naturales y los canales de las incipientes obras de irrigación, lo que arrasó prácticamente con el pueblo de Mexicali, apenas establecido en 1902.

FIGURA 3. Fotografía aérea del primer cuadro de Mexicali; en el extremo inferior izquierdo se aprecian los Condominios Monte Albán y el Río Nuevo.



FUENTE: Colección Carlos Reyes, circa 1990.

Aunque es llamado *río*, este cuerpo de agua es una infraestructura de riego construida para abastecer de agua a los pioneros de Mexicali, trabajadores migrantes contratados para las obras agrícolas de irrigación en el vecino Valle Imperial,

en California. Aquella gran inundación y la erosión causada por la corriente encontró una descarga hacia una depresión natural que destruyó el caserío y la vía del ferrocarril, y con ello la formación de una gran barranca (Walther, 1991).

En la medida que Mexicali consolidaba su estructura urbana, el barranco estableció el límite del poblado hacia el poniente. En 1919 se incorporó en los terrenos inmediatos al margen izquierdo del Río Nuevo la sección tercera de la ciudad, conocida como Pueblo Nuevo (Walther, 2000); este asentamiento empezó a quedar parcialmente unido con los primeros cuadros de la ciudad por medio de puentes para la circulación de vehículos y personas entre ambas márgenes; en 1915 quedó concluido el Puente Colorado, una estructura metálica pintada con anticorrosivo color ocre, que formaba parte del camino nacional que uniría a Mexicali con Tijuana, y se encontraba en la unión de las calles Altamirano y Pedro Moreno —de la primera sección— con Mérida y Michoacán —en Pueblo Nuevo—. Años después se inauguró el Puente Blanco, fabricado en madera, que unía la avenida Reforma —de la primera sección—, con la calle Cuarta —en Pueblo Nuevo—; fue demolido en la década de 1970 y sustituido por un puente de concreto armado llamado Leyes de Reforma (Walther, 1991).

Debido a que está en zona federal, el área del Río Nuevo fue asentamiento de personas de escasos recursos económicos que formaron barriadas, reubicadas en varios períodos debido a las inundaciones ocasionadas por las intensas lluvias invernales; de estos asentamientos subsisten las colonias Agualeguas y El Vidrio, que aún padecen los efectos de las tormentas que suelen azotar regularmente a la ciudad, y el desbordamiento de aguas negras cuando el canal del río se inunda.

La diversificación de actividades productivas en Mexicali a partir de la agricultura, la fundación de la primera industria algodonera, la conducción de los desechos del rastro —basurero municipal— y sanitarios de las primeras obras de urbanización, y posteriormente el establecimiento de una industria de la transformación que no trataba sus residuos, contaminaron el agua del río y su cauce en grados alarmantes. El problema persiste, y más de 50% del agua residual que genera Mexicali se ha descargado en el río sin tratamiento alguno (Romero et ál., 2006).

En la década de 1980 se inauguró un gran proyecto urbano con la finalidad de recuperar el cauce del Río Nuevo y convertirlo en parque nacional; las obras apenas contaron con la develación de una placa por el presidente de México, José López Portillo, y con la remodelación de la Unidad Deportiva Francisco Villa. No

fue sino hasta la década de 1990 que inició y se llevó a cabo una serie de acciones que han transformado el lugar; el Río Nuevo ha sido desde entonces el espacio urbano que más transformaciones tuvo en la ciudad con la finalidad de integrar los sectores oriente y poniente (Álvarez y Padilla, 2011).

En esta década, el abovedado del cauce del río fue acompañado por la construcción de una amplia vialidad llamada Calzada de los Presidentes, o Bulevar Río Nuevo, lo que trajo como resultado la construcción de edificios e infraestructura que paulatinamente han modificado la imagen urbana del lugar, como el Centro de Ferias, Eventos y Exposiciones en 2001, la Plaza Centenario y el acceso oriente al bosque de la ciudad en 2003, el Centro Estatal de las Artes en 2005, la Facultad de Ciencias Administrativas de la Universidad Autónoma de Baja California en 2007, y la Procuraduría General de Justicia del Estado en 2010. En 2012 inició la reforestación de camellones y banquetas, y se puso en marcha un programa de recuperación de taludes mediante el uso de llantas recicladas, que además de estabilizar el terreno frena la expansión de los predios vecinos ubicados en las partes altas del barranco, cuyos propietarios descargan desechos de construcción y tierra sobre las laderas para expandir sus propiedades.

Un oasis en el corazón de Mexicali

En un momento en que el centro tradicional de Mexicali y el barrio de Pueblo Nuevo parecían disfrutar de cierta estabilidad social y económica, surgió en medio de estos primeros cuadros de la ciudad un ambicioso proyecto. Un anuncio en el diario local *La Voz de la Frontera*, del sábado 19 de agosto de 1967, promovió la "Ciudad Florida, un oasis en el corazón de Mexicali" (figura 4), aunque en otra imagen se observa el título "Condominios residenciales Mexicali" (figura 5). Este desarrollo se presentó como el primer conjunto habitacional promovido por Inmobiliaria Río Nuevo. Dentro del anuncio sobresalen tres aspectos: ubicación estratégica, atractivos y servicios, y aislamiento e intercomunicación. Se trataba entonces de cuatro edificios, no obstante, la imagen que ilustra el anuncio muestra la perspectiva de un complejo más extenso; estaba planeada una segunda etapa para ocupar el resto de la manzana, e incluso habría condominios y áreas comunes del otro lado del río, al poniente.

La ubicación estratégica de este complejo se debía a su cercanía con el primer cuadro de la ciudad y con el cruce fronterizo hacia Calexico, Estados Unidos. En la imagen publicitaria se aprecia un entorno dotado de una estructura vial conformada por puentes que cruzan sobre el río, así como espacios ajardinados en la vía pública. Las mejoras en la vialidad llegaron tres décadas después, cuando el conjunto ya estaba estigmatizado como un gueto de la comunidad china. Aquí aparece bien encauzado el cuerpo de agua, pero descubierto; el medio circundante se desdibuja, por lo que las condiciones topográficas del sitio no se muestran, como si la barranca ya no existiera.

FIGURA 4. Publicidad inmobiliaria de Ciudad Florida, denominada posteriormente Condominios Monte Albán.

LA VOZ DE LA FRONTERA

INMOBILIARIA RIO NUEVO, S.A.

Ha venido en este capital de la Baja California, su Primer Conjunto Habitacional en

CIUDAD FLORIDA

Un oasis en el corazón de Mexicali

entre los puentes Miguel Alemán y Colorado, integrado por

4 EDIFICIOS CON 32 APARTAMENTOS CADA UNO

ESTRÁTÉGICA UBICACIÓN

1. Nuestro desarrollo constituye la excepción dentro de la categoría de los edificios situados en el eje de la ciudad, mejor comunicado. Li ados a la vía principal, se encuentra en un sector creciente constituido uno de los más sobresalientes de la zona norte de la ciudad, y que integra la vida social y política de la misma. De acuerdo con las cifras oficiales de la autoridad estatal de población, aquella cifra asciende a

ATRACTIVOS Y SERVICIOS

2. Entre los servicios que se ofrecen cada uno de estos edificios es la instalación doméstica a gas natural, agua potable, electricidad y teléfono. Los apartamentos tienen un área de 60 m² dividida en tres habitaciones y dos baños. Los servicios incluyen: lavadero, almacén, garaje para automóvil, etc.

AISLAMIENTO E INTERCOMUNICACION

3. Los pisos que componen los departamentos se han dispuesto en dos alas que forman parte de cada edificio con 16 departamentos cada una y comunicándose entre sí por amplios escaleras que facilitan la circulación entre la vivienda y el exterior. Los apartamentos están compuestos por tres dormitorios, sala, comedor, cocina, baño, etc. Los departamentos que forman cada ala se unen para dar acceso a un vestíbulo central que comunica con el almacén y el servicio de lavadero. La conexión entre los edificios se lograba por los espacios compartidos que servían de transición entre interior y exterior, así como entre los ámbitos público y privado.

CODOMINIOS MEXICALI

Y MENSUALIDADES DE SÓLO **682.73** **4,000⁰⁰** **GUE USTED PUEDE HACER A PLAZOS**

(Incluyendo los servicios de calefacción, agua caliente, electricidad, alcantarillado, etc.)

FUENTE: *La Voz de la Frontera*, 1967.

Los atractivos y los servicios consistían en espacios recreativos para niños, albercas, espacios abiertos dotados de elementos escultóricos, así como estacionamiento. El arreglo de este complejo habitacional deriva de la disposición en que se organizaban los dos bloques independientes: cada uno poseía dos edificios de cuatro niveles con ocho departamentos en cada piso, cuatro orientados al norte y cuatro al sur, para un total de 128 viviendas intercomunicadas por espacios vestibulares y núcleos verticales de circulación. La conexión entre cada edificio se lograba por los espacios compartidos que servían de transición entre interior y exterior, así como entre los ámbitos público y privado.

FIGURA 5. Publicidad inmobiliaria de los Condominios Residenciales Mexicali, cuya proyección arquitectónica no coincidía con las edificaciones del conjunto edificado.



FUENTE: *La Voz de la Frontera*, circa 1965.

Según citaba el aviso promocional (figura 4), la belleza arquitectónica del conjunto estaría determinada por sus fachadas, su modernidad y su elegancia. El pago inicial sería de 4 000 pesos, con mensualidades de 700 pesos. En estos años ocurrió el primer declive del campesinado y el auge en las profesiones, mediante las cuales se podría lograr cierta estabilidad económica. Eran tiempos que presagiaban la crisis por el precio del petróleo, y el sector industrial empezaba a repuntar.

La arquitectura de los condominios destacaba por su estructura de concreto, y en ella se definía un sistema de marcos. Las trabes o vigas permitían identificar cada uno de los cuatro niveles del bloque, y éstas se extendían para conformar una especie de puente entre bloques, donde se situaban también las escaleras. El puente situado entre dos departamentos se repetía al fondo del bloque, mientras que al centro quedaba un patio contenido por columnas.

Los muros fueron construidos con tabique de concreto color arena, que al quedar aparente dibujaba una textura contrastante con los elementos estructurales. Las áreas de servicio estaban desplantadas como un esbelto volumen añadido en la fachada exterior de los bloques cuadrangulares de viviendas, y quedaban rodeadas por una celosía fabricada con pequeños cilindros de concreto. Entre cada bloque había una serie de espacios intermedios de 15 metros que formaban un jardín de uso común. En el bloque del extremo norte existió una piscina.

El nombre Condominios Monte Albán seguramente fue asignado después de construido el conjunto. En el solar ocupado por los edificios existen aún ciertos elementos ornamentales; destaca especialmente un grupo de piezas situadas en dos lugares distintos. Adosado al Puente Miguel Alemán se erigió un muro de piedra que remata con una escalera que permite acceder al paso peatonal de dicho puente, de donde surge un par de relieves fabricados en concreto que intentan replicar figuras prehispánicas. El muro rebasa los tres metros de altura y funge como un remate visual desde la vía rápida. A la derecha hay una cabeza de Tláloc, dios de la lluvia, mientras que a la izquierda se encuentra la cabeza de una serpiente emplumada. Las dos piezas están basadas en las que se encuentran en la pirámide de Quetzalcóatl, en el sitio arqueológico de Teotihuacán, en el Estado de México. Aunque se encuentran dispuestas en un orden distinto, se ha conformado una secuencia rítmica en torno a la edificación, donde Tláloc aparece a la izquierda.

El otro elemento reproduce un ocelote cuauhxicalli (figura 6). Representa a un jaguar, el poderoso animal de la noche símbolo de Tezcatlipoca —fuente de la vida, omnipresente fuerte e invisible— y patrono de la masculinidad; la escultura es un recipiente sagrado para colocar la sangre y corazones de los guerreros. La pieza del predio de los condominios se encuentra sobre una pirámide escalonada construida en piedra, erigida frente al espacio que ocupaban los cuatro bloques de condominios, emplazados justamente al centro, prácticamente a 10 metros de la banqueta de la actual Calzada de los Presidentes. El jaguar mira hacia donde estarían los condominios, pero ahora encara a los taludes que exhiben una arquitectura informal, terreno erosionado y la precariedad de la zona, que contrasta con los nuevos equipamientos y vialidades.

FIGURA 6. Reproducción del ocelote cuauhxicalli; al fondo se aprecia el Puente Miguel Alemán y las reproducciones de Tláloc y Quetzalcóatl.



FUENTE: el autor, 2017.

Ninguno de los elementos en pie ayuda a relacionar estrecha y coherente mente el nombre del conjunto. Aunque ambos —el nombre de los condominios y las réplicas burdas— se refieren al mundo prehispánico mesoamericano, los enclaves de zapotecos —Monte Albán— y mexicas —Teotihuacán— están separados por cerca de 500 kilómetros.

Chinos y mexiquillos

En las siguientes líneas se describen algunos aspectos asociados con la vida cotidiana en el condominio, según la narrativa de uno de sus antiguos habitantes. El informante es importante y culturalmente significativo,¹ no solo por ser hijo del actual representante legal de los propietarios del predio en régimen de condominio o por su formación profesional, sino por haber sido testigo de episodios coyunturales en el lugar: su auge, el abandono de los primeros residentes, el deterioro progresivo, su estado ruinoso y los trabajos de demolición y limpia. Jesús, arquitecto originario

¹ La entrevista fue realizada en febrero del 2015 dentro del predio que ocupaban los edificios, mientras las máquinas aún removían escombros para limpiar el solar.

de Mexicali (figura 7) y hoy residente en San Diego, California, expresa los lazos entrañables que tiene con las áreas urbanas fundacionales de Mexicali, como el centro de la ciudad —nombrado oficialmente primera sección—, la llamada segunda sección y la Colonia Nueva; su familia paterna fue pionera de esta ciudad.

FIGURA 7. Jesús, residente del condominio que habitó durante su infancia; al fondo se aprecian los escombros del conjunto.



FUENTE: el autor, 2015.

A pesar de haber vivido en seis zonas residenciales distintas de esta capital, algunas más céntricas que otras, él identificó al centro como un sector importante no solo por la nostalgia, sino por el rol que juega como urbe fronteriza. A finales de la década de 1970, cuando nació Jesús, su familia vivía en un departamento de los Condominios Monte Albán; tras la separación de sus padres, se

alejó progresivamente de este sitio, pero su padre residió en este conjunto hasta no hace mucho. Jesús identifica dos etapas en las que vivió en los condominios.

Aquí vivieron hasta que yo cumplí, posiblemente 4, 5 cinco años. Después, nos fuimos a vivir a la Calle F, en la Colonia Nueva [...], en la Colonia Industrial, por ahí, en esa área. Vivimos en una casa rentada como 1 o 2 años, y después por alguna razón regresamos aquí. Creo que mi papá rentaba el departamento y después decidió comprarlo. Entonces regresamos aquí, y de hecho mi papá se quedó a vivir aquí hasta hace algunos años (Jesús, comunicación personal, 2015).

En sus recuerdos hay claras evidencias de que los residentes del lugar pertenecían a dos grupos culturalmente diversos, con usos y costumbres ajenos a los de una familia mexicalense.

Recuerdo que los primeros amigos que tuve, que recuerdo, fueron en este lugar, y se llamaban Carlos y Esteban, eran dos hermanos, y eran chinos. El departamento en el que yo vivía, que era en el Edificio B, 303, estaba enseguida de la casa de ellos, y recuerdo que eran mis amigos, y recuerdo que por alguna razón en aquel entonces, estoy hablando que yo tenía seis, siete años. Por alguna razón ellos tenían acceso a una parabólica, ellos tenían acceso a canales chinos, y me invitaban a ver películas de kung fu. Eso era de las primeras amistades que me acuerdo de aquí (Jesús, comunicación personal, 2015).

Es bien conocido para quienes han vivido en las inmediaciones, que los Condominios Monte Albán eran un gueto de la China. Los habitantes adultos de los primeros cuadros de la ciudad se refieren a este conjunto como "el edificio de los chinos", o "el picadero", o "ahí es donde vivían los chilangos". Sus "patrones residenciales están extremadamente segregados. La mayoría de los chino-mexicanos en Mexicali viven cerca del distrito céntrico llamado primera sección, o en los Condominios Monte Albán, inmediatamente al sureste de la primera sección" (Uang, 2008). En los primeros años, los chinos de los condominios parecían pertenecer a familias con un perfil socioeconómico distinto al de quienes ocuparon los

edificios en años posteriores. Tener una antena parabólica en casa, en la década de 1980, no era común. Jesús rememora su relación con otro tipo de residentes, que al igual que los chinos se convirtieron en usuarios distintivos —y posiblemente estigmatizados— de este conjunto habitacional.

También recuerdo que había otro grupo de niños y niñas con los que no me llevaba tan bien, que no me aceptaban tanto; yo me llevaba bien con los chinos, pero no me llevaba bien con los mexicanos. Digo, todos hablaban español, ¿no?, y los chinos hablaban español, porque crecieron y tal vez nacieron aquí, la verdad no sé. Entonces todos, pues éramos pues, todos estábamos aquí. Y este grupo, este otro grupo de niños a mí no me aceptaban, me aceptaban mi amigo Esteban y Carlos, pero los otros niños no me aceptaban y mi mamá me decía "¡no les hagas caso, son mexiquillos!", son, no sé, o sea, era gente que venía de otras partes de México, ¿no?, del D.F., era gente que venía de otras partes, no puedo decir de donde. Entonces como que noté que mucha gente, bueno, obviamente muchas personas de la comunidad china vivieron aquí y también muchas personas del centro de México. Entonces hubo un fenómeno en este lugar en que la gente de Mexicali empezó a desplazarse y empezó a llegar gente extranjera. Los propietarios de Mexicali empezaron a rentar los departamentos. [...] Llegó un momento en que la mayoría de la gente era de otra parte, incluyendo la comunidad china (Jesús, comunicación personal, 2015).

Jesús refirió también ciertos modos de apropiación de los espacios de uso común, que no solamente evocan los recuerdos más emotivos de su niñez, sino que se percataba de las diferencias con el otro, de la emergencia paulatina de una cultura alterna y de las implicaciones de vivir en un espacio compartido: "Entre los edificios había jardines, [...] se me hacía a mí muy interesante [saber] cómo los chinos se adaptaban, utilizaban el lugar, empezaban a separar, empezaban a hacer sus tendederos, y empezaban a colgar pescado, carne" (Jesús, comunicación personal, 2015).

Vivir en un espacio compartido remite a Jesús a la arquitectura habitacional moderna del centro del país; aunque aquí los mexicalenses adaptaron progresivamente ciertos espacios debido a las condiciones de aislamiento del conjunto:

"Había el departamento donde ibas y tú comprabas los churritos, los bolis, paletas. Yo vivía en el Edificio B y tenía que ir al edificio A, hasta arriba a comprar churritos, me acuerdo" (Jesús, comunicación personal, 2015). Asimismo, en su niñez descubrió las diferencias entre los estrechos jardines compartidos que había en su modesto departamento y los amplios patios de las casas de adobe en la Colonia Pueblo Nuevo, asentamiento vecino donde vivía su niñera.

La transformación de los condominios no solamente se manifestó en la mudanza de sus habitantes propietarios que arrendaban su departamento a nuevos usuarios, sino en las prácticas que empezaron en los espacios abiertos y paulatinamente en los imaginarios construidos en torno a este sitio. El hecho de que la alberca se convirtiera en contenedor de basura representó para Jesús una de las muchas consecuencias derivadas de que los desarrolladores abandonaran el conjunto por la situación financiera. Una institución bancaria fue la que concluyó con el proceso de venta de los departamentos después de embargar el inmueble, lo que seguramente propició que no se conformara una asociación de vecinos (Jesús, comunicación personal, 2015), y esto a su vez derivó en un descontrol en cuanto al mantenimiento, limpieza y orden (figura 8).

Me acuerdo que el departamento en el que yo vivía, el condominio en que yo vivía tenía vista a la alberca, porque los condominios tenían alberca. Me tocó, me acuerdo que me tocó ver a la alberca funcionando, me acuerdo que veía a los niños nadar en la alberca y mi mamá no me dejaba ir. Era muy chico, tenía unos 5, 6 años. [...] Ya para cuando había crecido en la alberca ya no había agua y tiempo después la gente empezó a tirar ahí la basura. [...] Si los vecinos no se organizan, pues no, las cosas se caen. La alberca terminó siendo donde la gente tiraba su basura. Eso es de lo que me acuerdo la mayor parte del tiempo, alguien la limpiaba, ¿no?, algún vecino la limpiaba y de repente empezaban otra vez a tirar basura. Entonces se fue decayendo no solo estructuralmente, pero se fue decayendo el..., ¿cómo le diré?, el ecosistema social. [...] Lo que pasa es esto: los propietarios no vivían aquí. Mi papá yo creo que era de los pocos propietarios que vivían aquí, pero la gente que vivía aquí rentaba. Y yo le decía a mi papá "pues salte de ahí, y réntalo". Y me dice, "es que la verdad lo puedo rentar por

muy poco, lo puedo rentar por 200 pesos". Las rentas eran muy bajas (Jesús, comunicación personal, 2015).

FIGURA 8. Escena nocturna frente al conjunto ya deshabitado.



FUENTE: el autor, 2014.

Los condominios de esos años de alquileres bajos, muros sucios, basura, bordes paupérrimos y olores fétidos evocan el mito urbano de los túneles chinos: desde la década de 1990 creció la mala fama de los edificios mugrientos de concreto, rodeados de deshechos, "casa de gente pobre, polleros, prostitutas y ladrones de autos [...], donde los niños padecían problemas respiratorios por vivir ahí" (Vollmann, 2009, pág. 75). Si en la década de 1960 la creación de este multifamiliar parecía la panacea de un potente borde urbano como el Río Nuevo, tres décadas después se convirtió en la referencia más clara de decadencia e inmundicia dentro de la zona.

Otra cosa que me acuerdo es el río, lo cerca que estaba el río del estacionamiento. Era peligroso: digo, o sea, yo lo veía normal, pero era peligroso, si alguien se caía ahí se ahoga[ba] porque eran aguas negras, expuestas, y uno pues, los carros se estacionaban hacia acá o hacia allá, y me acuerdo que nada más los dividían unas ramitas y ya era el río ahí, el canal. Me acuerdo que era, que era ancho y la corriente era fuerte, y a veces había, pues, el olor (Jesús, comunicación personal, 2015).

Del decaimiento a las ruinas, y de las ruinas al vacío

Los sismos —de 4.5 a 6.1 grados en la escala de Richter— de noviembre de 1987 provocaron daños en la estructura de los condominios, y desde entonces representaban un alto riesgo potencial (Rodríguez Esteves, 2002). Seguramente dicho acontecimiento motivó otra serie de cambios, y afectó drásticamente el valor de la propiedad. Algunos departamentos permanecieron abandonados, otros fueron ocupados por residentes cuyos perfiles y prácticas afectaban negativamente el lugar (figuras 9 y 10), y una parte menor seguía habitada por sus residentes originales. El sismo del 4 de abril del 2010 terminó de dañar la estructura de los edificios.

FIGURA 9. Un migrante guatemalteco (en primer plano) y un mexicano (al fondo) toman un descanso por la tarde en los restos de los Condominios Monte Albán.



FUENTE: Prometeo Lucero, 2015.

FIGURA 10. Después del desalojo, algunos edificios empezaron a ser ocupados por migrantes indigentes, al tiempo que se utilizaron sus muros para el grafiti y las pegas.



FUENTE: el autor, 2015.

Tras este sismo los edificios no colapsaron totalmente, pero los daños estructurales fueron muy severos; las averías no fueron uniformes, ya que hubo edificios considerablemente más afectados que otros. La autoridad en turno emitió un dictamen con la ayuda de un grupo de expertos, y de ello resultó la recomendación de demoler el conjunto a la brevedad, aunque también se planteó la rehabilitación de la estructura porque el daño, aunque severo, era reparable de manera razonablemente económica.

Del levantamiento realizado durante las visitas que hizo la autoridad correspondiente se observó el desprendimiento de celosías, grietas y fallas por cortante en los muros de bloque, y un agudo debilitamiento de tráves y columnas. Prácticamente los edificios quedaron soportados por los muros divisorios de mampostería que no estaban diseñados para recibir carga, lo que arriesgó la seguridad de los habitantes, ya que cualquier otro movimiento sísmico podría ocasionar inevitablemente un colapso. El 23 de julio del 2010 las autoridades municipales desalojaron a los inquilinos de los condominios. El presidente municipal en turno, Rodolfo Valdez, se presentó en el sitio para exponer ante las 82 familias aún residentes la situación crítica del inmueble, la necesidad insoslayable de demoler las edifica-

ciones y los resultados de la gestión para reubicarlos con recursos aportados por el gobierno federal y el estatal. El DIF municipal les ofreció carpas, despensas, y servicios médicos. Después del desalojo se canceló el acceso y las escaleras fueron derribadas para evitar que los departamentos fueran nuevamente habitados; la demolición final se postergó durante casi cinco años (figura II).

FIGURA II. Trabajos de demolición en los Condominios Monte Albán.



FUENTE: el autor, 2015.

En los años posteriores el conjunto se convirtió en refugio de indigentes, y los edificios fueron presa del vandalismo, la rapiña y diversas formas de violencia ejercida por quienes acudían a las viviendas vacías. Incendios provocados, riñas, consumo de alcohol y drogas fueron recurrentes en los restos de los Condominios Monte Albán mientras sus muros se caían a pedazos. El 15 de enero del 2015 personal del Cuerpo de Bomberos acudió para asegurar que el lugar quedara totalmente desocupado, y 32 indigentes fueron desalojados del lugar. Dos días después iniciaron las obras de demolición, y al cabo de tres semanas el predio ya se encontraba baldío; como únicos vestigios quedaron solamente el ocelote cuauhxicalli sobre la base de piedra, junto con los elementos empotrados en el muro adjunto al puente.

En el otoño del 2015 se empezó a hacer pública la propuesta de que en el predio del otrora conjunto se erigiría un centro turístico y cultural conocido como *Chinatown*, promovida por el gobierno estatal, que aún no ha aclarado la situación legal de la propiedad. Se lo anunció como un espacio que representaría la puerta de entrada a México desde Estados Unidos de América, como un atractivo para el turismo del sur de California y como un lugar que rescataría las tradiciones del pueblo migrante desde el origen de Mexicali. Para el verano del 2017 el gobierno municipal confirmó que continuaban las gestiones. Al mismo tiempo, un colectivo de jóvenes profesionistas consolidó la iniciativa llamada Algo por el Centro, mediante la cual se buscaba:

Facilitar la planeación, el desarrollo y la ejecución de proyectos de diversa índole para el bienestar del centro histórico [con la visión de] ser el principal catalizador de iniciativas para el reposicionamiento del Centro Histórico como el corazón de la ciudad (Algo por el Centro, 2016)

Lo anterior tendría además como ejes rectores los valores de sentido del lugar, diversidad, innovación y cooperación, mientras que en los gobiernos municipal y estatal aún se promovía la simulación urbana neochinesca y el pastiche arquitectónico cantonés. Una iniciativa ciudadana ya instituida como asociación civil ha llevado a cabo cerca de una decena de eventos en diversos espacios del primer cuadro de la ciudad de Mexicali; con un aparente trasfondo gentrificador, este colectivo ha reunido grupos bastante heterogéneos, donde decenas de personas se han dado cita para asistir a talleres artísticos, caminatas temáticas, proyectos de vinculación con instituciones educativas, así como festivales culturales. Ante el surgimiento de las nuevas acciones inspiradas en el urbanismo táctico (Lydon y García, 2015), la promesa de un nuevo *Chinatown* ya parece obsoleta para cubrir el solar del otrora conjunto habitacional.

Conclusiones

Parece que media vida de los Condominios Monte Albán estuvo marcada por la ineeficacia. Las promesas del proyecto en las que se veía la estratégica localización

urbana, el diseño vanguardista y la incorporación de equipamiento en el conjunto empezaron a resultar incompatibles con la realidad del contexto social y cultural. La proximidad con el primer cuadro de la ciudad y con el cruce fronterizo hacia Estados Unidos ocasionó más perjuicios en la medida que el centro tradicional de Mexicali se veía afectado por el sucesivo cierre de locales comerciales, locales con venta de alcohol y el decaimiento general del entorno. Quienes se beneficiaron por la cercanía optaron por mudar su residencia. Los nuevos vecinos, su vida cotidiana, así como sus prácticas de apropiación de los espacios compartidos del conjunto deterioraron física y socialmente su imagen, que en diversas ciudades del país aún se vendía —ya entrada la década de 1980— mediante otras propuestas igualmente regidas bajo los principios del movimiento moderno.

El dilatado proyecto de mejora del Río Nuevo —ilustrado en la década de 1960 en la publicidad de los condominios (figuras 4 y 5)— no logró concretarse. Los vecinos nunca disfrutaron de un corredor verde, ni de una conexión funcional entre el oriente y el poniente de la ciudad; conforme el deterioro del Río Nuevo se agudizaba, los habitantes del conjunto habitacional seguramente perdían las esperanzas de plusvalía, incluso la de conservar un inmueble en un entorno adecuado para sus familias. Actualmente la zona del Río Nuevo se mantiene a la espera de consolidarse como un corredor urbano de primer orden; en su paisaje intersticial prevalecen latentes las disputas entre poder y ciudadanía para determinar de quién es el espacio público.

Mientras los cimientos de la arquitectura moderna fueron afectados por un primer sismo, las mudanzas también dejaron marcas en los muros de los condominios, y a su vez la percepción del gueto chino se hacía más presente en los espacios abiertos. La singularidad de aquellos edificios al margen del Río Nuevo estuvo desde entonces definida por el colapso estético: legumbres orientales en la huerta urbana a pocos metros del agua hedionda del río, una piscina transformada en pocilga, grietas en las paredes, pavimento hundido, vegetación silvestre con retoños y matorrales secos, y piezas ruinosas que evocan al arte prehispánico.

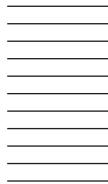
Este trabajo articula documentación histórica e investigación bibliográfica en torno a la arquitectura de la vivienda colectiva en México. No obstante, fue la etnografía —mediante la observación y la entrevista no estructurada— lo que representó la principal vía de acceso a los imaginarios, prácticas y evidencia física que advierten el estigma y la obsolescencia de lo que pudo haber sido el mejor

proyecto urbano de la segunda mitad del siglo XX en México. Los condominios quedaron como experimento, así como el Conjunto Urbano Presidente Alemán y las decenas de recintos multifamiliares que le sucedieron en los mismos años, o los miles que se suman ahora en todo el país. Este experimento en Mexicali —fallido, si se mide con rigor el éxito de otros proyectos contemporáneos— ha servido al menos para confirmar que en cualquier proyecto de vivienda colectiva se deberán estudiar las condiciones culturales que implica el uso colectivo del espacio en la localidad, los instrumentos que definen la planificación urbana y sus diversas implicaciones, así como aprovechar las preexistencias territoriales, los desafíos del paisaje fronterizo y las exigencias naturales del entorno.

Referencias

- AGUIRRE, E. (2016). Espacio público residencial en Baja California: La construcción social de lo urbano entre lo informal y lo institucional. En H. Quiroz, *Aproximaciones a la historia del urbanismo popular, experiencias en ciudades mexicanas* (págs. 213-246). Ciudad de México: UNAM.
- ALGO por el Centro. (2016). *¿Quiénes somos?*. Recuperado de www.algoporelcentro.org/nosotros
- ÁLVAREZ, G. y Padilla, A. (2011). El Río Nuevo, la línea fronteriza y el ferrocarril, su impacto en la forma urbana. *Revista Semillero*, 74, 28-42.
- BORJA, J. y Muxi, Z. (2003). *El espacio público: Ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electa.
- CASTORIADIS, C. (1997). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena*, 35(9).
- CASTORIADIS, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores.
- DUNEIER, M., Kasinitz, P. y Murphy, A. (Eds.). (2014). *The urban ethnography reader*. Nueva York: Oxford University Press.
- FOX, R. G. (1977). *Urban anthropology: Cities in their cultural settings*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- HANNERZ, U. (1986). *Exploración de la ciudad: Hacia una antropología urbana*. Madrid: FCE.

- HIERNAUX, D. (2013). Tensiones socavadas y conflictos abiertos en los centros históricos: Imaginarios en conflicto sobre la Plaza Santo Domingo, Ciudad de México. En P. Ramírez Kuri (Ed.), *Las disputas por la ciudad: Espacio social y espacio público en contextos urbanos de Latinoamérica y Europa* (págs. 177-198). Ciudad de México: UNAM/Instituto de Investigaciones Sociales.
- LYDON, M. y García, A. (2015). *Tactical urbanism: Short-term action for long-term change*. Washington: Island Press.
- RODRÍGUEZ Esteves, J. M. (2002). Los desastres naturales en Mexicali, B. C.: Diagnóstico sobre el riesgo y la vulnerabilidad urbana. *Frontera Norte*, 27, 123-153.
- ROMERO, S., Salazar, L. E., Viau, E., Peccia, J., Mendoza, L., Ruvalcaba, G. y Figue-roa, M. (2006). El aprovechamiento del agua residual tratada: Una alterna-tiva hacia la sustentabilidad del agua en la región fronteriza Mexicali, Mé-xico-Imperial, EUA. En M. Quintero (Ed.), *Contaminación y medio ambiente en Baja California*. Mexicali: UABC.
- UANG, R. S. (2008). Chinese mexican community organizations in Baja California. *28º Annual ILASSA Student Conference*, Austin, Estados Unidos de América.
- VERGARA Figueroa, A. (2013). *Etnografía de los lugares: Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. Ciudad de México: ENAH/INAH.
- VOLLMANN, W. T. (2009). *Imperial*. Nueva York: Penguin.
- WALTHER, A. (1991). *El origen de Mexicali*. Mexicali: UABC.
- WALTHER, A. (2000). *Pueblo nuevo, poblado precursor*. Mexicali: UABC.



Sobre los autores

VALENTINA MEJÍA AMÉZQUITA

Doctora en Diseño y Creación, y magíster en Filosofía de por la Universidad de Caldas, y licenciada en Arquitectura por la Universidad Nacional de Colombia. Estudia la interrelación entre arquitectura, arte, diseño y filosofía en clave territorial. Es de su interés la investigación de frontera sobre el sustrato ontológico, epistemológico y metodológico que permite la hibridación de saberes y la diversidad de enfoques, así como las lógicas subjetivas y objetivas en la configuración del espacio habitable. Ha sido profesora invitada en pregrado y posgrado

de múltiples universidades, conferenciante y ponente en numerosos ámbitos, ha publicado diversos artículos en el contexto nacional colombiano e internacional, así como colaboraciones en obras colectivas. Es profesora-investigadora por la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, y miembro activo del sistema nacional de investigadores de Ciencias, gracias a su participación permanente en grupos académicos y de investigación reconocidos y avalados por la Universidad de Caldas, la Universidad Pontificia Bolivariana y la Universidad Nacional de Colombia.

EDWIN AGUIRRE RAMÍREZ

Doctor en Ciencias Sociales y magíster en Desarrollo Regional por el Colegio de la Frontera Norte, México. Especialista en Diseño Urbano y Arquitecto por la Universidad Nacional de Colombia. Estudia temas relacionados con la construcción social del espacio público, el urbanismo popular y la cultura urbana. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, donde funge como coordinador del programa de la maestría en Planificación y Desarrollo Urbano. Es fundador y director editorial de *Decumanus. Revista Interdisciplinaria sobre Estudios Urbanos*, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt en México.

CAMILO ERNESTO LOZANO RIVERA

Antropólogo por la Universidad de Caldas y magíster en Psicología Cognitiva y Aprendizaje por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Argentina. Se ha interesado por la articulación entre las características del espacio construido, sus transformaciones y resonancias culturales resultantes, la etnografía urbana y los procesos de surgimiento de la semiosis previos a la adquisición de competencias estrictamente lingüísticas. Ha sido profesor-investigador en universidades de Argentina y Colombia, y ha investigado sobre teoría antropológica, psicología general, culturas y lenguajes y gestión del conocimiento en licenciatura y maestría. Ha publicado artículos y traducciones en revistas científicas de Argentina, Chile, Colombia y España.

JORGE MICELI

Doctor, licenciado y profesor en Antropología Social, y magíster en Análisis del Discurso por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña actualmente como jefe de trabajos prácticos en la carrera de Ciencias Antropológicas, y como investigador formado en el Proyecto UBACYT Dilemas y nuevas perspectivas en la comparación de redes sociales y antropología, del Instituto de Ciencias Antropológicas. Es coautor de los libros *Exploraciones en antropología y complejidad* (2007) y *Análisis de redes sociales y sistema penal* (2016), autor *Modelos de simulación y etnografía: Dossier introductorio* (2011), y de varios artículos en revistas académicas de Argentina, Chile, España y Colombia. Además de desempeñarse como programador de software durante cerca de dos décadas, se ha especializado en análisis de redes sociales, análisis del discurso, y teorías sistémicas y de la complejidad. Como parte de su labor docente ha dictado varios seminarios de grado y posgrado sobre dichas temáticas en distintas universidades de Argentina y Colombia.

GREGORIO HERNÁNDEZ PULGARÍN

Doctor en Urbanismo por la Escuela de Urbanismo de París-Universidad París-Est, magíster en Antropología por la Universidad de Bordeaux, Antropólogo por la Universidad de Caldas y Administrador de Empresas por la Universidad Nacional de Colombia. Es profesor asociado del Departamento de Antropología y Sociología, de Universidad de Caldas. Líder del grupo de Investigación Territorialidades (categoría A Colciencias). Se interesa por la investigación sobre los dominios de la cultura desde una perspectiva simbólica, y de la economía en la producción del espacio y el territorio, sobre todo urbano. Autor de artículos como "Decadencia y apogeo del espacio. Dimensiones culturales del cambio socioeconómico en un caso de renovación urbana en Colombia", y "Crear y conjurar la crisis de la ciudad. Diseño urbano e imagen de la ciudad en Montpellier".

ALEJANDRO JOSÉ PEIMBERT DUARTE

Doctor en Estudios Socioculturales y Arquitecto por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), y magíster en Arquitectura por la Universidad Nacional Autónoma de México. Su labor como investigador se ha concentrado en el estudio de los espacios urbanos residuales, y ha estudiado las relaciones entre la arquitectura, el arte contemporáneo y la ciudad. Actualmente trabaja en la investigación sobre imaginarios y prácticas socioculturales en el espacio público, aplicando la etnografía urbana y el análisis de datos visuales. En 2016 publicó *Paisaje intersticial: Vacíos y ruinas en el arte, la arquitectura y la ciudad*. Forma parte del núcleo académico básico del programa de doctorado en Planeación y Desarrollo Sustentable, y del programa de maestría en Arquitectura, Diseño y Urbanismo, ambos en el campus Mexicali de la UABC. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, del Conacyt.

UACJ

